

NORA

ROBERTS

HISTORIAS

Un grito en la noche

NOCTURNAS

En la oscuridad de la noche es cuando
surgen estas historia de amor y misterio...

Aparentemente, la teniente de policía Althea Grayson era una mujer implacable y eficaz. Pero detrás de esa fachada se escondía una mujer con una infancia y adolescencia muy difíciles. Colt Nightshade será el hombre que emprenderá la difícil misión de enamorarla.

PRÓLOGO

Era un lugar poco agradable para encontrarse con un soplón. Una noche fría, una calle oscura, con olor a whisky y a sudor que se filtraba a través de las rendijas de la puerta del bar que había a su espalda. Colt sacó un cigarro fino mientras estudiaba el saco de huesoso con el que había acordado que vendiera información. Aunque había un poco que mirar: bajo, flaco y feo como un pecado. A la brillante luz del cartel de neón que había detrás de ellos, su informador parecía casi cómico.

Pero el asunto que los ocupaba no tenía nada de gracioso.

- Cuesta encontrarte, Billings.

- Si, si... - Billings se mordisqueó un dedo pulgar sucio y miró a ambos lados de la calle-. Es una manera de mantener la salud. Oí que me andabas buscando –observó a Colt unos instantes y luego apartó la vista-. Un hombre en mi posición ha de tener cuidado, ¿sabes? Lo que quieres comprar no es barato. Y es peligroso. Me sentiría mejor con mi poli. Por lo general trabajo con la poli, pero no he podido encontrarla en todo el día.

- Yo me sentiría mejor sin tu poli. Y soy yo quien paga –para ilustrar la afirmación, sacó dos billetes de cincuenta dólares del bolsillo de la camisa. Vio que los ojos de Billings se clavaban con codicia en el dinero. Pero lo mantuvo fuera de su alcance.

- Hablo mejor con una copa –con la cabeza señaló la puerta del var. La risa de una mujer, alta y aguda, atravesó el cristal como un disparo.

- Yo te oigo perfectamente –observó que el hambre era un manojo de nervios. Casi podía oír el sonido de sus huesos al entrechocar contra sí mientras pasaba de un pie a otro. Si n insistía en ese momento, iba a salir corriendo como un conejo asustado. Había llegado demasiado lejos y había demasiado en juego para perderlo-. Dime lo que necesito saber, y luego te invitaré a una copa.

- No eres de por aquí.

- No –Colt enarcó una ceja y esperó-. ¿Representa algún problema?

- Ninguno. Casi es mejor. Como se enteren ...

- Ya lo he hecho en más de una ocasión –dío una última calada antes de tirar el cigarro a una alcantarilla-. Información, Billings – para demostrar su buena fe, extendió uno de los billetes-. Vayamos al grano.

En el momento en que el otro alargaba unos dedos ansiosos, el frío aire quedó destrozado por el sonido de unas ruedas al frenar sobre el asfalto.

Colt no tuvo que leer el terror en los ojos de Bilings. La adrenalina y el instinto entraron en acción como la coza de una mula. Se tiró al suelo en el instante en que sonaron los primeros disparos.

A Althea no le importaba estar aburrida. Después de un día duro, un poco de tedio era bienvenido, ya que le daba a su mente y a su cuerpo la oportunidad de recargarse. No le importaba acabar un turno de diez horas después de una agotadora semana de sesenta y ponerse un vestido de cóctel y unos zapatos con tacones de diez centímetros. Ni siquiera se quejaba por estar en un banquete en el salón del Brown House mientras un discurso tras otro le embotaba la cabeza.

Lo que sí le importaba era que su pareja deslizara la mano por su muslo debajo del mantel de lino blanco.

Los hombres eran tan predecibles....

Alzó la copa de vino y, moviéndose en el asiento, rozó la oreja de su pareja con la nariz.

- ¿Jack?

- ¿Mmm? –los dedos subieron un poco más.

- Si no partas la mano... digamos en los próximos dos segundos... voy a pinchártela con mucha fuerza con el tenedor de postre. Te hará daño, Jack –se recostó y bebió un sorbo de vino, sonriendo por encima del borde mientras él arqueaba una ceja-. Tardarás un mes en poder jugar al frontón.

Jack Holmsby, soltero codiciado, temido fiscal e invitado de honor en el Banquete de la Escuela de abogados de Denver, sabía cómo manejar a las mujeres. Y llevaba meses tratando de acercarse lo suficiente como para manejar a aquella mujer.

- Thea... -suspiró, regalándole su sonrisa más encantadora y pícara-. Ya casi hemos terminado aquí. ¿Por qué no vamos a mi casa? Podemos... -al oído le susurró una sugerencia descriptiva, imaginativa y, con toda seguridad, anatómicamente imposible.

El sonido del busca le ahorró a Althea tener que contestar y a Jack lo salvó de verse sometido a una operación menor. Varios de los invitados que compartían la mesa se movieron para comprobar sus bolsillos y bolsos. Con una inclinación de cabeza ella se levantó.

- Perdón. Creo que es el mío –se alejó con una oscilación sutil de caderas y de su largas piernas. Aquel cuerpo enfundado en un vestido púrpura sin espalda hizo que más de una cabeza se volviera. La presión arterial de algunos se elevó. Las fantasías se desbocaron.

Consciente de las reacciones que provocaba, pero indiferente a ellas, salió del salón y atravesó el vestíbulo hacia los teléfonos. Abrió el bolso de noche, que contenía una polvera, lápiz de labios, su placa, dinero de emergencia y su nueve milímetros, extrajo una moneda de un cuarto y realizó la llamada.

- Grayson –mientras escuchaba, echó para atrás su pelo del color del fuego y entornó los ojos de una tonalidad castaña leonada-. Voy para allá –colgó, se volvió y vio que Jack Holmsby avanzaba hacia ella. Con objetividad tuvo que reconocer que era un hombre atractivo con el aspecto muy pulcro. Resultaba una pena que por dentro fuera tan corriente-. Lo siento, Jack. He de irme.

La irritación hizo que el frunciera el ceño. En su casa tenía preparada una botella de coñac Napoleón, la leña para encender al chimenea y unas sábanas de satén.

- Vamos, Thea, ¿nadie más puede acudir a la llamada?

- No –el trabajo era lo primero siempre-. Menos mal que habíamos quedado aquí Jack. Puedes quedarte y disfrutar de la velada.

Pero él no pensaba rendirse con tanta facilidad. La acompañó por el vestíbulo hasta la noche otoñal.

- ¿Por qué no vuelves cuando hayas terminado? Podemos continuar donde lo dejamos.
- No dejamos nada, Jack –le entregó el ticket del aparcamiento a un aparcacoches-. Debes aprender a abandonar, ya que no pienso empezar nada contigo –suspiró cuando la rodeó con un brazo.
- Vamos, Thea, esta noche no has venido a comer unas buenas costillas y a escuchar los interminables discursos de un grupo de abogados –bajó la cabeza y murmuró junto a sus labios-: no te has puesto un vestido así para mantenerme a raya. Te lo pusiste para calentarme. Y lo has conseguido.

La leve irritación que sentía se agudizó.

- He venido esta noche porque te respeto como abogado –el rápido codazo que le dio en las costillas lo dejó sin aire y lo obligó a retroceder un paso-. Y porque pensé que podríamos pasar juntos una velada agradable. Lo que me pongo es asunto mío, Holmsby, pero no lo elegí para que pudieras manosearme por debajo de la mesa ni para que hicieras una sugerencia ridícula sobre cómo podría pasar el resto de la noche.

No gritaba, pero tampoco se molestaba en mantener la voz baja. En ella centelleaba la ira, como hielo bajo la niebla. Consternado, Jack tiró del nudo de su corbata y miró a derecha e izquierda.

- Por el amor de Dios, Althea, tranquilízate.
- Era lo mismo que pensaba recomendarte –dijo con dulzura.

Aunque el aparcacoches era todo ojos y oídos, con educación carraspeó. Althea se volvió para aceptar las llaves.

- Gracias –le ofreció una sonrisa y una propina generosa.

La sonrisa hizo que el corazón del joven se acelerara y que no mirara el billete antes de guardarlo en el bolsillo. Estaba demasiado ocupado soñando.

- Ah... conduzca con cuidado, señorita. Y vuelva pronto.
- Gracias –se echó el pelo hacia atrás y con fluidez se sentó ante el volante del Mustang descapotable-. Nos veremos en los tribunales, fiscal –arrancó y se marchó.

Los escenarios de crímenes, ya fueran en la calle o bajo techo, en un entorno urbano, suburbano o en el campo, tenían una cosa en común: el aura de muerte. Como policía con casi diez años de experiencia, Althea había aprendido a reconocerla, absorberla y archivarla, mientras se dedicaba al procedimiento preciso y mecánico de la investigación.

Al llegar, ya habían acordonado media manzana. El fotógrafo de la policía había terminado y estaba guardando su equipo. El cuerpo había sido identificado. Por eso la habían llamado.

Había tres patrullas con las luces encendidas cuyas radios no dejaban de emitir ruidos. Los espectadores, la muerte siempre los atraía, se arracimaban detrás del precinto policial amarillo, ansiosos de echarle un vistazo a la muerte para reafirmar que se hallaban con vida e ilesos.

Como la noche era fresca, antes de bajar recogió el chal que había arrojado al asiento de atrás. La seda de color verde esmeralda alejó el frío de sus brazos y espalda. Mostrándole la placa al policía novato

que controlaba a la multitud, se agachó para atravesar la barricada. Se sintió agradecida al ver a Sweeney, un policía veterano que llevaba el doble que ella en el cuerpo y no tenía prisa por colgar su uniforme.

- Teniente –la saludó, luego sacó un pañuelo y realizó un intento valiente por despejarse la nariz.

- ¿Qué tenemos, Sweeney?

- El muerto se hallaba ante la puerta del bar hablando cuando lo acribillaron desde un coche – se guardó el pañuelo en el bolsillo-. Los testigos dicen que el coche apareció a toda velocidad, en dirección norte, y lanzó una descarga sin aminorar.

- ¿Algún transeúnte herido? –podía oler la sangre, aunque ya no era fresca.

- No. Un par de cortes por los cristales que volaron, eso es todo. Dieron en el blanco –miró por encima del hombro-. No tubo ninguna posibilidad, teniente. Lo siento.

- Si, yo también –bajó la vista al cuerpo tendido sobre el cemento manchado. Con vida ya había sido poca cosa, y en ese momento era aún menos. Había sido un metro sesenta y cinco, cincuenta kilos de peso, todo huesos y con una cara que hasta a una madre le habría costado amar.

Wild Hill Billings, chulo y carterista a tiempo parcial, soplón a tiempo completo. Pero, maldición, había sido su soplón.

- ¿El forense?

- Vino y se fue –confirmó Sweeney-. Estamos listos para meterlo en hielo.

- Pues adelante. ¿Tienes una lista de testigos?

- Si, la mayoría inservible. Era un coche negro o azul. Un borracho afirma que era un carro tirado por demonios de fuego –juró con inventiva veteranía, conociendo lo suficiente a Althea como para saber que no se ofendería.

- A ver qué podemos conseguir –estudió a la multitud... habituales de bares, adolescentes en busca de acción, algunos sin hogar y ...

Sus antenas vibraron al clavar la vista en un hombre. A diferencia de los otros, no tenía los ojos desencajados por repulsión o excitación. Se hallaba relajado, con la cazadora de cuero abierta al viento, revelando una camisa de franela y un destello de plata de una cadena. Su complexión alta y delgada hizo que pensara que sería veloz. Unos vaqueros gastados descendían por sus piernas largas hasta terminar sobre unas botas viejas. Un pelo podría ser rubio oscuro o castaño se agitaba con la brisa y se rizaba encima del cuello.

Fumaba un cigarro fino y escrutaba el escenario tal como habían hecho los ojos de Althea. La luz no era buena, pero llegó a la conclusión de que estaba bronceado, lo cual encajaba muy bien con el rostro bien definido. Los ojos eran profundos, la nariz larga, a falta de un milímetro para ser estrecha. La boca era fuerte, de esas que parecían a punto exhibir una mueca desdeñosa con facilidad.

El instinto la impulsó a catalogarlo como un profesional, antes de que moviera los ojos y los clavara en ella con un impacto parecido al de un poderoso puñetazo.

- ¿Quién es el vaquero, Sweeney?

- El... Oh –la cara cansada de Sweeney se arrugó en lo que podría haber sido una sonrisa-. Un testigo –informó; daba la impresión de que el tipo le iría a la perfección un Stetson y un caballo-. La victima hablaba con él cuando la abatieron.

- ¿Si? –no giró la vista cuando el equipo del forense se ocupó del cuerpo. No era necesario.

- Es el único que nos ha dado una historia coherente –Sweeney sacó un bloc de notas, se humedeció el pulgar y pasó algunas hojas-. Dice que se trataba de un sedán Buick del 91, con matrícula de Colorado con las letras ACF. Dice que no pudo ver los números, porque llevaba las luces apagadas y estaba ocupado buscando cobertura. Según él, el arma sonó como una AK-47.

- ¿Sonó? –“interesante”, pensó. En ningún momento apartó los ojos de los del testigo-. Tal vez... -calló al ver a su capitán cruzar la calle. El capitán Boyd Fletcher fue directamente hacia el testigo, movió la cabeza, sonrió y lo envolvió en el equivalente masculino a un abrazo. Se intercambiaron varias palmadas-. Al parecer el capitán se encargaba de él en este momento –Althea guardó su curiosidad como si se tratara de un plato exquisito para saborear más adelante-. Terminemos aquí, Sweeney.

Colt la había observado desde el momento en que sacó una pierna larga y esbelta por la puerta del Mustang. Valía la pena mirar a una mujer como aquella, desde luego que sí. Le habían gustado sus movimientos, con una gracia atlética y concisa que no desperdiciaba ni tiempo ni energía. Y, por supuesto, le había gustado su aspecto su pequeño y cuidado cuerpo sexy tenía las suficientes curvas como para avivar el apetito de un hombre, y con toda esa seda púrpura y verde agitada al viento... el cabello de fuego, apartado de un rostro digno de guardarse en un camafeo, aportaba muchas más cosas interesantes a la mente de un hombre que la joya de su abuela.

Era una noche fresca, y un solo vistazo a esa mujer hizo que Colt sintiera calor.

No era una mala forma de mantenerse abrigado mientras aguarda, ya que en las mejores circunstancias no era un hombre al que se le diera bien la espera.

No lo había sorprendido mucho que le mostrara la placa al joven policía entre las vallas. Llevaba con belleza la autoridad sobre sus exuberantes hombros de nadadora. Encendió un cigarro decidió que sería una ayudante del fiscal del distrito, luego comprendió el error cometido al ver que se ponía a conferenciar con Sweeney.

La dama tenía *policía* escrito en todo su cuerpo.

Menos de treinta años, quizás un metro sesenta y cinco sin aquellos tacones altos. Era evidente que los policías cada día resultaban más interesantes.

De manera que esperó, analizando la escena. Los restos de Wild Hill Billings no le inspiraban ningún tipo de sentimientos. El hombre en ese momento no le servía.

Ya descubriría otra cosa, o a otra persona. Colt Nightshade no era un hombre que dejara que un asesinato se interpusiera en su camino.

Cuando sintió la mirada de ella, dio una calada perezosa y soltó el humo. Luego movió los ojos hasta que se encontraron con los de la mujer. La contracción que experimentó en las entrañas fue inesperada... descarnada y puramente sexual. El momento fugaz en que su mente quedó más limpia que el cristal fue más que inesperado. No tenía precedentes. Fue un choque de poderes. Ella dio un paso hacia él. Colt soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

La preocupación que lo embargaba facilitó que Boyd pudiera acercársele por la espalda y lo sorprendiera.

- ¡Colt! ¡Hijo de perra!

Este se volvió, preparado para cualquier cosa. Pero la fría intensidad de sus ojos se desvaneció en una sonrisa que podría haber derretido a cualquier mujer situada a veinte pasos.

- Fletch –en la relajada calidez que reservaba a los amigos, Colt le devolvió el abrazo de oso antes de retroceder para observarlo. No veía a Boyd desde hacía casi diez años. Lo alivió comprobar que había cambiado tan poco-. Aún sigues con esa cara bonita, ¿eh?

- Y tú aún das la impresión de que acabas de bajar de las montañas. Dios, me alegro de verte. ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

- Hace un par de días. Quería ocuparme de un asunto antes de llamarte.

Boyd miró en dirección a al furgoneta del forense.

- ¿Era ese tu asunto?

- Parte. Me alegro de que hayas venido tan pronto.

- Si –divisó a Althea y reconoció su presencia con un asentimiento imperceptible-. Colt ¿has llamado al poli o a un amigo?

- Viene bien que seas ambas cosas –miró lo poco que quedaba del cigarro, lo tiró cerca de la alcantarilla y lo apagó con la bota.

- ¿Mataste a ese tipo?

Le hizo la pregunta con tanta naturalidad que Colt volvió a sonreír. Sabía que Boyd no habría movido un pelo si hubiera confesado en ese momento y lugar.

- No.

- ¿Vas a contarme qué ha pasado?

- Si.

- ¿Por qué no esperas en el coche? Estaré contigo en un minuto.

- Capitán Boyd Fletcher –Colt movió la cabeza y rió entre dientes. Aunque era pasada la medianoche, se hallaba tan alerta como relajado, con una taza de café malo en la mano y las botas apoyadas en el escritorio de Boyd-. Has progresado.

- Pensaba que te dedicabas a los caballos y al ganado en Wyoming.

- Y lo hago. De vez en cuando.

- ¿Qué paso con tu título de abogado?

- Lo tengo por alguna parte.

- ¿Y las fuerzas aéreas?

- Sigo volando. Lo que pasa es que ya no llevo uniforme. ¿Cuánto tardarán en traer esa pizza?

- Lo suficiente para que llegue fría y no se pueda comer –Boyd se reclinó en su sillón. Se sentía cómodo en el despacho. Estaba cómodo en la calle. Y tal como le había sucedido veinte años atrás en la escuela primaria, se sentía cómodo con Colt-. ¿No llegarte a ver a quien disparó?

- Diablos, Fletch, fui afortunado de distinguir el coche antes de morder el asfalto para protegerme. Aunque tampoco creo que eso ayude mucho, ya que lo más probable es que fuera robado.

- La teniente Grayson lo está investigando. ¿Por qué no me cuentas qué hacías con Wild Hill?

- Se puso en contacto conmigo. Llevo... -calló cuando entró Althea. No se había molestado en llamar y llevaba una caja plana de cartón.

- ¿Habéis pedido pizza? -dejó la caja en la mesa de Boyd y extendió una mano-. Diez pavos, Fletcher.

- Althea Grayson, Colt Nightshade. Colt es un viejo amigo -saco diez dólares de la cartera.

- Señor Nightshade -después de doblar el billete con meticulosidad y guardarlo en el bolso de lentejuelas, depositó este sobre las carpetas.

- Señorita Grayson.

- Teniente Grayson -corrigió. Levantó la tapa de la caja, analizó los ingredientes y eligió una porción-. Tengo entendido que estaba en la escena del crimen.

- Eso parece-bajó las piernas del escritorio para adelantar su torso y tomar también una porción. Captó la fragancia de ella por encima de la pizza. Era mucho más tentadora.

- Gracias -murmuró Althea cuando Boyd le pasó una servilleta-. Me pregunto que hacía siendo tiroteado con mi soplón.

- ¿Su soplón? -Colt entrecerró los ojos.

- Exacto -“igual que su pelo, sus ojos no parecen decidirse por el color que deberían tener”, pensó. Estaban entre el azul y el verde. Y en ese momento eran tan fríos como el viento que soplaba contra la ventana.

- Hill me contó que llevaba todo el día tratando de hablar con su contacto policial.

- Hacía trabajo de campo.

Colt enarcó las cejas al recorrer la seda esmeralda.

- Vaya campo.

- La teniente Grayson dedicó todo el día a rastrear una operación de drogas -intervino Boyd-. Y bien, chicos, ¿por qué no empezamos de nuevo desde el principio?

- Bien -Althea dejó la porción a medio comer en la caja, se limpió los dedos y se quitó el chal.

Colt apretó los dientes para evitar que le colgara la lengua. Como ella le daba al espalda, tuvo el doloroso placer de evaluar lo seductora que podía resultar una espalda desnuda cuando era esbelta, recta y enmarcada entre seda de color púrpura.

Después de dejar el chal sobre un archivador, Althea reclamó la pizza y se sentó en un rincón del escritorio de Boyd.

Colt se dio cuenta de que ella era consciente de lo que le hacía a un hombre. Pudo ver ese conocimiento femenino en sus ojos. Siempre había creído que cada mujer conocía cual era su propio arsenal, pero resultaba duro cuando una mujer iba tan armada como aquella.

- Wild Hill, señor Nightshade... -comenzó Althea-. ¿Qué hacía con él?

- Hablar -sabía que la respuesta era escueta, pero en ese momento intentaba juzgar si había algo entre la sexy teniente y su viejo amigo. Su viejo y casado amigo. Lo alivió y lo sorprendió un poco no percibir la mínima atracción entre ellos.

- ¿De qué? –la voz de Althea seguía siendo paciente, incluso agradable. Como si interrogara a un niño pequeño con una deficiencia mental.

- La víctima era el soplón de Althea –le recordó Boyd a Colt-. Si quiere el caso...
- Y lo quiero.
- Entonces es suyo.

Para ganar tiempo, Colt tomó otra porción de pizza. Iba a tener que hacer algo que odiaba y que se le atragantaba. Pedir ayuda. Y para obtenerla tendría que compartir lo que sabía.

- Tardé dos días en localizar a Billings y convencerlo de que hablara conmigo –también le había costado doscientos dólares en sobornos para despejar el camino, pero no era de los que contaba el precio hasta el resultado final-. Estaba nervioso, realmente no quería hablar hasta tener al lado la presencia de su contacto policial. Así que lo tenté –miró a Althea. Se dio cuenta de que estaba exhausta. Costaba detectar la fatiga, pero estaba allí... en la ligera caída de los párpados, en las leves sombras que había bajo los ojos-.

- Lamento que lo haya perdido, pero no creo que su presencia hubiera cambiado algo.

- Nunca lo sabremos, ¿verdad? –no permitiría que el pesar nublara su voz o su juicio-. ¿Por qué se tomó tantas molestias para contactar con Hill?

- Solía tener a una chica que trabajaba por él. Jade. Probablemente sea su nombre profesional.

- Si –Althea asintió-. Rubia, pequeña, cara de niña. La arrestaron un par de veces por hacer la calle. Tendré que comprobarlo, pero creo que lleva unas cuatro o cinco semanas sin aparecer por la noche.

- Encaja –Colt se levantó para rellenar la taza-. Billings le consiguió un trabajo hace aproximadamente ese tiempo. En el cine –dio un sorbo y se volvió-. No hablo de Hollywood, sino del material duro para espectadores particulares tonel gusto y el dinero para comprar esos platos fuertes. Cintas de vídeo para aficionados a lo más duro –se encogió de hombros y se sentó otra vez-. No puedo decir que me moleste, siempre que hablemos de adultos que consienten. Aunque yo prefiero el sexo en persona.

- Pero no hablamos de usted, señor Nightshade.

- Oh, no tiene que llamarme señor, teniente. Parece frío cuando tratamos temas tan candentes –se recostó con una sonrisa en la cara. Por razones que no iba a molestar en explorar, tenía ganas de sacudir esa fachada-. Bueno, resulta que algo asustó a Jade y desapareció. No solo de los que piensan que una prostituta tiene un corazón de oro, pero al menos esta tenía conciencia. Le envió una carta al señor Frank Cook y señora –miró a Boyd-. Frank y Marleen Cook.

- ¿Marleen? –Boyd enarcó las cejas-. ¿Marleen y Frank?

- Los mismos –la sonrisa de Colt era irónica-. Más viejos amigos, teniente. Resulta que hace un millón de años tuve lo que podría llamarse una amistad íntima con la señora Cook. Al ser una mujer de juicio sensato, se caso con Frank, se estableció en Albuquerque y tubo un par de bonitos niños.

Althea se movió y cruzó las piernas con un crujido de seda. Notó que el colgante de plata que sobresalía por encima de la camisa de Colt era una medalla de San Cristóbal, el santo patrón de los viajeros. Se preguntó si el señor Nightshade sentía la necesidad de protección espiritual.

- Supongo que esto nos conduce a otra parte que no sea el sendero de los recuerdos, ¿verdad?

- Oh, conduce justo hasta la puerta de su comisaría, teniente. De vez en cuando me gusta dar rodeos –sacó un cigarro y lo pasó por sus dedos largos antes de extraer el mechero-. Hace un mes, la hija mayor de Marleen... Elizabeth. ¿Llegaste a conocer a Liz, Boyd?

Boyd negó con la cabeza. No le gustaba hacia dónde conducía aquello.

- No la veo desde que llevaba pañales. ¿Cuántos años tiene ahora, doce?

- Trece. Recién cumplidos –encendió el mechero y aspiró el cigarro. Aunque sabía que el humo no eliminaría el sabor amaro de su garganta-. Preciosa, como su madre. También con el temperamento encendido de Marleen. Hubo algunos problemas en casa, de esos que imagino que la mayoría de las familias experimenta de vez en cuando. Pero Liz decidió irse.

- ¿se fugó de su casa? –Althea comprendía muy bien la mentalidad de los jóvenes que decidían irse.

- Metió algunas cosas en una mochila y se fue. No hace falta decir que desde hace unas semanas Marleen y Frank están viviendo en un infierno. Llamaron a la policía, pero la vía oficial no los llevó a ninguna parte –exhaló el humo-. Sin ánimo de ofender. Diez días atrás me llamaron a mí.

- ¿Por qué? –inquirió Althea.

- Ya se lo he dicho. Somos amigos.

- ¿Suele buscar a chulos y esquivar balas por los amigos?

- Le hago favores a la gente –pensó que no le daba mal el sarcasmo. Un arma más de su arsenal.

- ¿Es un investigador con licencia?

Con los labios apretados, Colt estudió la punta del cigarro.

- No soy muy aficionado a las licencias. Saqué algunas antenas y tuve algo de surte en rastrearla por el norte. Luego los Cook recibieron la carta de Jade –apretó el cigarro con los dientes y sacó una hoja doblada con motivo floral del bolsillo interior de la cazadora-. Ganarás tiempo si la lees tú mismo –dijo, pasándosela a Boyd.

Althea se levantó y apoyó un mano en el hombro de Boyd mientras leía con él.

Era un gesto curiosamente íntimo pero asexual. Colt llegó a la conclusión de que se trataba de un gesto que hablaba de amistad y confianza.

La caligrafía era tan llamativa como el papel pero el contenido no tenía nada que ver con flores y fantasías infantiles.

Estimados señor y señora Cook:

Conocí a Liz en Denver. Es una chica muy agradable. Sé que lamenta mucho haberse ido y que ahora regresaría a casa si pudiera. Yo la ayudaría, pero he de irme de la ciudad. Liz está metida en problemas. Iría a ver a la policía, pero me siento muy asustada... además, no creo que escucharan a alguien como yo. Su hija no encaja en esta vida, pero no la dejan ir. Es joven, y tan bonita, y creo que están ganando mucho dinero con las películas. Yo llevo en esta vida cinco años, pero algunas de las cosas que quieren que hagamos para la cámara me ponen los pelos de punta. Me parece que han matado a una de las chicas, así que me largo antes de que me maten a mí. Liz me dio su dirección y me pidió que les escribiera para decirles que lo sentía. Está asustada de verdad y espero que la encuentren bien.

Jade.

P.D. Tienen un sitio en las montañas donde hacen las películas. Y un apartamento en la Segunda Avenida.

Boyd no devolvió la carta, sino que la dejó en su escritorio. Tenía una hija. Pensó en Allison, dulce, alegre y con seis años, y se tragó la ira.

- Podrías haber venido a verme con esto. Tendrías que haber venido a verme.
 - Estoy acostumbrado a trabajar solo –de dio una calada al cigarro antes de apagarlo-. En cualquier caso, iba a venir a verte después de encajar algunas cosas. Conseguí el nombre del chulo de Jade y quería sonsacarle información.
 - Y ahora está muerto –manifestó Althea con voz impasible mientras se volvía para mirar por la ventana de Boyd.
 - Si –Colt estudió su perfil. De ella no emanaba únicamente ira. Percibía mucho más-. Se debió correr la voz de que lo andaba buscando y de que estaba dispuesto a hablar conmigo. Me hace pensar que tratamos con basura bien relacionada, que ni parpadea si tiene que matar.
 - Es un asunto policial, Colt –musitó Boyd.
 - No lo discuto –listo para pactar, extendió las manos-. También es un asunto personal. Voy a seguir investigando, Fletch. No hay ninguna ley contra ello. Soy el representante de los Cook... su abogado, si necesitamos una excusa legal.
 - ¿Lo es? –con las emociones otra vez controladas, Althea lo miró-. ¿Es abogado?
 - Cuando me conviene. No deseo interferir en vuestra investigación –le dijo a Boyd-. Quiero a la niña de vuelta, a salvo, junto a Marleen y Frank. Os brindaré toda mi cooperación. Cualquier cosa que sepa, la sabréis. Pero debe de ser recíproco. Dame a un policía con quien pueda trabajar en esto, Boyd –esbozó una leve sonrisa, como si lo divirtiera la idea-. Y tú deberías saber lo mucho que odio solicitar un compañero oficial para un trabajo. Pero aquí quien importa es Liz. Sabes que soy bueno –adelantó el turno-. Sabes que no me retiraré. Dame a tu mejor hombre y atraparemos a esos canallas.
- Boyd se llevó los dedos a sus ojos cansados. Sabía que podía ordenarle a Colt que abandonara el caso. Y que perdería al tiempo. También podía negarse a cooperar, a compartir cualquier información que el departamento descubriera. Si, sabía que Colt era bueno, y tenía una idea del tipo de trabajo que había realizado como militar.
- No sería la primera vez que Boyd Fletcher se saltaba las reglas. Tomada la decisión, indicó a Althea.
- Ella es la mejor.

Si un hombre debía tener una compañera, bien podía ser bonita. Además, Colt no pensaba trabajar con Althea, sino a través de ella. Sería su conducto con la parte oficial de la investigación. Mantendría la palabra y le proporcionaría cualquier información que descubriera. Aunque no esperaba que ella pudiera hacer mucho una vez que la recibiera.

Solo había un puñado de policías a los que Colt respetaba, con Boyd a la cabeza de la lista. En lo referente a la teniente Grayson, supuso que sería decorativa, de cierta ayuda marginal y poco más.

La placa, el cuerpo y el sarcasmo probablemente resultarían de utilidad cuando tuvieran que entrevistar a cualquier posible contacto.

Al menos había podido dormir seis horas. No había protestado cuando Boyd insistió en que dejara el hotel y se alojara en la casa de los Fletcher el tiempo que durara su estancia. Le gustaban las familias, al menos las de otras personas, y tenía curiosidad por conocer a la mujer de Boyd.

No había podido asistir a su boda. Aunque no era muy aficionado a la pompa de las ceremonias, habría ido. Pero había un largo trayecto desde Beirut hasta Denver, y en aquella época había estado ocupado con terroristas.

Le encantó Cilla. Ni se había inmutado cuando su marido apareció con un desconocido a las dos de la mañana. Enfundada en una bata de franela, le había ofrecido la habitación de los invitados, con la sugerencia de que si quería dormir, más le valía taparse la cabeza con la almohada. Al parecer los niños se despertaban a las siete para ir al colegio.

Había dormido como un tronco, y cuando los gritos y los sonidos de pies lo despertaron, había seguido el consejo de su anfitriona y disfrutado de otra de sueño con la cabeza enterrada.

Fortalecido con un excelente desayuno y tres tazas de café de primera hecho por el ama de llaves de los Fletcher, estaba listo para ponerse en marcha.

Su acuerdo con Boyd hacía que la primera parada fuera la comisaría. Vería a Althea, se enteraría de la gente que solía tratar Billings y seguiría su camino.

Le dio la impresión de que su amigo dirigía un barco bien organizado. Se oía el ruido habitual de teléfonos, teclados y voces alzadas. Y reinaba la mezcla habitual de olor a café, desinfectante y cuerpos sudorosos. Pero también imperaba la sensación de eficacia.

El sargento de la recepción tenía apuntado el nombre de Colt, por lo que le entregó una placa de visitante y le indicó cómo llegar al despacho de Althea. Dos puertas más allá, por un corredor estrecho. Lo encontró. Estaba cerrada, así que llamó dos veces antes de abrir. Supo que ella estaba presente antes de verla. La olió, tal como un lobo huele a su compañera. O a su presa.

Ya no llevaba un vestido se seda, aunque aún parecía más una modelo que una policía. Los pantalones y la chaqueta a medida de color gris bajo ningún concepto sugerían masculinidad. Resaltaba el traje con una blusa rosa y un broche en la solapa con forma de estrella. La mata de pelo había sido recogida en una trenza complicada que enmarcaba su rostro con suavidad. En sus orejas brillaban dos pendientes de oro.

El resultado era tan prolijo que podría desearlo cualquier tía solterona, a pesar de que no dejaba de irradiar sexo latente.

- Grayson.
- Nightshade –le indicó una silla. Siéntese.

Colt le dio la vuelta y se sentó horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo. Notó que su despacho era la mitad del de Boyd, y organizado de forma impecable. Los archivadores estaban cerrados, los papeles ordenados, los lápices bien afilados. Había una planta en un rincón detrás del escritorio, y no le cupo duda de que la regaba meticulosamente. No había fotos de familia o de amigos. El único punto de color en el cuarto pequeño y sin ventana era un cuadro abstracto de tonalidades azules, verdes y rojas.

- Bien –se adelantó un poco-. ¿Pasó la matrícula del coche por el ordenador?

- No hizo falta. Aparecía en el informe de esta mañana –le ofreció su copia-. A las once de la noche se declaró su robo. Los dueños habían ido a cenar, y al salir del restaurante descubrieron que ya no estaba. Los doctores Wilmer, una pareja de dentistas que celebraba su quinto aniversario. Parecen limpios.

- Probablemente lo estén –puso la hoja sobre la mesa. En realidad en ningún momento había creído posible encontrar una conexión a través del coche- ¿Ha aparecido ya?

- No. Tengo el historial de Jade, por si le interesa –después de dejar el otro documento en su sitio, recogió una carpeta-. Janice Willowby. Veintidós años. Un par de arrestos por prostitución... unos cargos siendo menor por la misma causa. Un arresto por posesión, siendo menor, cuando le encontraron un par de porros en el bolso. Pasó por todas las dependencias de los servicios sociales, hasta que cumplió los veintiuno y volvió a la calle.

- ¿Tiene familia? –No era una historia nueva-. Quizá vuelva a casa.

- Una madre en Kansas City, al menos era allí donde estaba hace dieciocho meses. Intento localizarla.

- Ha estado ocupada.

- No todos empezamos el día a... -miró el reloj- ... a las diez.

- Funciono mejor de noche, teniente –sacó un cigarro.

- Aquí no, amigo –movió la cabeza.

De buen humor, Colt lo guardó.

- ¿En quien confiaba Billings, aparte de usted?

- Desconozco que confiara en alguien –pero dolía, porque sabía que había confiado en alguien, en ella, y de algún modo Althea había llegado tarde. Y en ese momento estaba muerto-. Teníamos un acuerdo. Yo le daba dinero y él me daba información.

- ¿De qué tipo?

- Con Wild Bill variaba. Tenía los dedos metidos en muchos asuntos. En su mayoría cosas pequeñas –ordenó algunos papeles-. Pero tenía oídos grandes, sabía como confundirse con el entorno hasta hacer que olvidaras que andaba cerca. La gente hablaba en su presencia porque daba la impresión de que su cerebro cabía en una taza de té. Pero era inteligente –su voz cambió, indicándole a Colt algo que aún no quería reconocer ante sí misma. Le dolía su muerte-. Era lo bastante inteligente como para evitar cruzar la línea que lo enviaría una larga temporada a la sombra. Lo bastante como para no pisar los pies equivocados. Hasta anoche.

- Yo no oculté el hecho de que lo buscaba por una información que podría darme. Pero bajo ningún concepto lo quería muerto.

- No lo culpo a usted.

- ¿No?

- No –se apartó de la mesa para girar el sillón y mirarlo a la cara-. La gente como Hill, sin importar lo inteligente que sea, tiene una esperanza de vida corta. Si hubiera podido ponerse en contacto conmigo, es posible que me hubiera reunido con él en el mismo sitio que usted, con los mismos resultados –ya había analizado con frialdad la situación-. Puede que no me guste su estilo, Nightshade, pero no le achaco esto.

El notó que permanecía sentada muy quieta, sin realizar ningún gesto. Igual que el cuadro que había a su espalda, comunicaba una pasión vibrante sin movimiento.

- ¿Cuál es mi estilo, teniente?

- Usted es un renegado. De esos que se niegan a jugar de acuerdo con las reglas, a los que les encanta romperlas –no parpadeó al mirarlo, y sus ojos eran tan fríos como agua de un lago-. Inicia cosas, pero no siempre las termina. Quizá eso indique que se aburre con facilidad o que se queda sin energía. Sea como fuere, no habla a favor de que sea una persona fiable.

La exposición que hizo de su personalidad lo irritó, pero cuando volvió a hablar su lento acento del sudoeste sonó divertido.

- ¿Ha deducido todo eso desde anoche?

- Lo he investigado. El colegio primario en el que coincidió con Boyd me sorprendió –esbozó una sonrisa, pero sus ojos siguieron igual de fríos-. No parece el tipo de hombre adecuado para ese tipo de instituciones.

- Mis padres pensaron que me domesticaría –sonrió-. Aunque no fue así.

- Tampoco lo logró en Harvard, donde se graduó en derecho... carrera que apenas ha utilizado. Parte de su historial militar era clasificado, pero en general he conseguido un buen cuadro –había un plato con almendras garrapiñadas en el escritorio; Althea se adelantó y, tras una meticulosa deliberación, eligió la que quería-. No trabajo con alguien a quien no conozco.

- Yo tampoco. ¿Por qué no me pone al corriente de Althea Grayson?

- Soy policía –repuso con sencillez -. Y usted no. Imagino que tendrá una foto reciente de Elizabeth Cook ¿no?

- Si –pero no la sacó. No tenía por qué soportar esas tonterías de un bombón con una placa-. Dígame, teniente, ¿quién le ha metido el dedo...?

Pero el teléfono lo cortó, lo cual, teniendo en cuenta el destello de los ojos de ella, quizá fuera lo mejor. Al menos ya sabía cómo descongelar aquellos ojos.

-Grayson –aguardó un segundo, luego apuntó algo en un bloc-. Avisa al forense. Voy para allá –se levantó y guardó el bloc en un bolso de piel de serpiente-. Hemos encontrado el coche –fruncía el ceño al pasarse el bolso pro el hombro-. Como Boyd quiere que participe, puede acompañarme... sólo como observador. ¿Entendido?

- Oh, si. Desde luego.

La siguió por el pasillo y se situó a su lado. La mujer tenía el mejor trasero de aquel lado del Misisipi y no quería que lo distrajera.

- Anoche no tuve mucho tiempo para ponerme al día con Boyd –comenzó el -. Me preguntaba cómo es que mantiene... una relación tan cordial con su capitán –ella bajaba las escalera en dirección al

garaje cuando se detuvo y lo miró con los ojos afilados como una navaja-. ¿Qué? –quiso saber Colt mientras era evaluado en silencio.

- Intento decidir si nos está insultado a Boyd y a mi... en cuyo caso me vería obligada a hacerle daño, o si solo ha expuesto mal la pregunta.

- Intente lo segundo –enarcó una ceja.

- De acuerdo –siguió bajando-. Fuimos compañeros durante más de siete años –llegó al final de los escalones y giró a la derecha. Los tacones bajos de sus botas de ante sonaron en el cemento-. Cuando le confías la vida a alguien todos los días, más te vale llevarte bien.

- Luego él ascendió a capitán.

- Exacto –después de sacar las llaves, abrió el coche-. Lo siento, pero el asiento del pasajero está atascado hacia delante. Aún no he tenido tiempo para que me lo arreglaran.

Colt observó el coche deportivo con cierto pesar. Un coche precioso, sin ninguna duda, pero con el asiento en esa posición, iba a tener que plegarse como un acordeón y sentarse con la barbilla en las rodillas.

- ¿Y eso no plantea ningún problema? Me refiero a que Boyd sea capitán.

Althea se sentó con elegancia e hizo una leve mueca cuando Colt gruñó y se acomodó a su lado.

- No. ¿Soy ambiciosa? Sí. ¿Me molesta que el mejor policía con el que he trabajado sea mi superior? No. ¿Espero ascender a capitán en cinco años? Puede apostar el culo –se puso las gafas de aviador-. Abróchese el cinturón, Nightshade –arrancó y subió por la rampa en dirección a la calle.

El tuvo que admirar su pericia al volante. No disponía de otra elección, ya que era ella quien conducía.

- De modo que Boyd y usted son amigos.

- Así es. ¿Por qué?

- Quería establecer que no todos los hombres atractivos de determinada edad los que hacían que se pusiera rígida –le sonrió cuando giró por una esquina-. Me gusta saber que soy yo. Hace que me sienta especial.

Entonces ella sonrió y le lanzó lo que podría haber sido una mirada amistosa. Desde luego no era más que amistosa, y no debería de haberle acelerado los latidos del corazón.

Yo no diría que me pone rígida, Nightshade. Solo que no confío en los autónomos. Pero como en esta situación ambos perseguimos lo mismo, y como Boyd es amigo de los dos, podemos intentar llevarnos bien.

- Suena razonable. Tenemos el trabajo y a Boyd en común. Quizá podamos encontrar algunas más –el volumen de la radio era bajo. Lo subió y mostró su aprobación ante el blues lento que salía por los altavoces-. Ahí tiene una cosa más. ¿Qué le parece la comida mexicana?

- Me gusta el chile picante y los margaritas fríos.

- Progresamos –intentó moverse en el asiento, se golpeó la rodilla con el salpicadero y maldijo-. Si vamos a ir más veces juntos en un coche, lo haremos en mi todoterreno.

- Ya lo discutiremos –volvió a bajar el volumen de la música al oír que la radio de la policía cobraba vida.

- Todas las unidades próximas a Sheridan y Jewel, esta teniendo lugar un 511.

Althea juró mientras escuchaba la solicitud de ayuda por la radio.

- Estamos solo a una manzana –giró a la izquierda y observó a Colt con dudas-. Disparos –explicó-. Asunto de la policía, ¿entendido?

- Claro.

- Aquí la unidad seis –respondió ante el micro-. Estoy en el lugar –después de frenar detrás de un coche patrulla, abrió la puerta-. Quédese en el coche -con esa orden seca, desenfundó el arma y se dirigió hacia la entrada de un edificio de cuatro plantas.

Al llegar a la puerta respiró hondo. En cuanto la atravesó, oyó el sonido de otro disparo.

“Una planta más arriba”, dedujo. “Quizá dos”. Con el cuerpo pegado a la pared, estudió la entrada reducida, luego se puso a subir. Le pareció oír unos gritos o unos llantos. Un niño. Con la mente fría y las manos firmes, giró la pistola al llegar al primer rellano. Una puerta se abría a su izquierda. Se agazapó y apuntó hacia al movimiento aunque solo para mirar a los ojos de una mujer mayor con ojos aterrados.

- Policía –informó-. No salga.

La puerta se cerró y oyó el cerrojo. Althea se movió hacia la segunda escalera. Los vio en el momento, al policía abatido y al policía que lo examinaba.

- Agente –su voz irradió autoridad al apoyar una mano sobre el hombro del oficial ileso-. ¿Qué ha pasado?

- Le ha disparado a Jim. Salió corriendo con la niña y abrió fuego.

- El policía uniformado estaba pálido, igual que su compañero, que sangraba en la escalera.

No pudo distinguir quién temblaba con más violencia.

- ¿Cómo se llama?

- Harrison. Don Harrison –apretaba un pañuelo empapado contra la herida del hombro izquierdo de su compañero.

- Agente Harrison, soy la teniente Grayson. Póngame al corriente de la situación, y deprisa.

- Señor –respiró hondo dos veces-. Una pelea doméstica. Ha habido disparos. Un hombre blanco atacó a la mujer del departamento 2-D. Nos disparó a nosotros y subió por las escaleras con una niña pequeña como escudo.

- Al terminar, una mujer trastabilló al subir del apartamento de arriba. A través de los dedos con los que sujetaba el costado goteaba sangre.

- Se ha llevado a mi pequeña. Charlie se ha llevado a mi pequeña. Por favor, Dios... -cayó de rodillas llorando-. Está loco. Por favor, Dios...

- Agente Harrison –un sonido en la escalera hizo que Althea se moviera con celeridad, para luego maldecir. Debería haber imaginado que Colt no permanecería en el coche-. Solicite ayuda –continuó-. Un oficial y una civil heridos. Situación de rehén. Y ahora dígame qué arma blandía.

- Parecía una 45.

- Haga la llamada, luego venga aquí a apoyarme –miró a Colt-. Sea de utilidad. Haga lo que pueda por estos dos.

Subió las escaleras a al carrera. Oyó el llanto de la pequeña otra vez, chillidos aterrados que reverberaron en los pasillos estrechos. Al llegar a la última planta, oyó el sonido de una puerta al cerrarse

con estrépito. “El tejado”, decidió. Con la espalda pegada a la pared de la puerta, probó el pomo, abrió y atravesó agachada.

El otro disparó una vez, sin tino. La bala silbó a más de medio metro a su derecha. Althea se plantó ante él.

- ¡Policía! –gritó-. ¡Suelte el arma!

Era un hombre grande, junto al borde del tejado. Tenía la piel rubicunda por la ira y los ojos le brillaban debido a algún estimulante químico. Eso podía manejarlo. También la 45 que empuñaba. Pero era la pequeña de quizá dos años a la que sostenía por el pie sobre el vacío lo que no podía manejar.

- ¡La soltaré! –gritó como un cántico-. ¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Juro por Dios que la dejaré caer como si fuera una piedra! –sacudió a la pequeña, que no paraba de chillar. Una de sus pequeñas zapatillas se despreció y cayó las cuatro plantas.

- No querrá cometer un error, ¿verdad, Charlie? –Althea se apartó lentamente de la puerta, sin dejar de apuntar con la nueve milímetros al pecho del otro-. Sáquela del vacío.

- Voy a soltar a la pequeña zorra –sonrió al decirlo-. Es como su madre. No para de gemir y de llorar a todas horas. Pensaban que podrían alejarse de mí. Pero las encontré, ¿verdad? Linda ahora lo ha lamentado, ¿no? Lo ha lamentado.

- Si –tenía que recuperar a la niña. Debía haber un modo de lograrlo. Por sorpresa, un recuerdo antiguo y obscuro invadió su cabeza. Los gritos, las amenazas, el miedo. Los aplastó como si fueran una cucaracha-. Como le haga daño a la pequeña, todo se habrá acabado, Charlie.

- ¡no me diga que se va a acabar! –furioso, sacudió a la niña como si fuera una bolsa de lavandería. A Althea se le paró el corazón, y lo mismo sucedió con los chillidos. La pequeña en ese momento solo sollozaba, con los brazos colgándole y los ojos vidriosos-. Ella intentó decirme que se había acabado. Se ha acabado, Charlie –emitió con voz aguda-. Así que le aticé un poco. Dios sabe que se lo merecía. No paraba de darme el coñazo tonel trabajo, con todo. Y en cuanto vino la niña, todo cambió. Las zorras no me sirven para nada en la vida. Pero soy yo quien dice cuándo se ha acabado.

El aullido de las sirenas creció. Althea percibió un movimiento a su espalda, pero no se atrevió a volverse. Necesitaba que el hombre estuviera concentrado en ella, solo en ella.

- Traiga a la pequeña y quizá se salve. Querrá salvarse, ¿verdad, Charlie? Vamos. Démela. No la necesita.

- ¿Me toma por estúpido? –rugió-. Usted no es más que otra zorra.

- No creo que sea estúpido –captó un movimiento por el rabillo del ojo y habría soltado un juramento de haberse atrevido. No era Harrison, sino Colt, que avanzaba como una sombra hacia el lado ciego del hombre-. No creo que sea lo bastante estúpido como para herir a la pequeña –ya estaba más cerca, a menos de dos metros. Pero bien podrían ser cincuenta.

- ¡Voy a matarla! –gritó-. ¡Voy a matarla a usted, y a cualquiera que se interponga en mi camino! ¡Nadie dice que se ha acabado hasta que yo digo que se ha acabado!

Sucedió entonces, deprisa, como una mancha borrosa en un rincón de un sueño. Colt se lanzó hacia delante y con un brazo enganchó la cintura de la niña. Althea vislumbró un destello de metal en su mano y lo reconoció como una 32. podría haberla empleado, si no hubiera sido su prioridad salvar a la

pequeña. Giró, de modo que su cuerpo fue un escudo para ella, y cuando consiguió alzar el arma todo se había acabado.

Vio que el otro desviaba la 45 hacia Colt y la niña. Althea disparó. La bala lo echó hacia atrás. Con las rodillas golpeó la cornisa del tejado. Fue él quien cayó como una piedra.

Althea ni siquiera se permitió el lujo de suspirar. Enfundó el arma y se dirigió al lugar donde Colt acunaba a la niña, que lloraba.

- ¿Está bien?
 - Eso parece –con un movimiento tan natural que ella habría jurado que llevaba toda la vida practicándolo, acomodó a la pequeña contra su cadera y le dio un beso en la sien mojada-. Ya estás bien, pequeña.
 - Mamá –con el rostro bañado en lágrimas, lo enterró en el hombro de Colt- mamá.
 - Te llevaremos con tu mamá, cariño, no te preocupes –Colt aun sostenía el arma, pero la otra mano se ocupaba de acariciar el pelo rizado y rubio-. Buen trabajo, teniente.
 - He hecho cosas mejores –miró por encima del hombro. Los policías ya subían por las escaleras.
 - No dejó de hablarle para que la niña tuviera una oportunidad, luego lo abatió. Es imposible hacerlo mejor –y en todo momento había visto en lo ojos de ella la expresión de un guerrero.
 - Larguémonos de aquí –dijo pasados unos momentos en que lo miró fijamente.
 - De acuerdo –se dirigieron hacia la puerta.
 - Una cosa, Nightshade.
 - ¿Qué? –sonrió un poco, convencido de que era el instante en que le daría las gracias.
 - ¿Tiene permiso de armas?
- Se detuvo y clavó los ojos en ella. Luego estalló en una carcajada profunda. Encantada, la pequeña alzó la vista, frunció la nariz y logró esbozar una sonrisa trémula.

No pensaba en matar. No se lo permitía. Ya había matado y sabía que era probable que volviera a hacerlo. Pero no pensaba en ello. Estaba segura de que, si reflexionaba mucho en ese aspecto de su trabajo, se paralizaría, se dedicaría a beber o se volvería indiferente. O lo que era infinitamente peor, terminaría por gustarle.

De modo que archivó el informe y se lo quitó de la cabeza. Al menos lo intentó.

Llevo en persona una copia al despacho de Boyd y lo dejó sobre su mesa. Él le echó un vistazo y luego la miró.

- El policía, Barkley, sigue en el quirófano. La mujer se encuentra fuera de peligro.
- Bien. ¿Cómo esta la niña?
- Tiene una tía en Colorado Springs. Los servicios sociales se han puesto en contacto con ella. El chiflado era su padre. Tiene un amplio historial de abusos físicos y drogas. Su mujer se llevó a la pequeña hace aproximadamente un año a un refugio para mujeres. Solicitó el divorcio. Se trasladó aquí hace unos tres meses, consiguió un trabajo y empezó una nueva vida.
- Y él al encontró.

- Si.
- Pues ya no volverá a encontrarla –se volvió hacia la puerta, pero Boyd se levantó y rodeó el escritorio.

- Thea –cerró para acallar el ruido de la comisaría-. ¿Estás bien?
- Claro. No creo que los de asuntos internos me molesten mucho por este caso.
- No hablo de ellos –ladeó la cabeza-. Uno o dos días libres no te vendrían mal.
- Tampoco me ayudarían –se encogió de hombros. A Boyd podía decirle cosas que no le mencionaría a nadie más-. No pensé que pudiera llegar hasta ella a tiempo. Y no me equivoqué. Colt sí. Y no tendría que haber estado allí.

- Pero estaba –con gentileza apoyó las manos en sus hombros -. Oh, oh, se trata del complejo de la superpolicía. Lo veo venir. Esquivar balas, redactar informes, gritar en callejones oscuros, vender entradas para el Baile de la Policía, eliminar el mundo de los tipos malos y salvar gatos atrapados en las copas de los árboles. Ella puede hacerlo todo.

- Cállate, Fletcher –pero sonrió-. Trazo la línea en lo de salvar gatos.
- ¿Quieres venir a cenar esta noche?
- ¿Qué hay? –apoyó la mano en el pomo de la puerta.
- Ni idea –sonrió-. Es la noche libre de María.
- ¿Cocina Cilla? –lo miró con expresión dolida-. Creía que éramos amigos.
- Pediremos unos tacos.
- Trato hecho.

Al salir vio a Colt. Tenía los pies sobre una mesa y un auricular al oído. Se acercó, se sentó en el borde de la mesa y esperó a que terminara la llamada.

- ¿Ha terminado el papeleo? –preguntó el.
- Nightshade, supongo que no tengo que señalarle que esta mesa, este teléfono y esta silla son propiedad del departamento de policía, y de acceso vedado a los civiles.

- No –le sonrió-. Pero si quiere hacerlo, adelante. Está para comérsela cuando habla de los procedimientos adecuados.

- Sus cumplidos me dejan sin aliento –le apartó los pies de la mesa-. Ya tenemos el coche robado. Los chicos del laboratorio lo están investigando, así que no tiene sentido que corramos a echarle un vistazo.

- ¿Se le ha ocurrido algún otro plan?
- Empezando por el Tick Tock, pasaré por algunos de los sitios donde paraba Wild Hill, para hablar con algunas personas.

- Estoy con usted –cuando ella emprendió el camino hacia el garaje, la tomó por el brazo-. Esta vez mi coche, ¿recuerda?

Se encogió de hombros y salió con él a la calle. El todoterreno de color negro tenía una multa en el parabrisas. Colt se la guardó en el bolsillo.

- Supongo que no puedo pedirle que me lo solucione.
- No –Althea se sentó en el vehículo.
- No pasa nada. Fletch lo hará.

Lo miró y le lanzó lo que podría haber sido una sonrisa antes de volver a concentrarse en el frente.

- Hoy ha estado bien con la pequeña –la irritaba reconocerlo, pero debía hacerlo-. No creo que hubiera sobrevivido sin usted.

- Sin nosotros. Algunos lo llamarían trabajo en equipo.

- Algunos –se abrochó el cinturón de seguridad con un movimiento de la muñeca.

- No se lo tome tan mal, Thea –puso la primera y se metió en el tráfico- ¿por dónde íbamos antes de que os interrumpieran? Oh, sí, me hablaba de usted.

- Creo que no.

- De acuerdo, yo hablaré de usted. Es una mujer a la que le gusta la estructura, depende de ella. No, no, de hecho insiste en tenerla –añadió-. Por eso es tan buena en su trabajo, tanta ley y orden.

- Debería ser psiquiatra, Nightshade –bufó-. ¿Quién habría adivinado que un policía preferiría la ley y el orden?

- No me interrumpa. Tiene... no sé, ¿veintisiete, veintiocho años?

- Treinta y dos.

- No está casada –bajó la vista a la mano sin anillos.

- Otra deducción brillante.

- Tiene la tendencia al sarcasmo y le gustan la seda y los perfumes caros. Perfumes realmente agradables, Thea, de esos que seducen lamente de un hombre antes de que entre el juego del cuerpo.

- Quizá debería trabajar en una agencia de publicidad.

- No hay nada sutil acerca de su sexualidad. Está ahí, en letras mayúsculas. Ahora bien, algunas mujeres la explotarían, otras la ocultarían. Usted no, de modo que en algún punto ha decidido que depende del hombre tratar con ella. Lo cual o solo es listo, sino sabio –“no tiene respuesta para eso”, pensó. O prefirió no dársela-. No pierde el tiempo ni energía. De esa manera, cuando los necesita, los tiene al alcance de la mano. Ahí dentro tiene un cerebro de policía, que le permite evaluar una situación deprisa. Y supongo que es capaz de manejar a un hombre con la misma frialdad con la que empuña su arma.

- Un análisis interesante, Nightshade.

- No se encogió al abatir a ese tipo hoy. La molestó, pero no se encogió –paró delante del Tick Tock y apagó el motor-. Si tengo que trabajar con alguien, con la posibilidad de vivir una situación desagradable, me gusta saber que no se amilana.

- Vaya, gracias. Ahora puedo dejar de preocuparme de que no me apruebe –malhumorada, bajó del vehículo.

- Y por ultimo... –la alcanzó con unas zancadas largas y le pasó el brazo por los hombros-. Un poco de calor. Es un alivio ver que también tiene temperamento.

Althea se sorprendió a si misma y a él dándole un codazo en las costillas.

- No le gustaría si dejara de controlarlo. Créame.

Dedicaron las siguientes dos horas a ir primero a un bar, luego aun billar y después a una cafetería sucia. No fue hasta llegar a un tugurio llamado Clancy's cuando realizaron algún progreso.

Las luces eran tenues, una recompensa para los bebedores madrugadores, a los que les gustaba olvidar que el sol seguía luciendo. Una radio detrás de la barra emitía música country que contaba una historia triste sobre engaños y botellas vacías. Varios de esos tempraneros clientes ya se hallaban diseminados por la barra o las mesas, la mayoría bebiendo solos.

Althea se dirigió a un extremo de la barra y pidió un refresco que no pensaba probar. Colt se decidió por una cerveza de grifo. Ella enarco una ceja.

- ¿Lo han vacunado de tétanos hace poco? –sacó veinte dólares, pero mantuvo los dedos sobre una esquina del billete cuando les sirvieron-. Wild Hill solía venir aquí con bastante asiduidad –el camarero observó el dinero y luego a ella. Unos ojos rojos y un rostro lleno de venas rotas atestiguaban que bebía tanto como servía-. Wild Hill Billings –instó.

- ¿Y?
- Era amigo mío.
- Parece que ha perdido un amigo.
- En un par de ocasiones vine aquí con él –retiró un poco el billete de veinte-. Tal vez lo recuerde.

- Tengo una memoria bastante selectiva, pero no me cuesta reconocer a un poli.
- Bien. Entonces es posible que dedujera que Hill y yo teníamos un acuerdo.
- Probablemente he deducido que ese acuerdo acabó con sus sesos desparramados sobre la acera.

- Deducción errónea. No me pasaba ningún soplo cuando lo mataron, y soy una persona sentimental. Quiero saber quién acabó con él, y estoy dispuesta a pagar –adelantó el billete-. Mucho más que esto.

- No sé nada del asunto –aunque los veinte desaparecieron en su bolsillo.
- Pero quizá conozca a gente que conozca a gente que conozca algo –se adelantó con expresión risueña en los ojos-. Si hiciera correr la voz, se lo agradecería –el se encogió de hombros y se habría marchado si ella no hubiera apoyado la mano en su brazo-. Creo que esos veinte vale uno o dos minutos más. Bill tenía a una chica llamada Jade. Se ha evaporado. También tenía algunas más, ¿verdad?

- Un par. No era un chulo importante.
- ¿Algún nombre?

El hombre sacó un trapo sucio y se puso a limpiar la barra.

- Una chica de pelo negro llamada Meena. A veces trabajaba aquí. Últimamente no la he visto.

- Si la ve, llámeme –sacó una tarjeta y la dejó sobre la barra-. ¿Sabe algo sobre películas? ¿Películas particulares con chicas jóvenes?

Se encogió de hombros, pero se quedó ante de que Althea captara el destello de conocimiento en sus ojos.

- no tengo tiempo para películas, y eso es todo lo que recibirá por sus veinte.
- Gracias –lo dejó y se marchó-. Déle un minuto –le susurró a Colt. Luego escrutó a través del escaparate sucio-. Vaya, vaya. Es gracioso que de repente le haya entrado prisa por hacer una llamada.

- Me gusta su estilo, teniente –Colt observó al camarero ir al teléfono público e introducir una moneda de un cuarto.
- Veamos cuánto le gusta después de pasar unas horas en un coche frío. Nos espera una noche de vigilia, Nightshade.
- Estoy impaciente.

3

Ella tenía razón sobre el frío. Pero a él no le importaba tanto, no con calzoncillos largos y una chaqueta de piel de cordero para espantarlo. Sin embargo, sí le molestó la pesada inactividad. Habría jurado que a Althea le encantaba.

Estaba cómodamente sentada a su lado, concentrada en un crucigrama con la luz débil de la guantera. Trabajaba de forma metódica, paciente, interminable, mientras él intentaba combatir el aburrimiento con la retrospectiva de B.B. King en la radio.

Pensó en la velada que los dos se habían perdido en la casa de los Fletcher. Comida caliente, una chimenea, un coñac. Incluso se le había pasado por la cabeza que quizá Althea se descongelara un poco en un entorno no oficial. Quizá no ayudara pensar en ella de esa manera, como la diosa de hilo que se derrite, pero sí avivó sus fantasías.

En la situación en la que se hallaban era toda policía, tan distante emocionalmente como la luna. Pero en el sueño, ayudado por el lento blues que salía por la radio, era toda mujer, seductora como la seda negra que imaginaba que llevaba de ropa interior, tentadora como el fuego que ardía en la chimenea de piedra, suave como la alfombra de piel blanca sobre la que se habían echado.

Y su sabor, en cuanto probó su boca, era como un whisky almibarado. Embriagador, dulce, potente. Un opiáceo con el que un hombre podía ahogarse.

La seda se desprendió centímetro a centímetro, revelando la piel de alabastro. Delicada como un pétalo de rosa, impecable como el cristal, firme y suave como el agua. Y cuando ella alargaba las manos hacia él, para introducirlo en su secreto, sus labios le susurraban algo al oído.

- ¿Más café?
- ¿Eh? –volvió a la realidad y la contempló con el coche en penumbra. Le ofrecía un termo-. ¿Qué?
- ¿café? –intrigada por la expresión de su cara, le quitó la taza y se la llenó hasta la mitad. A primera vista, habría dicho que había vehemencia en sus ojos, pero conocía muy bien esa expresión. Era deseo, maduro y listo-. ¿haciendo una escapada, Nightshade?
- Sí –aceptó la taza y bebió, deseando que fuera whisky. Pero sonrió, y la diversión consigo mismo y la ridícula situación mitigó la incomodidad de sus entrañas -. Una escapada intensa.

- Bueno, intente no alejarse mucho de nuestro viaje –bebió un sorbo de su propia taza y le ofreció una bolsa de garrapiñadas-. Ahí va otro –eficiente, dejó la taza y recogió la cámara. Sacó dos fotos del hombre que entró en el bar. Era el segundo en la última hora.

- Al parecer no tiene un negocio muy próspero.
- A la mayoría de la gente le gusta disfrutar de algo de ambiente con una copa.
- ¿Helechos y música enlatada?
- Vasos limpios, para empezar –dejó la cámara-. Dudo que vayamos a ver a uno de nuestros directores de cine por aquí.

- Entonces, ¿qué hacemos sentados en un coche frío ante un tugurio a las once de la noche?
- Porque es mi trabajo –eligió una almendra y se la llevó a la boca-. Y porque espero a otra persona.

- ¿Quiere darme una pista? –era la primera noticia que tenía.
- No –comió otra almendra y volvió a concentrarse en el crucigrama.
- Muy bien, se acabó –le quitó el diario de las manos-. ¿quiere jugar, Grayson? Deje que le diga como juego yo. Me irrita cuando la gente me oculta algo. Especialmente cuando estoy mortalmente aburrido. Entonces me vuelvo desagradable.

- Perdón –musitó con voz suave, en directo contraste con el fuego que ardía en sus ojos-. Apenas puedo hablar por el nudo de terror que siento en la garganta.

- ¿Quiere asustarse? –se movió a gran velocidad. Ella no habría podido esquivarlo aunque lo hubiera intentado. De modo que cedió sin ninguna muestra de resistencia cuando la tomó por los hombros-. Supongo que seré capaz de meterle el miedo divino en el cuerpo, Thea, y animar un poco las cosas para los dos.

- Apártese. Si ha terminado con su demostración de machismo, a quien estoy esperando está a punto de entrar en el bar.

- ¿Qué?

Colt giró la cabeza, lo cual le presentó a Althea la oportunidad perfecta para agarrarle el dedo pulgar y retorcerlo con ferocidad. Cuando el maldijo, lo soltó.

- Meena. La otra chica de Wild Hill –alzó la cámara y sacó otra foto-. Vi su foto esta tarde en su historial. Ha estado en la cárcel. Prostitución, posesión de droga con intención de venderla, conducta exhibicionista.

- Es una chica dulce nuestra Meena.

- Su Meena –corrigió-. Como se le da tan bien jugar a ser un tipo duro, puede ir a seducirla y traerla aquí para que podamos hablar con ella –abrió el bolso y sacó un sobre con cinco billetes nuevos de diez dólares cada uno-. Y si su encanto falla, ofrézcale cincuenta.

- ¿Quiere que entre y la convenza de que busco juerga?

- Eso es.

- Bien –había hecho cosas peores que interpretar a un seductor en un bar sucio. Pero le devolvió el sobre-. Tengo mi propio dinero.

Althea lo observó cruzar la calle y esperó hasta que desapareció dentro del local. Luego se recostó y se permitió un momento para cerrar los ojos y soltar un prolongado suspiro.

Pensó que Colt Nightshade era un hombre peligroso. No había experimentado solo ira cuando la agarró por los hombros. Lo que había sentido era complejo, retorcido y confuso: Excitación profunda, ardiente, que le abrasó el alma, mezclada con una sana dosis de miedo primario y furia.

“No es típico de ti”, reflexionó mientras se tomaba tiempo para serenarse. Haber estado tan cerca de perder el control debido a que un hombre apretaba las teclas equivocadas, o las acertadas, era poco habitual.

Era ella quien apretaba las teclas. Esa era la regla principal de Althea Grayson. Y si Colt creía que podía saltársela, iba a quedar muy decepcionado.

Se había esforzado mucho para convertirse en quien era, teniendo las fases de su vida para luego seguir las. Había salido del caos y había logrado controlarlo. Desde luego, de vez en cuando resultaba necesario cambiar de patrón. No era una mujer rígida. Pero nada, absolutamente nada, sacudía ese patrón.

Supuso que se debía al caso. La joven retenida por desconocidos, de la que sin duda abusaban.

“Otro patrón”, pensó con amargura. Demasiado familiar.

Y la niña aquella mañana. Atrapada por los adultos que la rodeaban.

Movió la cabeza, recogió el periódico para doblarlo con precisión y dejarlo a un lado.

Se dijo que estaba cansada. La operación antidroga de la semana anterior había sido terrible. Y salir de aquello para entrar en el nuevo caso habría conmocionado a cualquiera. Necesitaba unas vacaciones. Sonrió e imaginó una playa de arenas blancas, aguas azules y un hotel a su espalda. Una cama grande, servicio de habitaciones y un jacuzzi privado.

Y pensaba tomárselas cuando cerrara el caso y enviara a Colt Nightshade con su ganado, a su bufete o a lo que diablos considerara su profesión.

Volvió a mirar en dirección al bar y se vio obligada a asentir con aprobación. Habían pasado menos de diez minutos y salía seguido de Meena.

- Oh, ¿un trío? –Meena estudió a Althea con unos ojos muy pintados. Se apartó los rizos negros e hizo una mueca-. Bueno, cariño, eso te va a costar más.

- no hay problema –con caballerosidad la ayudó a subir al asiento de atrás.

- Supongo que un hombre como tú nos puede atender a las dos –se acomodó, apestando a colonia barata.

- No creo que vaya a ser necesario –Althea sacó la placa para mostrársela.

Meena maldijo, le lanzó a Colt una mirada de profundo desagrado y luego cruzó los brazos.

- ¿Es que los polis no tenéis nada mejor que hacer que acosar a unas pobres trabajadoras?

- No tendremos que llevarte a la comisaría, Meena, si respondes a unas preguntas. Da una vuelta, ¿Quieres, Colt? –cuando el arrancó, Althea se volvió en el asiento-. Wild Hill era amigo mío.

- Si, claro.

- Me hizo algunos favores. Y yo le correspondí.

- Si, apuesto que... -calló y entrecerró los ojos-. ¿eres la poli a la que le vendía información, esa que decía que tenía clase? –Meena se relajó un poco. Existía una buena probabilidad de que no pasara la noche en una celda-. Dijo que eras legal, que siempre le dabas unos billetes sin quejarte.

- Me conmueves –Althea notó la sonrisa codiciosa de Meena enarcó una ceja-. Quizá tendría que haberte dicho que pagaba cuando había algo que valiera la pena comprar. ¿Conoces a Jade?

- Claro. Hace unas semanas que no la veo. Hill dijo que se había largado de la ciudad –metió la mano en su bolso de plástico rojo y sacó un cigarrillo. Cuando Colt encendió el mechero y le ofreció fuego, ella le tomó la mano entre las dos suyas y le regaló una mirada cálida-. Gracias, cariño.

- ¿qué me dices de esta chica? –del bolsillo extrajo una foto de Elizabeth. Después de encender la luz del techo, se la ofreció a Meena.

- No –iba a devolvérsela cuando frunció el ceño-. No sé. Tal vez –mientras la analizaba, soltó una columna de humo, llenando el habitáculo-. No hace la calle. Me parece que la vi en alguna parte.

- ¿Con Hill? –pregunto Althea.

- Diablos, no. Bill no trata con carne de cárcel.

- ¿Quién lo hace?

Meena miró a Colt.

- Georgia Cool tiene a algunas jovencitas en su establo. Aunque nadie tan verde como esta.

- ¿Bill te consiguió una actuación, Meena? ¿Una película? –inquirió Althea.

- Es posible.

- ¿Si o no? –Althea le quitó la foto de Liz-. Me haces perder el tiempo, y no pierdo mi dinero.

- Demonios, a mi no me molesta si un tipo quiere grabar unos vídeos mientras trabajo.

Pagaron más.

- ¿Tienes un nombre?

- No intercambiamos tarjetas, encanto –bufó.

- Pero puedes darme una descripción. Decirme cuántos había involucrados, dónde tuvo lugar.

- Es probable –la mirada astuta regresó a su cara mientras soltaba humo-. Si tuviera algún incentivo.

- Tu incentivo será no pasar una temporada en la cárcel con una sueca de cien kilos –comentó Althea con suavidad.

- No puedes encerrarme. Gritaré que fue una trampa.

- Grita lo que quieras. Con tu historial, el juez se reirá.

- Vamos, Thea –la voz de Colt pareció haberse espesado-. Dale un respiro. Intenta cooperar, ¿verdad, Meena?

- Claro –Meena apagó el cigarrillo y se humedeció los labios-. Claro que si.

- Lo que intenta es engañarme –Althea comprendió que Colt y ella habían adoptado los papeles de poli bueno, poli mala, sin pestañear-. Y quiero respuestas.

- No las está dando –le sonrió a la joven por el espejo retrovisor-. Tómate tu tiempo.

- Eran tres –repuso Meena con un mohín-. El tipo que manejaba la cámara, otro sentado en un rincón, no pude verlo. Y el que estaba actuando conmigo, ya sabes. El de la cámara era calvo. Negro, grande de verdad... como un luchador o algo parecido. Estuve aproximadamente una hora, y en ningún momento abrió la boca.

- ¿Se llamaron por algún nombre? –Althea abrió el bloc de notas.

- No –lo pensó un rato y movió la cabeza-. No. Es gracioso, ¿no? Si no recuerdo mal, ni siquiera hablaron entre ellos. El tipo con el que trabajaba era pequeño... menos en sus partes vitales –rió entre dientes y sacó otro cigarrillo-. El sí que habló. Una conversación guarra, para la cámara. A algunos

les gusta de esa manera. Tenía unos... no se, cuarenta años quizá, flaco, con el pelo recogido en una coleta que le llegaba a los omóplatos. Llevaba una máscara parecida a la del Llanero Solitario.

- Quiero que trabajes con un dibujante de la policía –le indicó Althea.

- No. No más polis.

- No hace falta que lo hagamos en la comisaría –decidió jugar con su comodín-. Si nos das una descripción buena, que nos ayude a atrapar a esos tipos, ganarás cien pavos extra.

- De acuerdo –se le iluminó la cara-. De acuerdo.

- ¿Dónde grabasteis? –Althea movió el lápiz sobre el bloc.

- En al segunda. En un lugar bonito. Tenía un jacuzzi redondo en el cuarto de baño y espejos en las paredes –se adelantó para apoyar los dedos en el hombro de Colt-. Fue... estimulante.

- ¿La dirección? –instó Althea.

- No lo sé. Uno de esos edificios grandes de apartamentos que hay en la Segunda. En el ático.

- Apuesto a que reconocerías el edificio si pasáramos por allí, ¿verdad, Meena? –el tono de Colt fue de ánimo amistoso, al igual que la sonrisa que le ofreció por encima del hombro.

- Si, claro –y lo hizo. Minutos más tarde señalaba por la ventanilla-. Ese, ahí. ¿Veis el apartamento más alto, con los ventanales y la terraza? Estuve allí. Un sitio con clase. Moqueta blanca, un dormitorio muy sexy, con cortinas rojas y una cama enorme y redonda. Había grifos de oro en el baño, con forma de cisne. Cielos, me habría encantado volver.

- ¿Sólo fuiste una vez? –preguntó Colt.

- Si. Le dijeron a Billy que no daba el tipo adecuado –con un sonido disgustado, sacó otro cigarrillo-. Dijeron que era demasiado vieja. ¿Os lo podéis creer? Acabo de cumplir veintidós años y esos desgraciados le dicen a Billy que soy demasiado vieja. Me fastidió... Oh, si... -inspirada, palmeó el hombre de Colt-. La chica. La de la foto. Ahí es donde la vi. Me iba, pero tuve que regresar porque había olvidado los cigarrillos. Ella estaba sentada en la cocina. No la reconocí de inmediato en la foto, porque iba muy maquillada.

- ¿Te dijo algo? –quiso saber Colt, luchando por mantener firme la voz-. ¿Hizo algo?

- No, no se movió de donde estaba sentada. Me pareció drogada.

Al percibir que necesitaba apoyo, Althea alargó el brazo y cubrió la mano de Colt. La tenía rígida. Cuando él le aferró los dedos para juntar sus palmas, la sorprendió, aunque no protestó.

- Querré hablar contigo otra vez –con la mano libre, sacó suficiente dinero del bolso para garantizar la cooperación futura de Meena-. Necesito un número donde pueda localizarte.

- Desde luego –se lo dio mientras contaba los billetes-. Supongo que Billy tenía razón. Eres legal. Eh, quizá podríais dejarme en el Tick Tock. Creo que iré a tomar una copa en memoria de Bill.

- No podemos hacer nada sin una orden –repitió Althea por tercera vez al salir del ascensor en la última planta del edificio que había señalado Meena.

- No hace falta una orden para llamar a una puerta.

- Cierto –suspiró y metió la mano en el interior de la chaqueta para comprobar su automática-. Y nos van a invitar a tomar café. Si me das un par de horas...-se quedó boquiabierta al verlo girar.

Después de la ecuanimidad con la que había manejado la situación hasta ese momento, la desconcertó la furia que ardía en su cara.

- Escucha, teniente, no pienso esperar ni dos minutos más para comprobar si Liz sigue ahí. Y si está, si hay alguien, no voy necesitar una maldita orden.

- Escucha, Colt, comprendo...

- No comprendes nada.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, aturdida porque había estado a punto de gritar que sí lo entendía, y muy bien.

- Llamaremos –convino con voz tensa y se dirigió a la puerta del ático y llamó.

- Quizá sean un poco sordos –aporreó a puerta con el puño. Cuando nadie contestó, se movió con tanta celeridad que Althea no tuvo tiempo ni de maldecir. Ya había abierto la puerta de una patada.

- Estupendo, Nightshade. Sutil como un ladrillo.

- Supongo que resbalé –sacó la pistola de la bota-. Mira, la puerta está abierta.

- No... -pero ya había entrado. Maldiciendo a Boyd y a todos sus amigos de la infancia, sacó el arma y lo siguió, cubriéndole instintivamente la espalda. No necesitó la luz que encendió Colt para ver que la habitación estaba vacía. Irradiaba una sensación de abandono. No quedaba nada salvo la moqueta y las cortinas.

- Se han largado –musitó el al ir de un cuarto a otro-. Los miserables se han largado.

Convencida de que no iba a necesitarla, Althea volvió a enfundar el arma.

- Supongo que ahora sabemos a quién llamó nuestro amigable camarero esta tarde. Veremos lo que podemos conseguir del contrato de alquiler, de los vecinos... -aunque no tenía esperanza de encontrar ninguna pista. Entró en el cuarto de baño. Era como lo había descrito Meena, con el jacuzzi redondo, los grifos en forma de cisne, de latón, no de oro, los espejos por todas partes-. Has puesto en peligro la integridad de un posible escenario de un crimen, Nightshade, espero que te sientas satisfecho.

- Podría haber estado aquí –comentó el a su espalda.

Althea vio sus reflejos atrapados en los espejos. Lo que la suavizó fue la expresión de su cara, que no había imaginado ver.

- Vamos a encontrarla, Colt –musitó-. Vamos a encargarnos de que vuelva a casa.

- Claro –quería romper algo, cualquier cosa. Hizo falta toda la fuerza de su voluntad para no empotrar el puño en los espejos-. Cada día que la tengan en su poder, es un día con el que tendrá que vivir el resto de su vida, para siempre –se inclinó y deslizó la pistola en la bota-. Dios, Thea, no es más que una niña.

- Los niños son más duros de lo que la gente piensa. Destierran las cosas cuando lo necesitan. Y le va a resultar más fácil porque tiene una familia que la quiere.

- ¿Más fácil que qué?

“Que estar sola”, pensó.

- Simplemente más fácil –no puedo evitarlo; alzó una mano y la apoyó en la mejilla de él-. No dejes que te carcoma, Colt. Si no, vas a estropear las cosas.

- Si –contuvo esa emoción peligrosa que conducía a errores peligrosos. Pero cuando ella comenzó a bajar la mano y a pasar a su lado, le aferró la muñeca-. ¿Sabes una cosa? –la acercó unos centímetros... quizá solo porque necesitaba un contacto-. Durante un momento fuiste casi humana.

- ¿De verdad? –sus cuerpos se rozaban. Pensó que sería un acto de cobardía retroceder-. ¿Y que soy por lo general?

- Perfecta –alzó la mano libre y metió los dedos en su pelo, algo que había querido hacer desde el primer momento que la vio-. Asusta –dijo-. Es todo... la cara, el pelo, el cuerpo, la mente. Un hombre no sabe que hacer, si aullarle a la luna o gemir a tus pies.

Ella tuvo que echar la cabeza atrás para seguir mirándolo a los ojos. Si el corazón le palpitaba más deprisa, no le prestaría atención. Ya le había sucedido con anterioridad. Si sentía un leve tirón de curiosidad, incluso de deseo, no sería la primera vez, y se podía controlar. Pero lo que resultaba difícil de canalizar era una obnubilación inesperada de sus sentidos. Contra eso tendría que luchar.

- No me das la impresión de ser un hombre que haga alguna de esas dos cosas –esbozó una sonrisa fría, casi una mueca que hacía que los hombres se apartaran de inmediato.

Colt no era como la mayoría de los hombres.

- Nunca lo he sido. ¿Por qué no probamos otra cosa? –dijo despacio, luego se movió como el relámpago para cerrar la boca sobre la de ella.

Si Althea hubiera protestado, si hubiera luchado, incluso si hubiera retrocedido de forma simbólica, la habría soltado, dándose por perdedor. Tal vez.

Luego ella pensaría que podría haberlo frenado en secos con varios movimientos de defensa propia. Luego. Pero había un calor tan descarnado en los labios de él, una fuerza tan intensa en los brazos, y un placer remolineante en su propio cuerpo.

Si, eso era lo que pensaría luego.

Fue tal como Colt lo había imaginado. Y había imaginado mucho. El sabor que tenía en los labios era exactamente igual al que había probado en su mente. Resultaba tan adictivo como el opio. Cuando se abrió a él, se sumergió más para tomar.

Althea era tan pequeña, esbelta y flexible como podría desear cualquier hombre. Y fuerte. Con los brazos lo rodeaba con fuerza y sus dedos le tiraban del pelo. El sonido bajo y ronco de aprobación que vibró por su garganta le puso la sangre como un río desbocado.

Murmurando su nombre, la hizo girar y la apoyó contra los espejos, cubriéndole el cuerpo con el suyo. La recorrió con manos codiciosas, ansiosas de tomar, tocar y poseer. Luego le desabrochó los botones de la blusa con una necesidad desesperada por eliminar la primera barrera.

La deseaba en ese momento. “No”, comprendió que en ese momento la necesitaba. Del modo en que un hombre necesita dormir después de un duro día de trabajo, tal como necesitaba comer después de un prolongado ayuno.

Apartó la boca de los labios de ella y la depositó en su cuello, extasiándose con el sabor suntuoso de la piel.

Sumida en un delirio, Althea arqueó la espalda y gimió al sentir la boca hambrienta sobre su piel encendida. Supo que si no hubiera tenido el apoyo de la pared, ya habría caído al suelo. Y era allí, justo

allí, donde él la tomaría, donde se tomarían mutuamente. En el suelo frío, duro, con docenas de espejos que devolvían los reflejos de sus cuerpos desesperados.

Allí, en ese momento.

Y como un ladrón entrando en una casa a oscuras, en su mente brilló la imagen de Meena y de lo que había tenido lugar en aquel apartamento. “¿Que estoy haciendo? Santo cielo, ¿qué estoy haciendo?”, pensó con furia al apartarse.

Era una policía y había estado a punto de ceder a un sexo ciego en medio del escenario del delito.

- ¡Para! –su voz sonó dura por la excitación y el disgusto consigo misma-. Hablo en serio, Colt. Para. Ahora.

- ¿Qué? –como un nadador que emerge de las profundidades, movió la cabeza, casi mareado. Le temblaban las rodillas. Para compensarlo, apoyó una mano en la pared mientras la miraba. Le había saltado el pelo, que caía como una cascada de fuego sobre sus hombros. En ese instante sus ojos eran más dorados que castaños, enormes, seductoramente brumosos. Tenía la boca roja por la presión a la que había sometido y la piel encendida de un rosa pálido adorable.

- Eres hermosa. Increíblemente hermosa –con suavidad le pasó un dedo por la garganta-. Como una flor exótica detrás de un cristal. Un hombre debe romper el cristal para tomarla.

- No –le aferró la mano para no volver a perder la razón-. Es una locura.

- Si –no podría haber estado más de acuerdo-. Y es magnífico.

- Es una investigación, Nightshade. Y nos hallamos en lo que posiblemente sea el escenario de un delito importante.

- Entonces, vayamos a otra parte –sonrió y le alzó la mano para mordisquearle los dedos. Que se encontraran en un callejón sin salida en su investigación no significaba que debía detenerse toda actividad.

- Vamos a ir a otra parte –lo empujó y con movimientos resueltos volvió a abrocharse la blusa-. Por separado –consternada, se dio cuenta de que se sentía débil.

Colt consideró que era mejor sitio para tener las manos en ese momento era en los bolsillos. Ella tenía razón y eso era lo peor.

- ¿Quieres fingir que esto no ha pasado?

- No finjo nada –se echó el pelo hacia atrás y se alisó la chaqueta con dignidad-. Sucedió, y ya se ha terminado.

- En absoluto, teniente. Los dos somos adultos, y aunque solo puedo hablar por mí, la conexión que hemos sentido no pasa todos los días.

- Tienes razón –inclinó la cabeza-. Solo puedes hablar por ti –consiguió volver al salón antes de que él la tomara por el brazo y la hiciera girar en redondo.

- ¿quiere que te demuestre lo contrario ahora? –preguntó con voz mortalmente serena-. ¿o quieres ser sincera?

- De acuerdo –podía ser sincera, por que las mentiras no funcionarían-. Si me interesara una ventura rápida y caliente, sin duda te llamaría. Pero da la casualidad que en este momento tengo otras prioridades.

- Tienes una lista, ¿no?

Althea se tomó un instante para controlar su temperamento.

- ¿Crees que eso me insulta? –inquirió con voz dulce. Prefiero organizar mi vida.
- Di meterla en compartimentos.
- Lo que quieras –enarcó una ceja-. Para bien o para mal, tenemos una relación profesional.

Yo quiero que se encuentre a la chica, Colt, tanto como tú. Quiero que regrese junto a su familia, que coma hamburguesas y que solo se preocupe de su último examen de matemáticas. Y quiero atrapar a los canallas que la tienen. Más de lo que podrías llegar a entender.

- Entonces, ¿por qué no me ayudas a que lo comprenda?
- Soy policía –informó. Con eso basta.
- No –su rostro había reflejado pasión, la mima que él había sentido al tenerla en brazos. A

punto de perder el control-. Ni para ti ni para mí –suspiró y se frotó la nuca. Se dio cuenta de que ambos se hallaban cansados y tensos. No era el momento ni el lugar para profundizar en los motivos personales. Necesitaba tiempo para encontrar objetividad si quería comprender al Althea Grayson-. Mira, me disculpo si me equivoqué. Pero los dos sabemos que no fue así. He vendido a buscar a Liz, y nada va a detenerme. Y después de probarte, Thea, pienso mostrar igual determinación por recibir más.

- No soy el plato del día, Nightshade –musitó agotada. Vas a recibir lo que yo te ofrezca.
- Es así como lo quiero –esbozó una sonrisa rápida-. Vamos, te llevaré a casa.

Sin decir nada, Althea lo miró. Tenía la incómoda sensación de que no habían resuelto las cosas tal como ella había querido.

4

Armado con una segunda taza de café, Colt se hallaba al borde de un remolino. Era evidente que sacar a tres niños de la casa para meterlos en un autobús escolar era un acontecimiento de proporciones mayores. Se preguntó cómo un trío de adultos podría manejar esta orquestación a diario sin perder la cordura.

- No me gustan estos cereales –se quejó Bryant. Levantó la cuchara y, con el ceño fruncido, vertió otra vez la masa en el cuenco-. Sabe a árboles mojados.
- Tu los elegiste porque traían un silbato en el interior de la caja –le recordó Cilla mientras preparaba sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada-. Te los comerás.
- Ponles un plátano –sugirió Boyd mientras intentaba recoger el pelo rubio de Allison en algo parecido a una trenza.
- ¡Ay! ¡Papá, me estás tirando del pelo!
- Lo siento. ¿Cuál es la capital de Nebraska?
- Lincoln –suspiró su hija-. Odio las pruebas de geografía –dijo con un mohín mientras practicaba sus pasos de danza- ¿Para qué quiero conocer los estúpidos estados y sus estúpidas capitales?
- Porque el conocimiento es sagrado –con la lengua entre los dientes, Boyd se afanaba en sujetar la trenza-. Y cuando aprendes algo, jamás llegas a olvidarlo.
- Bueno, pues no recuerdo cuál es la capital de Virginia.

- Es, ah... -cuando el conocimiento sagrado lo eludió, Boyd maldijo en voz baja. ¿Qué diablos le importaba? Vivía en Colorado. Para él, uno de los principales problemas de tener hijos era que los padres se veían obligados a volver al colegio-. Ya la recordarás.

- Mamá, Bry le está dando sus cereales a Bongo –Allison le sonrió a su hermano con el tipo de sonrisa astuta que solo una hermana logra dominar.

Cilla se volvió a tiempo de ver a su hijo alargar la cuchara hacia la boca ansiosa del perro.

- Bryant Fletcher, dentro de un minuto vas a llevar esos cereales puestos.

- Mira, mamá, ni siquiera Bongo se los quiere comer. Son una porquería.

- No digas eso –reprendió Cilla con cansancio. Pero notó que el perro grande y peludo, que por lo general hasta bebía agua del retrete, había apartado el hocico después de probar el engrudo en que se habían convertido los Rocket Crunchies-. Cómete el plátano y recoge tu abrigo.

- ¡Mamá! –Keenan, el menor, entró en la cocina. Iba descalzo y sin calcetines y sostenía una zapatilla en la mano-. No puedo encontrar mi otra zapatilla. Alguien me la ha robado.

- Llama a la policía –musitó Cilla al guardar el último sándwich en la tartera.

- Yo la encontraré, señora –María se limpió las manos al mandil.

- Bendita seas.

- Se la llevaron los malos, María –la informó Keenan con voz baja y seria-. Vinieron por la noche y se la llevaron. Papá los va a encerrar.

- Por supuesto que sí –con expresión igual de seria, María tomó de la mano y se lo llevó hacia las escaleras-. Ahora vayamos a buscar pistas.

- Paraguas –Cilla se volvió y se pasó la mano por el pelo corto y castaño-. Está lloviendo- ¿Tenemos paraguas?

- Solíamos tener –acabada su sesión de peinado, Boyd se sirvió otra taza de café-. Alguien los robó. Probablemente la misma banda que se llevó la zapatilla de Keenan y los deberes de ortografía de Bryant. Ya he puesto a unos agentes a trabajar en el caso.

- Vaya ayuda que me ofreces –Cilla fue a la puerta de la cocina-. ¡María! ¡Paraguas! –dio la vuelta, tropezó con el perro, soltó un juramento y luego recogió las tres tarteras-. Abrigos –ordenó-. Tenéis cinco minutos para llegar al autobús.

Bongo decidió que ese era el momento perfecto para saltar sobre todo el que se plantara por delante.

- Odia las despedidas –le dijo Boyd a Colt mientras le ponía el collar al animal.

- La zapatilla estaba en el armario –anunció María al llevar a Keenan a la cocina.

- Los ladrones debieron esconderla allí. Es demasiado diabólico –dijo Cilla al ofrecerle la tartera-. Un beso.

Keenan sonrió y le plantó un beso sonoro en los labios.

- Bry, la cáscara de plátano va al cubo de la basura –al entregarle la tartera, le pasó un brazo por el cuello, provocándole risitas mientras le daba un beso-. Allison, la capital de Virginia es Richmond. Creo.

- Vale.

Después de que todos se besaran, Cilla alzó una mano.

- Cualquiera que deje el paraguas en la escuela será ejecutado de inmediato. Largaos.
- Todos salieron corriendo. La puerta se cerró. Cilla cerró los ojos.
- Ah, otra mañana tranquila en la casa de los Fletcher. Colt, ¿qué puedo ofrecerte? ¿Beicon, huevos? ¿Whisky?
 - Me quedo con los dos primeros. Reserva lo último –sonrió y ocupó la silla que había dejado libre Bryant-. ¿Todos los días son iguales?
 - Los sábados empiezan más tarde –se agitó el pelo y comprobó la hora-. Me gustaría quedarme con vosotros, chicos, pero he de prepararme par el trabajo. Tengo una reunión dentro de una hora. Se te sientes perdido, Colt, pasa por la emisora. Te mostraré la ciudad.
 - Puede que lo haga.
 - María, ¿necesitas que recoja algo?
 - No, señora –ya tenía el beicon en la sartén-. Gracias.
 - Volveré a las seis –se detuvo junto a la mesa para acariciar el hombro de su marido-. Tengo entendido que habrá un apartida de póquer por la noche.
 - Eso se rumorea –tiró de su mujer y Colt vio que sonreían ante de besarse-. Sabes muy bien, O’Roarke.
 - Mermelada de fresa. Nos veremos luego, detective –le dio un ultimo beso antes de dejarlo.
- Colt la escuchó correr escaleras arriba.
- Has dado en el blanco ¿eh, Fletch?
 - ¿Mmm?
 - Una mujer magnífica y unos críos estupendos. Y a la primera.
 - Eso parece. Supongo que supe que Cilla era para mí a apenas verla –recordar lo hizo sonreír-. Aunque necesité un tiempo para convencerla de que no podría vivir sin mí.
 - Althea y tú erais compañeros cuando conociste a Cilla, ¿no?
 - Si. Los tres trabajábamos por la noche en aquella época. Thea fue la primera mujer que tuve de compañera. Y también resultó ser el mejor policía con el que jamás he trabajado.
 - Tengo que preguntártelo... o estás obligado a contestar, pero debo hacerlo –“¿Cómo plantearlo?”. Tomó el tenedor y lo hizo sonar en el borde de la mesa-. Thea y tú... antes de Cilla... ¿existió algo personal?
 - Hay muchas cosas personales cuando trabajas con otra persona, a veces veinticuatro horas –recogió la taza de café y sonrió relajado-. Pero no había nada romántico, si te refieres a eso.
 - No es asunto mío –se encogió de hombros, molesto pro lo mucho que lo aliviaba la repuesta de Boyd-. Sentía curiosidad.
 - ¿por saber por qué no intenté nada con una mujer tan hermosa? ¿con su cerebro? ¿su... cuál es la mejor palabra para describirlo? –divertido por la evidente incomodidad de Colt, rió entre dientes mientras María les servía el desayuno-. Gracias, María. Lo llamaremos estilo, a falta de una palabra mejor. Es sencillo, Colt. No voy a decirte que no pensé en ello. Pero encajamos como compañeros, como amigos, y eso no nos llevó por ninguno de los otros caminos –probó los huevos y enarcó una ceja-. ¿lo estás pensando?
- Volvió a encogerse de hombros y jugó con el beicon.

- No puedo decir que hayamos encajado como compañeros... o amigos. Pero imagino que ya nos hemos adentrado por uno de esos caminos.

Boyd no fingió sorpresa. Cualquiera que dijera que el aceite y el agua no se mezclaban era porque no los había agitado lo suficiente.

- Hay muchas mujeres que se te meten bajo la piel, y algunas en la cabeza. Y otras las dos cosas.

- Si. ¿Cuál es su historia?

- Es una buena policía, una persona en la que puedes confiar. Como todo el mundo, tiene cierto equipaje, pero lo lleva bien. Si quieres saber cosas personales, tendrás que preguntárselo a ella – alzó la taza.-. Y recibirá la misma respuesta de mí sobre ti.

- ¿Ha preguntado?

- No –bebió para ocultar su sonrisa-. Y ahora, ¿por qué no me cuentas vuestros progresos en lo referente a Liz?

- Conseguimos una pista sobre un ático de la Segunda Avenida, pero ya lo habían vaciado – era algo que seguía frustrándolo-. He pensado en hablar con el encargado del edificio, con los vecinos. Hay una testigo que quizá sea capaz de identificar a uno o a más de nuestros magnates del cine.

- Buen comienzo. ¿puedo ayudar en algo?

- Te lo haré saber. Ya lleva en su poder un par de semanas, Fletch. Voy a recuperarla –levantó la vista y la furia contenida que había en ellos no dejó lugar a dudas-. Lo que me preocupa es el estado en el que la encontraré.

- Ve paso a paso.

- Hablas como la teniente –Colt prefería dar saltos en vez de pasos-. No puedo quedar con ella hasta última hora de la tarde. Está en los tribunales.

- ¿en los tribunales? –Boyd frunció en ceño, luego asintió-. Ciertamente el juicio Marsten. Robo a mano armada y agresión. ¿quieres que envíe a un agente uniformado contigo a la Segunda Avenida?

- No. Me encargaré yo.

Colt decidió que era estúpido trabajar solo otra vez. Eso significaba que no tenía que preocuparse de pisarle los zapatos a su compañera ni discutir sobre estrategia. Y en lo referente a Althea, significaba que no tenía que centrarse en no pensar en ella como mujer.

Primero fue a ver al encargado del edificio, Nieman, un hombre bajo y medio calvo que evidentemente consideraba que su puesto requería que llevara un traje de tres piezas, una corbata torpemente anudada y un océano de loción para después de afeitarse.

- ya le he dado mi declaración a la otra oficial –lo informó a Colt a través de la abertura de cinco centímetros que proporcionaba la cadena de seguridad de su puerta.

- Ahora me la tendrá que dar a mí –no vio sentido en aclararle que él no era policía-. ¿Quiere que grite mis preguntas desde el pasillo, señor Nieman?

- No –quitó la cadena, visiblemente irritado-. ¿Es que no he tenido ya suficientes problemas? Apenas me había levantado esta mañana cuando ustedes aporrearon mi puerta. Los inquilinos no han dejado de llamar por teléfono, queriendo saber por qué la policía está precintando el ático. Tardaré semanas en desterrar esta publicidad.

- Tiene un trabajo muy duro, señor Nieman –estudió el apartamento al entrar. No era tan grade como el ático vacío, pero no estaba mal. Nieman lo había amueblado al estilo rococó francés. Colt pensó que a su madre le habría encantado.

- No se lo imagina –resignado, el otro le indicó un sillón tallado-. Los inquilinos son como niños, de verdad. Necesitan que alguien los guíe, que alguien les de unos azotes en la mano cuando se saltan alguna regla. Soy encargado de este edificio desde hace diez años, tres como residente, y las historias que podría contarle...

Por miedo a que lo hiciera, lo cortó.

- ¿Por qué no me habla de los inquilinos del ático?

- Poco puedo decirle –se subió un poco los pantalones antes de sentarse. Cruzó las piernas por los tobillos y mostró unos calcetines con un diseño geométrico-. Como le expliqué a la otra detective, en realidad jamás llegué a verlos. Permanecieron aquí solo cuatro meses.

- ¿Es que no le muestra los apartamentos a los posibles inquilinos, señor Nieman? ¿No acepta en persona sus formularios?

- Como regla, desde luego. En este caso en particular, el arrendatario envió por correo referencias y un cheque bancario como depósito por el primer y último alquiler.

- ¿Es habitual que alquile un apartamento de esa manera?

- No... -después de aclararse la garganta, jugó tonel nudo de su corbata-. La carta vino acompañada de una llamada telefónica. El señor Davis, el inquilino, explicó que era amigo del señor y la señora Ellison. Los Ellison habían alquilado el ático con anterioridad, durante tres años. Una pareja encantadora, con un gusto elegante. Se trasladaron a Boston. Como los conocía, no necesitaba ver el ático. Afirmó que había asistido a varias cenas y otras veladas en casa de los Ellison. Verá, estaba ansioso por alquilarlo, y como sus referencias eran impecables...

- ¿Las comprobó?

- Desde luego –con los labios fruncidos, Nieman se irguió-. Me tomo muy en serio mis responsabilidades.

- ¿Cómo se ganaba la vida Davis?

- Trabaja de ingeniero en una firma local. Cuando me puse en contacto con la empresa, dijeron que lo tenían en la más alta estima.

- ¿Qué empresa?

- Aún tengo sus datos –alargó la mano hacia la mesita del centro para recoger una carpeta fina-. Foxx Engineering –comenzó, luego recitó la dirección y el teléfono-. Por supuesto, también me puse en contacto tonel encargado del edificio donde vivía. Nosotros tenemos un código ético. Se me aseguró que el señor Davis era un arrendatario ideal, responsable, ordenado y puntual a al hora de pagar. Y así resultó ser.

- ¿Pero nunca llegó a verlo en persona?

- Este es un edificio grande. Hay varios inquilinos a los que no veo. Con los que uno se encuentra de manera regular es con los problemáticos, y el señor Davis jamás causó un problema.

“Nunca un problema”, pensó con gesto sombrío mientras terminaba el lento proceso de ir de puerta en puerta. Había conseguido una copia del contrato, de las referencias y de la carta de Davis. Era pasado el mediodía y ya había entrevistado a casi todos los inquilinos que habían contestado a su llamada. Solo tres afirmaban haber visto el misterioso señor Davis. En ese momento Colt disponía de tres descripciones diferentes para añadir al informe.

El precinto de la policía en la puerta del ático el había impedido la entrada. Podría haber abierto la cerradura y cortado la cinta, pero dudaba que fuera a encontrar algo de utilidad.

De modo que había empezado desde arriba. En ese momento recorría la tercera planta, dominado por la frustración y el comienzo de un dolor de cabeza.

Llamó al apartamento 302 y sintió que lo evaluaban a través de la mirilla. Oyó el ruido e la cadena de seguridad y del cerrojo. Y se vio evaluado cara a cara por una mujer mayor, con una mata salvaje de pelo teñido por un improbable color naranja. Tenía los ojos azules brillantes que reflejaban docenas de arrugas mientras lo estudiaba. La sudadera de los Denver Broncos que llevaba era del tamaño de una tienda de campaña, y cubría lo que Colt dedujo que eran cien kilos de masa corporal. Tenía doble papada y ya había empezado a desarrollar una tercera.

- Es usted demasiado atractivo para venderme algo que no quiero.
- No, señora – si hubiera tenido un sombrero, se lo habría quitado-. No vendo nada. La policía está llevando a cabo una investigación. Me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de unos vecinos suyos.

- ¿Es usted policía? Si lo fuera, tendría una placa.
- No, señora, no soy policía –parecía ser bastante más aguda que Nieman-. Realizo un trabajo privado.

- ¿Es detective? –los ojos azules se iluminaron como dos bombillas-. ¿Cómo Sam Spade? Le juro que Humphrey Bogart ha sido el hombre más sexy que jamás ha nacido. Si yo hubiera sido Mary Astor, no habría pensado ni dos segundos en un pájaro de metal cuando podía tenerlo a él.

- No, señora –tardó un momento, pero al final captó la referencia a *El Halcón Maltés*-. Mis preferencias eran por Lauren Bacall. Si que hacían cantar a los pájaros en *El Sueño Eterno*.

- Desde luego que sí –complacida soltó una risa lujuriosa y alta-. Bueno pase. No tiene sentido que se quede ahí de pie.

Colt entró y de inmediato tuvo que esquivar muebles y gatos. El apartamento estaba atestadote ambos. Mesas, sillas, lámparas, algunas buenas antigüedades, otros objetos sin valor comprados en algún rastrillo, diseminados sin orden por amplio salón. Media docena de gatos en todas las descripciones se hallaban acurrucados o extendidos con igual abandono.

- Soy coleccionista –informó la mujer, sentándose en un sofá de dos plazas de estilo Luis XV. Su cuerpo ocupó dos terceras partes de los cojines, de modo que Colt eligió ocupar un sillón desvencijado con un tapizado gastado de soldados coloniales luchando contra casacas rojas-. Me llamo Esther Mavis.

- Colt Nightshade –aceptó con filosofía que un gato gris saltara sobre el regazo y otro sobre el respaldo para olisquearle el pelo.

- Bueno, ¿qué estamos investigando, señor Nightshade?

- Comprobamos al inquilino que ocupó el ático.

- ¿El que acaba de marcharse? –se rascó los mentones-. Ayer vi a unos hombres fornidos bajar cosas a una furgoneta.

“Igual que las otras personas”, pensó Colt. Nadie había molestado en fijarse si la furgoneta llevaba el nombre de alguna empresa de portes.

- ¿Prestó atención a la furgoneta, señora Mavis?

- Señorita –indicó-. Era grande. No se comportaban como transportistas.

- ¿Oh?

- Trabajaban deprisa. No como personas a las que se paga por horas, ya sabe. Se llevaron algunas piezas buenas –observó su propio salón-. Me gustan los pueblos. Había una mesa Belker que me habría gustado poseer. No sé dónde la habría puesto, pero siempre le encontraría sitio.

- ¿Podría describir a algunos de los transportistas?

- No me fijo en los hombres a menos que tengan algo especial –le hizo un guiño.

- ¿Y que me dice del señor Davis? ¿Lo vio alguna vez?

- No lo puedo asegurar. No conozco a casi nadie del edificio por su nombre. Mis gatos y yo somos reservados. ¿Qué ha hecho?

- Lo estamos investigando.

- No quiere soltar prenda, ¿eh? Bogey habría echo lo mismo. Y bien, ¿se ha marchado?

- Eso parece.

- Supongo que entonces no podré entregarle su paquete.

- ¿Paquete?

- Llegó ayer. Lo trajo un mensajero y lo dejó aquí por error. Davis, Mavis... -movió la cabeza-. Estos días la gente no presta mucha atención a los detalles.

- Sé a que se refiere –con cuidado se quitó un gato del hombro-. ¿Qué clase de paquete es, señorita Mavis?

- Un paquete paquete –con unos gruñidos y silbidos, se puso de pie-. Lo puse en el dormitorio. Iba a subírselo hoy –se movió como una especie de tanque grácil por los espacios estrechos que había entre los muebles y regresó con un sobre cerrado y acolchado.

- Señora, me gustaría llevarme esto. Si representa algún problema para usted, puede llamar al capitán Boyd Fletcher, de la policía de Denver.

- Me da igual –le entregó el paquete-. Quizá, cuando haya resuelto el caso, pueda venir a contarme qué había dentro.

- Lo haré –siguiendo un impulso, sacó la foto de Liz-. ¿ha visto a esta joven?

La señorita Mavis la estudió con el ceño fruncido, luego movió la cabeza.

- No que yo recuerde. ¿Está metida en problemas?
- Sí, señora.
- ¿Tiene algo que ver con el ático?
- Eso creo.
- Es una joven muy bonita –le entregó la foto-. Espero que la encuentre pronto.
- Yo también.

No era el procedimiento habitual de operar el que seguía. Colt no habría sabido decir por qué había realizado una excepción, pero en vez de abrir el paquete e inspeccionar de inmediato su contenido, lo dejó sin abrir y fue hacia los juzgados.

Llegó justo a tiempo para presenciar el interrogatorio de la defensa a Althea. Iba vestida con un traje color teja que tendría que haber sido corriente. Pero el efecto que tenía en ella era de un poder sutil, con el pelo recogido sobre el cuello y un collar de perlas de una vuelta.

Colt se sentó en la parte de atrás del tribunal y observó mientras ella hacía pedazos con competencia y paciencia el argumento de la defensa. En ningún modo alzó la voz, ni tartamudeó. Cualquiera que escuchara o mirara, incluido el jurado, la habría considerado una profesional ecuánime.

“Lo que es”, concluyó Colt mientras estiraba las piernas y esperaba. Desde luego, nadie que la observara en ese momento imaginaría que se encendía como un cohete en los brazos de un hombre. En sus brazos.

Nadie supondría que esa mujer meticulosa y controlada se arqueaba mientras las manos de un hombre, sus manos, la recorrían.

Le era imposible olvidarlo.

Y al estudiarla en ese momento, cuando no era consciente de su presencia y estaba completamente centrada en la tarea que la ocupaba, comenzó a notar otras cosas, cosas pequeñas.

Estaba cansada. Podía verlo en sus ojos. De vez en cuando su voz reflejaba un deje leve de impaciencia cuando la obligaban a repetirse. Cruzó las piernas. Fue un movimiento suave, escueto, como de costumbre. Pero Colt percibió algo más, inquietud, no nervios. Deseaba que su declaración acabara de una vez.

Al terminar el interrogatorio, el juez declaró un descanso de quince minutos.

Jack Holmsby la tomó por el brazo antes de que pudiera pasar a su lado.

- Buen trabajo, Thea.
- Gracias. No debería de plantearte ningún problema crucificarlo.
- Eso no me preocupa –se movió lo suficiente para bloquearle el paso-. Escucha, lamento que las cosas no funcionaran la otra noche. ¿Por qué no volvemos a intentarlo? ¿Qué te parece si cenamos esta noche, solos tu y yo?

Ella aguardó un instante, no tanto irritada por su desfachatez como por el cansancio que le provocaba.

- Jack, ¿las palabras ni en el infierno significan alto para ti?

El rió y le apretó el brazo con gesto íntimo. Durante un momento, ella consideró la idea de esposarlo y acusarlo de agresión.

- vamos, Althea. Me gustaría tener la oportunidad de compensar mi actitud de la otra noche.
- Jack, los dos sabemos que te gustaría disfrutar de otra oportunidad. U no va a pasar, ahora, suéltame el brazo mientras los dos estamos del mismo lado de la ley.
- No hace falta que seas...
- ¿Teniente? –dijo Colt, dejado que su mirada recorriera a Holmsby-. ¿Tienes un minuto?
- Nightshade –la irritó mucho que hubiera presencias esa escena-. Perdona, Jack. Tengo trabajo –salió del tribunal, dejando que Colt la siguiera-. Si tienes algo que valga la pena, suéltalo –ordenó-. En este momento los abogados no me caen bien.

La tomó por el brazo y se crispó cuando ella se puso rígida. Conteniéndose, la condujo hacia las puertas.

- Tengo el coche delante de los juzgados. ¿Por qué no damos un paseo mientras no nos ponemos al día?
- Perfecto. He venido andando desde la comisaría. Puedes llevarme.
- Bien –encontró otra multa en el parabrisas, lo cual no lo sorprendió, ya que había aparcado en una zona restringida. Se la guardó y subió al vehículo-. Lamento haber interrumpido tu ritual de apareamiento.
- Bésame el culo –espetó mientras se ponía el cinturón de seguridad.
- Teniente, he soñado con hacer exactamente eso –alargó la mano para abrir la guantera. En esa ocasión ella no se puso rígida ante el contacto, solo pareció retraerse-. Toma.
- ¿Qué?
- Para el dolor de cabeza.
- Estoy bien –no era del todo una mentira. Lo que tenía no podía calificarse como dolor de cabeza. Se parecía más a un tren de carga marchando a toda velocidad por su cerebro.
- Odio una mártir.
- Déjame en paz –cerró los ojos y logró aislarse.

No se encontraba bien en absoluto. No había dormido. A lo largo de los años se había acostumbrado a dormir dos o tres horas por la noche. Pero la anterior no había dormido nada, y era demasiado orgullosa para culpar a quien se lo merecía. Colt.

Había pensado en el, fustigándose. Había repasado la imposible escena en el ático, y había palpitado. Para volver a fustigarse. Había probado a darse un baño caliente. In libro aburrido, yoga, coñac caliente. Nada la había aliviado.

Había dado vueltas en la cama y al final había terminado por levantarse para pasear inquieta pro el apartamento. Y había visto salir el sol.

Desde al amanecer había estado trabajando. En ese momento era la una pasada y ya estaba en el trabajo casi ocho horas sin un descanso. Y lo que empeoraba todo, lo que lo hacía intolerable, era que quizá terminara pasando otras ocho horas con Colt.

Abrió los ojos cuando el frenó bruscamente. Se habían detenido ante un supermercado.

- Necesito una cosa –comentó, bajando.

“Perfecto, estupendo”, pensó, y volvió a cerrar los ojos. “No te molestes en preguntar si quizá yo necesito algo. Como una sierra para cortarme la cabeza”.

Lo oyó regresar. Le pareció extraño reconocer el sonido de sus pisadas después de tan poco tiempo. Con obstinación, mantuvo los ojos cerrados.

- Toma –le metió algo en la mano. Té –explicó cuando ella abrió los ojos APRA observar la taza de papel-. Para bajar la aspirina –abrió el bote y le puso algunas en la mano-. Y ahora tómate las malditas pastillas, Althea. Y como esto. Seguro que estás sin comer nada en todo el día, si no contamos las galletas de chocolate o las garrapiñadas. Jamás he visto a una mujer acabar con los caramelos como lo haces tú.

- El azúcar tiene un montón de energía –pero se llevó las aspirinas a la boca y bebió el té. La bolsa con galletas saladas y quiso hizo que frunciera el ceño-. ¿No había nada dulce?

- Necesitas proteínas.

- Seguro que las tartas tienen proteínas –el té era demasiado fuerte y amargo, pero ayudó-. Gracias –bebió otro sorbo, luego abrió la caja de galletas. Resultaba importante recordar que era responsable de sus propias acciones, reacciones y emociones. Si no había dormido, era problema suyo-. Los chicos del laboratorio ya deben de haber terminado en el ático.

- Así es. He estado allí.

- Preferiría que no actuaras solo.

- No puedo satisfacer a todo el mundo, de modo que me satisfago a mí mismo. Hablé con la pequeña comadreja encargada del edificio. Jamás ha visto al inquilino del ático –mientras Althea se concentraba en la comida improvisada, la puso al corriente.

- Sabía lo de Davis –afirmó ella cuando Colt concluyó-. Saqué a Nieman de la cama esta mañana. Ya he llamado a las referencias. Teléfonos desconectados en ambos casos. No hay ninguna Foxx Engineering en esa dirección, ni en ninguna otra en Denver. Lo mío para el apartamento de Davis dio como referencia. El señor y la señora Ellison, los anteriores inquilinos, jamás han oído hablar de él.

- Has estado ocupada –la observó y martilleó con un dedo sobre el volante-. ¿Qué era eso de no actuar solo?

Ella sonrió un poco. El dolor de cabeza remitía.

- Yo llevo una placa –soltó-. Tu no.

- Tu placa no te introdujo en el apartamento de la señorita Mavis.

- ¿Tendría que haberlo hecho?

- Creo que sí –complacido de ir por delante de ella, levó la mano atrás y le mostró el paquete-.

El mensajero se lo entregó a la dama de los gatos pro error.

- ¿Dama de los gatos?

- Tendrías que haber estado allí –lo apartó cuando intentó quitárselo-. Es mi descubrimiento, encanto. Estoy dispuesto a compartirlo.

Se impacientó, pero se calmó al ver que no lo había abierto.

- Sigue cerrado.

- Me pareció justo –la miró a los ojos-. Pensé que tendríamos que abrirlo juntos.

- Al parecer esta vez has acertado. Echémosle un vistazo.

Colt bajó la mano y sacó un cuchillo de la bota. Al abrir el paquete, Althea entrecerró los ojos.

- No creo que ese juguete entre en los límites legales.

- No –repuso de buen humor y volvió a guardarlo en la bota. Metió la mano en el sobre y extrajo una cinta de vídeo y una hoja de papel.

Edición final. ¿Está bien para los incautos? El fin de semana se espera mucha nieve. Los víveres no escasean. En el siguiente envío manda cintas y cervezas. Los caminos quizá estén cerrados.

Althea sostuvo la hoja por una esquina y sacó una bolsa de plástico del bolso.

- buscaremos huellas. Tal vez tengamos suerte.- podría revelarnos quien es. Pero no dónde está –guardó la cinta de nuevo en el sobre-. ¿quieres ir al cine?

- Si –Althea depositó la bolsa en el regazo y la cerró-. Pero creo que esta película requiere una sesión privada. Tengo un reproductor en casa.

También tenía un sofá cómodo con muchos cojines. Unos suelos de madera relucientes quedaban resaltados por las alfombras indias. Los cuadros de art déco de la pared deberían de haber chocado con los toques decorativos del sudoeste, pero no era así. Ni las exuberantes plantas caseras sobre el carrito de te de hierro forjado, ni los dos peces dorados que nadaban en el acuario con forma de tubo ni el taburete que parecía un gnomo sonriente.

- Un lugar interesante –comentó el.

- Cumple con su función –se dirigió hacia una estantería central de cromo y cristal mientras se descalzaba.

Colt decidió que ese gesto le hablaba mucho más de Althea Grayson que unos detallados informes personales.

Con su habitual eficacia, metió la cinta en el reproductor y encendió el televisor.

Pasados cinco segundos de cinta en blanco, comenzó el espectáculo.

Incluso para un hombre con la experiencia de él, resultó una sorpresa. Metió las manos en los bolsillos y se apoyó en los talones. Supuso que era una tontería, ya que ambos eran profesionales y adultos, pero experimentó una innegable sensación de vergüenza.

- Yo, mmm, supongo que no esperan despertar el deseo del público con esto.

Althea ladeó la cabeza y estudió la pantalla con un distanciamiento clínico. No era hacer el amor. Ni siquiera era sexo, según su propia definición. Era porno directo, más patético que estimulante.

- He visto cosas más calientes en despedidas de soltero.

- ¿De verdad? –Colt apartó la vista de la pantalla el tiempo suficiente para mirarla con una ceja enarcada.

- La cinta muestra una calidad sorprendente. Y la grabación, si se la puede llamar así, parece bastante profesional –escuchó los gemidos-. El sonido también –asintió cuando la cámara pasó a un plano general-. No es el ático.

- Debe tratarse de la cabaña de las montañas. Rústica, pero cara, por la madera. La cama parece Chippendale.

- ¿Cómo lo sabes?

- A mi madre le gustan las antigüedades. Mira la lámpara que hay junto a la cama. Es una Tiffany, o una buena imitación. Ah, el argumento se enriquece...

Observaron a otra mujer entrar en el encuadre. Unas pocas líneas de diálogo indicaron que había encontrado a su amante y a su mejor amiga. La confrontación se tornó violenta.

- No creo que esa sea sangre falsa –siseó Althea con los dientes apretados cuando la primera mujer recibió un golpe duro en la cara-. Y tampoco creo que esperara el golpe.

Colt juró en voz baja a medida que se desarrollaba la escena. La mezcla de sexo y violencia, una violencia centrada en las mujeres, conformaba una escena desagradable. Tubo que cerrar las manos para no apagar el televisor.

Ya no se trataba de una cuestión de bochorno divertido, sino de repulsión.

- ¿Lo llevas bien, Nightshade? – apoyó una mano en su brazo. Ambos sabían lo que él más temía, que Liz apareciera en la pantalla.

- Me parece que no voy a querer palomitas.

Instintivamente, Althea dejó la mano donde la tenía y se acercó.

Había una especie de trama, y comenzó a seguirla. Un fin de semana en una cabaña en un sitio de esquí, dos parejas que se mezclaban y relacionan de varias maneras. Soslayó eso y se centró en los detalles. El mobiliario. Colt había tenido razón... era de primera. Los diferentes ángulos de la cámara mostraron que la casa tenía dos plantas con un espacio diáfano y techos altos con vigas. Chimenea de piedra, jacuzzi.

Con unas pocas tomas artísticas, vio que nevaba un poco. Captó vistazos de árboles nevados y cumbres blancas. En una escena en el exterior que debió de ser más que incómoda para los actores, notó que no había ninguna casa o estructura cerca. La cinta terminaba sin los créditos. Y sin Liz. Colt no supo si sentirse o no aliviado.

- No creo que vaya a ganar un Oscar –Althea mantuvo la voz ligera mientras rebobinaba la cinta-. ¿estás bien?

No estaba bien. Le ardían las entrañas y necesitaba liberar la tensión.

- Fueron duros con las mujeres –dijo con cuidado-. Violentos de verdad.

- A primera vista, diría que los principales clientes para este tipo de cosas serían tipos que fantasean con la dominación... física y emocional.

- No creo que se pueda aplicar la palabra fantasía a algo así.

- No todas las fantasías son bonitas –murmuró pensativa. La calidad era buena, pero parte de la actuación, y empleo el vocablo de forma liberal, resultaba patética. ¿será posible que algunos de sus clientes vivan sus fantasías en directo?

- Lo que faltaba –respiró hondo -. La carta de Jade mencionaba que creía que una de las chicas había muerto. Quizá no se equivocaba.

- El sadismo es un instrumento sexual peculiar...que a menudo puede escaparse de las manos. Podremos localizar la zona general por las tomas exteriores –fue a extraer la cinta, pero el le hizo dar la vuelta.

- ¿Cómo puedes ser tan fría? ¿No te ha afectado? ¿No te ha provocado nada?

- Sea lo que sea, me enfrento a ello. Dejemos las personalidades fuera de esto.

- No. Radica en saber con quién estás trabajando. Hablamos del hecho de que alguna chica podría haber muerto ante la cámara –lo dominaba una furia que no podía controlar y una terrible necesidad de airearla-. Acabamos de ver a dos mujeres siendo abofeteadas, empujadas, golpeadas y amenazadas con recibir algo peor. Quiero saber qué te ha hecho sentir mirar eso.

- Me puso enferma –espetó, soltándose-. Y me enfureció. Y si me lo permitiera, me habría entristecido. Pero lo único que importa, importa de verdad, es que disponemos de nuestra primera prueba –sacó la cinta y la guardó en el estuche-. Y ahora, si quieres hacerme un favor, me dejarás en la comisaría para que la pueda entregar. Luego podrás darme algo de espacio.

- Claro, teniente –fue a la puerta para abrirla-. Te daré todo el espacio que necesitas.

5

Colt tenía tres reinas, y le pareció una pena que la única que deseaba estuviera sentada frente a él, aumentando la apuesta que acababa de hacer.

- ahí vas tus veinticinco, Nightshade, y veinticinco más –Althea echó unas fichas más. tenía las cartas pegadas al pecho.

- Ah, bueno... -Sweeney suspiró y observó las cartas horribles que tenía, como si con el deseo se pudieran convertir en una mano ganadora-. Demasiado para mí.

Desde su asiento entre Sweeney y un patólogo forense llamado Louis, Cilla consideró su pareja de cinco.

- ¿Qué te parece, Matador?

Keenan, vestido para irse a la cama con una camiseta de los Denver Nuggets, botó en su regazo.

- suelta el dinero.

- Para ti es fácil decirlo –pero empujó las fichas al centro.

Tras un debate personal que incluyó murmullos, movimientos en la silla y de cabeza. Louis también entró en la jugada.

- veo tus veinticinco –dijo Colt. Mantuvo el cigarro entre los dientes mientras contaba las fichas-. Y vuelvo a subir.

Boyd sonrió, contento de haber pasado. Se produjo otra ronda de apuestas; en la mano solo quedaron Althea, Cilla y Colt.

- un trío de presionas reinas –anunció, mostrando las cartas.

- Buenas –los ojos de Althea brillaron al mirarlo-. Pero mi full puede con ellas –extendió las cartas para revelar tres ochos y un par de doses.

- Eso destroza mis dos cincos –Cilla suspiró mientras Althea recogía las ganancias.- muy bien, pequeño, me has costado setenta y cinco centavos. Ahora te toca dormir –alzó a un risueño Keenan al levantarse.

- ¡Papi! –extendió los brazos y sonrió-. ¡ayuda! ¡no dejes que lo haga!

- Lo siento, hijo –Boyd le revolvió el pelo a su hijo y le dio un beso solemne-. Parece que estás perdido. Vamos a echarte de menos por aquí.

- ¡Sálvame! –siempre dispuesto a prolongar lo inevitable, Keenan rodeó el cuello del Colt.

Este le dio un beso y movió la cabeza.

- En este mundo solo me asusta una cosa, compañero, y eso es una madre. Estás solo.

Sostenido por los brazos de Cilla, el pequeño dio una ronda de besos. Cuando llegó a Althea, le brillaron los ojos.

- ¿Está bien? ¿Puedo?

Era un juego antiguo que Althea estaba dispuesta a consentir.

- Por un níquel.

- Te lo debo.

- Ya me debes ocho mil dólares y quince centavos.

- Me dan la paga el viernes.

- Muy bien, entonces –lo apoyo en su regazo para darle un abrazo y él le olisqueó el pelo como un cachorrito. Colt vio que la expresión de Althea se suavizaba y que subía la mano para acariciarle la nuca.

- Me gusta –anunció Keenan, olisqueando una última vez con gesto exagerado.

- No olvides los ocho mil el viernes. Y ahora, adiós –después de darle un beso, se lo pasó a Cilla.

- Descartadme unas manos –sugirió Cilla, acomodando a su hijo sobre una cadera para llevárselo a la cama.

- Un chico que sabe convencer a una mujer para que lo tenga en su regazo, es un chico del que hay que estar orgulloso –Sweeney sonrió mientras recogía sus cartas-. Me toca a mí. Paso.

Durante la siguiente hora, las fichas de Althea no dejaron de incrementarse. Le encantaba la partida mensual de póquer que se había convertido en una costumbre poco después de que Cilla y Boyd se casaran. El desafío básico de superar en ingenio a sus oponentes la relajaban tanto como la atmósfera domestica que impregnaba cada rincón del hogar de los Fletcher.

Era una jugadora cauta, que solo apostaba cuando estaba satisfecha con las probabilidades, y que incluso entonces lo hacía de manera meticulosa y reflexiva. Notó que las fichas de Colt también se habían multiplicado, pero en rachas. Decidió que no era temerario, sino implacable. A menudo aumentaba las apuestas cuando no tenía nada, o dejaba que otros lo hicieran cuando tenía una mano ganadora.

“No sigue ningún patrón”, pensó, lo cual en sí mismo representaba un patrón.

- ¿Alguien quiere una cerveza? –preguntó cuando la mano terminó a favor de Sweeney.

Todo el mundo. Fue a la cocina y comenzó a destapar botellas. Se estaba sirviendo una copa de vino cuando entró Colt.

- he pensado que te vendría bien algo de ayuda.
- Puedo arreglarme.
- Supongo que hay pocas cosas con las que no podrías arreglarte. Solo quiero echarte una mano.

Maria había preparado suficientes sándwiches para satisfacer a un pelotón. A falta de algo mejor que hacer, Colt trasladó algunos de la bandeja a un plato. Decidió que tenía que soltarlo. A estar solos y disfrutar de la oportunidad, ya no sabía cómo empezar.

- He de decirte algo sobre esta tarde.
- ¿Oh? –inquirió con tono helado. Abrió la nevera y sacó un bol con el guacamole incomparable que preparaba María.

- Lo siento.
- ¿Perdón? –estuvo a punto de soltar el guacamole.
- Maldita sea, lo siento. ¿de acuerdo? –odiaba pedir disculpas, ya que significaba que había cometido un error, uno importante-. Mirar esa cinta me sacudió. Hizo que deseara romper algo, golpear a alguien. Lo más fácil era desahogarme contigo.

Como era lo último que habría esperado, la sorprendió. Permaneció con el cuenco en la mano sin saber qué hacer.

- De acuerdo.
- Temía ver a Liz en la cinta –continuó el, impulsado a soltarlo todo-. Y temía no verla –desconcertado, tomo una de las botellas abiertas y bebió un largo trago-. No estoy acostumbrado a sentirse así de asustado.

Poco podía haber dicho o hecho que hubiera atravesado mejor las defensas de ella. Conmovida, dejó el cuenco en la encimera y abrió una bolsa de patatas fritas.

- lo sé. También me llegó a mí. No debería ser así, pero lo fue –vertió las patatas en otro cuenco, deseando que hubiera algo más que pudiera hacer-. Lamento que las cosas no avancen más deprisa, Colt.

- Tampoco se han estancado. Y eso hay que agradecértelo a ti –alzo una mano y la dejó caer-. Esta tarde tuve ganas de hacer algo más que romper algo, y fue abrazarte –vio el destello de cautela que apareció en la mirada de ella y tuvo que contenerse-. No saltar sobre ti. Abrazarte. Hay una diferencia.

- Sí, la hay –suspiró. En los ojos de ella había necesidad. No deseo, solo necesidad, de contacto, de consuelo, de compasión. Eso lo entendía-. Supongo que a mí también me habría agradado.

- Aún puede agradarte –le costó dar el primer paso, pero avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

A ella también le costó responder para entrar en sus brazos y rodearlo con los propios.

Y cuando estuvieron cerca, cuando la mejilla de Althea se apoyó en el hombro de Colt, los dos suspiraron. La tensión desapareció como el agua por un dique.

El no lo entendía, ni siquiera sabía si podría aceptarlo, pero la sensación era la correcta. A diferencia de la primera vez que la había abrazado, no experimentó lujuria ni fuego por la sangre. Sino algo calido, dulce y en expansión, sólido.

Podría haber estado en esa manera durante horas.

Ella no se permitía relajarse muy a menudo, no con un hombre, y menos con uno que la atraía. Pero resultaba tan fácil, tan natural. Los latidos constantes de su corazón la adormilaron. Sintió el impulso de frotar la mejilla contra Colt, de cerrar los ojos y ronronear. Cuando oyó que él olisqueaba el aire, rió.

- El chico tiene razón –murmuró-. Es estupendo.
- Eso te va a costar un níquel, Nightshade.
- Ponlo en mi cuenta –le dijo al alzarle la cara para sonreírle.

No supo si el impacto que sintió se debía a que Althea jamás lo miraba de esa manera. Lo único que sabía era que su belleza resultaba extraordinaria, con el pelo suelto y entre sus manos, centelleando como lenguas de fuego bajo la intensa luz de la cocina. Los ojos de ella sonreían, profundos y llenos de humor, y la boca... sin carmín, curvada, levemente abierta. Irresistible.

Ladeó la cabeza y la bajó, a la espera de que ella se pusiera rígida o retrocediera. No hizo ninguna de esas cosas. Aunque el humor en los ojos se había transformado en percepción, la calidez siguió presente. Acercó los labios a los de Althea, probando con gentileza, un experimento en emociones. Con los ojos abiertos, se observaron, como si cada uno esperara que el otro se moviera o saltara.

Al permanecer inflexible en sus brazos, Colt cambió el ángulo, mordisqueándola levemente. La sintió temblar una vez a medida que se le oscurecían los ojos. Pero siguieron abiertos.

Quería verlo, lo necesitaba. Si cerraba los ojos, temía caer en el abismo que se abría ante ella. Tenía que ver quién era él, tratar de entender que tenía ese hombre que era capaz de derretirla.

Nadie lo había conseguido con anterioridad. Y se había enorgullecido de su capacidad de resistir o controlar, divertida por los hombres y mujeres que caían bajo sus respectivos hechizos para sufrir los tormentos del amor. Nunca había estado segura de que los gozos equilibraran esos tormentos.

Pero cuando el ahondo el beso, de forma lenta y persuasiva, para que no solo los labios, sino la mente y el cuerpo quedaran involucrados en el contacto, se preguntó que se había perdido al no permitir jamás que la rendición se mezclara con el poder.

- Althea... -suspiró al volver a cambiar el ángulo del beso-. Ven conmigo...

Comprendía lo que él le pedía. Quería que se dejara ir, que lo acompañara allí adonde pudiera llevarlos el momento. Ceder ante el, tal como Colt cedía ante ella.

Que apostara, cuando no estaba segura de las probabilidades.

El fue el primero en cerrar los ojos. La calidez somnolienta se convirtió en un dolor embotador, que era todo placer. Ella suspiró y también los cerró.

- ¡Eh! ¿Qué pasa con esas cervezas...? ¡Vaya! –Boyd intentó no sonreír. Se metió las manos en los bolsillos y tuvo que contenerse de silbar mientras su amigo y su antigua compañera se separaban como dos ladrones sorprendidos con las manos en la masa-. Lo siento, chicos –se acercó a las botellas de cerveza. Pensó que, en todos los años que conocía a Althea, jamás la había visto con esa expresión en la cara-. Esta cocina debe de tener algo –añadió al dirigirse hacia la puerta-. No puedo contar las veces que me he encontrado haciendo lo mismo aquí.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Althea suspiró.

- Santo cielo –fue lo único que pudo decir.
- Parecía bastante complacido consigo mismo, ¿verdad? –apoyó una mano en el hombro de ella.

- Me tomará el pelo –musitó Althea-. Y se lo contará a Cilla, para que también pueda tomármelo.

- Probablemente tengan cosas mejores que hacer.
- Están casados –soltó-. A la gente casada le encanta hablar de las cosas de otras personas.

Cuanto más nerviosa se ponía, más le gustaba a Colt. Estaba convencido de que solo unos escogidos habían visto agitada a la teniente. Quería saborear cada momento de la experiencia. Con una sonrisa se apoyó en la encimera.

- ¿Y? Si de verdad quieres volverlos locos, podrías dejar que esta noche fuera contigo a tu casa.

- En tus sueños, Nightshade...
- bueno, hay cierta verdad en eso, cariño –enarcó una ceja. La voz de ella había sonado insegura-. Bien puedo ser sincero y decirte que no estoy dispuesto a esperar mucho para convertir ese sueño en realidad.

Althea necesitaba serenarse, necesitaba hacer algo con las manos. Mató dos pájaros de un tiro y recogió la copa de vino para beber un sorbo.

- ¿Es una amenaza?
- Althea –comenzó con suma paciencia, lo cual también lo divirtió, ya que no recordaba haber sido jamás paciente con algo-. Los dos sabemos que lo que ha pasado aquí no se puede convertir en una amenaza. Ha sido agradable –con un dedo le acarició el pelo-. Si hubiéramos estado solos en alguna otra parte, habría pasado a ser mucho más agradable –cerró la mano en su pelo y la inmovilizó-. Te deseo, Althea, y mucho. Deduce lo que quieras de eso.

Ella sintió que algo le recorría la espalda. No era miedo. Hacía tiempo que era policía y podía reconocer el miedo en todas sus formas. Y había llevado su vida a su propia manera el tiempo suficiente para mostrarse cauta.

- Me da la impresión de que deseas muchas cosas. Deseas recuperar a Liz, y deseas atrapar y castigar a los hombres que la tienen secuestrada. Deseas esas cosas a tu propia manera, con mi cooperación. Y... -bebió más vino, sin dejar de mirarlo-... deseas acostarte conmigo.

“Es sorprendente” reflexionó Colt. Tenía que estar sintiendo algo de la necesidad y desesperación que experimentaba él. Sin embargo, era como si hablara del tiempo.

- Eso más o menos lo resume. ¿por qué no me cuentas que deseas tú?

Temía saber exactamente que deseaba, y lo tenía tan cerca como para poder probarlo.

- La diferencia entre tu y yo, Nightshade, es que yo sé que no siempre se consigue lo que se desea. Y ahora me voy a dormir. Ha sido un día largo. Puedes ir a verme mañana. Ya tendremos los dibujos de las descripciones de Meena. Puede que aparezca algo cuando los pasemos por el ordenador.

- de acuerdo –la dejaría ir... por el momento. El problema con una mujer como Althea era que un hombre siempre querría seducirla, y siempre anhelaría que se acercara a él por su propia voluntad-. ¿Thea?

- ¿Si? –se detuvo junto a la puerta de la cocina y giro la cabeza.
- ¿Qué vamos a hacer?

Ella contuvo un suspiro de anhelo.

- No lo sé –repuso con toda sinceridad-. Ojalá lo supiera.

A las nueve y media de la mañana siguiente, Colt esperaba en el despacho de Althea. De puro aburrimiento, hojeó algunos de los papeles que había sobre la mesa. Informes, redactados en el lenguaje peculiar que usaban los policías, un lenguaje que era al mismo tiempo conciso y florido. Tuvo que reconocer que, si a alguien le gustaba esa jerga burocrática, ella escribía los informes muy buenos. “Reglamento Grayson”, pensó, cerrado la carpeta. Quizá el principal problema que tenía era que había visto que en ella había mucho más que la policía profesional.

La había visto empuñar un arma, firme como una roca, mientras sus ojos irradiaban miedo y determinación. La había visto responder como la gloria a un abrazo impulsivo y urgente. La había visto acurrucarse como una niña, suavizarse con compasión y helarse como una granizada.

Había visto demasiado, y sabía que aún quedaba mucho por ver.

Pero su prioridad era Liz, tenía que serlo. Sin embargo, Althea seguía en su interior, como una bala alojada en la carne. Caliente, dolorosa e imposible de soslayar.

Lo enfurecía. Lo irritaba. Y cuando ella entró en el despacho, lo hizo gruñir.

- Llevo esperándote casi una hora. No tengo tiempo para esto.

- Es una pena –dejó otra carpeta sobre la mesa, notando de inmediato que habían movido sus papeles-. Quizá se debe a que ves mucha televisión, Nightshade. Es el único sitio donde un policía solo trabaja en su caso cada vez.

- Yo no soy policía.

- Es más que evidente. Y la próxima vez que tengas que esperarme, mantén la nariz lejos de mis papeles.

- Escucha, teniente... -maldiciendo, calló cuando sonó el teléfono.

- Grayson –al hablar se sentó detrás de su escritorio y recogió un lápiz-. Si. Si, lo tengo. Ha sido un trabajo rápido, sargento. Gracias. Lo haré si alguna vez voy por allí. Gracias de nuevo –cortó y de inmediato se puso a marcar un número-. Kansas City ha localizado a la madre de Jade –informó a Colt-. Se ha trasladado a Missouri.

- ¿Jade está con ella?

- Es lo que voy a intentar averiguar –al terminar de marcar, miró la hora-. Trabaja de camarera por las noches. Lo más probable es que ahora la encuentre en casa –antes de que Colt pudiera volver a hablar, alzó una mano para pedir silencio-. Hola, me gustaría hablar con Janice Willowby –una voz dormida e irritada le dijo que Janice no vivía allí-. ¿Es la señora Willowby? Señora Willowby, soy la teniente Grayson, de la policía de Denver... No, señora, no la hecho nada. No está metida en ningún problema. Creemos que podría sernos de cierta ayuda en un caso. ¿ha tenido noticias de su hija en las

últimas semanas? –escuchó con paciencia mientras la mujer negaba haber estado en contacto con Janice e, irritaba, exigía información-. Señora Willowby, Janice no es una fugitiva de la justicia ni sospechosa de anda. No obstante, necesitamos hablar con ella –sus ojos se endurecieron, con rapidez y frialdad -. ¿Perdone? Como no veo que la esté pidiendo que nos entregue a su hija, no considero lógico ofrecerle una recompensa. Si...

Colt cubrió el auricular con la mano.

- Cinco mil dólares –indicó-. Si nos pone en contacto con Jade, u esta nos conduce a Liz –vio la negativa en los ojos de ella, pero se mantuvo firme-. No depende de ti. La recompensa es privada.

Althea se tragó el disgusto.

- Señora Willowby, hay un grupo privado que autoriza entregar la suma de cinco mil dólares por información sobre Janice, con la condición de que eso ayude a cerrar satisfactoriamente la investigación. Si, estoy convencida de que podrán dárselos en efectivo. Oh, si, estoy segura de que hará lo que pueda. Puede ponerse en contacto conmigo las veinticuatro horas del día, en este número –lo repitió dos veces-. A cobro revertido, desde luego. Teniente Althea Grayson, Denver. Espero que llame –después de colgar, echó chispas por los ojos-. No me extraña que las chicas como Jade abandonen el hogar y terminen en la calle. Le importaba un bledo su hija, solo quería estar segura de que nada repercutía sobre ella. Si Jade hubiera estado metida en problemas, sin pestañear la habría entregado a cambio de dinero.

- No todo el mundo tiene instinto maternal.

- Dímelo a mí –guardo las emociones para que no interfirieran tonel caso-. Meena ha estado trabajando con el dibujante de la policía, y ha dado con un buen parecido de una de las estrellas de la producción que vimos ayer.

- ¿Quién?

- El tipo con la chaqueta roja de cuero. Le hemos enviado una copia a antivicio para empezar.

Requerirá tiempo.

- No dispongo de tiempo.

Ella dejó el lápiz y juntó las manos. Se prometió que no volvería a perder los estribos.

- ¿Se te ocurre algo mejor?

- No –dio la vuelta y giró otra vez para mirarla-. ¿alguna huella en el coche que se empleó para matar a Billings?

- Limpio.

- ¿El ático?

- Ninguna. Algunos cabellos. No nos ayudarán a localizarlos, pero serán importantes para atar el caso en el tribunal. El laboratorio se ha puesto a trabajar en la cinta y en la nota. Quizá tengamos suerte.

- ¿Y en personas desaparecidas? ¿Algún cadáver sin identificar en el depósito? Jade dijo que creía que habían matado a una de las chicas.

- No ha aparecido nada. Si han matado a alguien que llevara cierto tiempo en la calle, es improbable que denuncien su desaparición. He comprobado todas las muertes sospechosas y sin identificar de los últimos tres meses. Nadie encaja en el perfil.

- ¿Algo de suerte en los refugios para los sin hogar?

- Todavía no –titubeó, luego decidió que era mejor que lo hablaran-. Hay algo a lo que he estado dándole vueltas.

- Adelante.

- Tenemos un par de caras bonitas y jóvenes en el cuerpo. Buenas policías. Podríamos sacarlas de incógnito a la calle y ver si reciben alguna oferta de cine.

Colt le dio vueltas a la idea. Pensó que también eso requeriría tiempo. Pero al menos ofrecía una posibilidad.

- Es una misión delicada. ¿tienes a alguien que sea lo bastante buena como para llevarla a cabo?

- He dicho que sí. Lo haría yo...

- No –la brusca negativa fue como un latigazo.

- He dicho –continuó ella sin pestañear- que lo haría yo, pero no puedo pasar por una adolescente. Al parecer nuestro productor prefiere niñas. Lo pondré en marcha.

- De acuerdo. ¿puedes conseguirme una copia de la cinta?

- ¿Tus noches son aburridas? –sonrió.

- Muy graciosa. ¿Puedes?

Lo meditó. No se ajustaba a los procedimientos oficiales, pero no podía causar daño alguno.

- hablaré con el laboratorio. Mientras tanto, voy a ir a interrogar al camarero de Clancy. Apuesto que fue él quien le dio el chivatazo al grupo de la Segunda Avenida. Es posible que le sonsaquemos algo.

- Iré contigo.

- Me llevo a Sweeney –movió la cabeza y sonrió-. Un poli irlandés y grande en un bar llamado Clancy. Puede encajar.

- Es un jugador de póquer horrible.

- Sí, pero un encanto –lo sorprendió adoptando un perfecto acento irlandés.

- ¿Qué te parece si de todos modos os acompaño?

- ¿Qué te parece si esperas mi llamada? –se levantó y se puso una chaqueta azul marino que sacó del respaldo de la silla. Llevaba unos pantalones del mismo color y una blusa algo más clara de seda. La pistolera y el arma resultaban tan naturales en ella que bien podrán haber sido accesorios de moda.

- Me llamarás.

- He dicho que lo haría.

Colt apoyó las manos en los hombros de ella y acercó la frente a la suya.

- Marleen me ha llamado esta mañana. No me gustaría pensar que le daba falsas esperanzas, pero le dije que nos estábamos acercando. Tuve que hacerlo.

- Lo que sirva para tranquilizarla es lo correcto – no pudo evitar apoyar la mano en la mejilla de él para brindarle calor, luego la dejó caer-. Aguanta, Nightshade. Hemos reunido mucha información en poco tiempo.

- Si –apartó la cabeza y bajó las manos por los brazos de Althea hasta que sus dedos se entrelazaron-. Te dejaré ir a buscar a tu intimidador irlandés. Pero una cosa más –alzó las manos de

ambos para estudiar el contraste de textura, tono y tamaño-. Tarde o temprano tendremos que ocuparnos de otras cosas.

- Entonces lo haremos. Aunque quizá no te guste el resultado.

Le tomó la barbilla con una mano, le dio un beso intenso y la soltó antes de que ella pudiera hacer otra cosa que murmurar.

- Lo mimo digo. Ten cuidado ahí fuera, teniente.

- Nací cautelosa, Nightshade –se marchó, poniéndose la chaqueta.

Diez horas más tarde, aparcó el coche en el garaje de su edificio y se dirigió al ascensor. Estaba lista para darse un baño de agua caliente, tomar una copa de vino blanco frío y escuchar algunos blues lentos.

Al subir a su planta, se apoyó en la pared del ascensor y cerró los ojos. No habían conseguido gran cosa con el camarero, Leo Dorsetti. Los sobornos no habían funcionado y tampoco las amenazas veladas. Althea no dudaba de que tenía contactos con el círculo de pornografía. Ni que lo preocupaba que le pudiera suceder lo mismo que a Wild Bill.

Llegó a la conclusión de que necesitaba algo más que una amenaza. Tenía que descubrir algo sobre Leo Dorsetti, lo bastante sólido como para poder llevarlo a la comisaría para interrogarlo.

En cuanto lo tuviera en su terreno, estaba convencida de que lograría que se derrumbara.

Hizo sonar las llaves en la mano al salir del ascensor y avanzar por el pasillo. Había llegado el momento de darle descanso a la policía, al menos durante una o dos horas. Obsesionarse con un caso por lo general solo conducía a cometer errores.

Ya había abierto la puerta cuando la alarma se disparó en su cabeza. No cuestionó qué la había activado, simplemente desenfundó el arma. Comprobó los rincones y detrás de la puerta.

Estudió el salón y notó que no había nada fuera de lugar... a menos que contra el disco de Bessie Smith que en ese momento sonaba en el equipo de música. Y el aroma. A comida, levemente picante. Se le hizo la boca agua, aun cuando su mente permaneció alerta.

Giró en redondo al captar un sonido procedente de la cocina.

Colt se detuvo en la puerta mientras se limpiaba las manos en un trapo. Sonriendo, se apoyó en el marco.

- Hola, cariño. ¿has tenido un buen día?

6

Althea bajó la pistola. No alzó la voz. Las palabras que eligió, serenas y precisas, plasmaron sus sentimientos con más claridad que un disparo.

Cuando terminó, Colt movió la cabeza dominado por la admiración.

- creo que jamás me han imprecado con más estilo. Y ahora te estaría agradecido si guardaras esa pistola. No es que crea que vayas a usarla y arriesgarte a manchar el suelo de sangre.

- Podría merecer la pena –enfundó el arma, pero sin dejar de mirarlo-. Tienes derecho a guardar silencio... -comenzó.

Colt alzó la mano y contuvo una carcajada.

- ¿Qué haces?

- Te leo tus derechos antes de encerrarte por entrar en mi casa.

No dudó de que lo haría sin pestañear.

- hay una explicación.

- Mas vale que sea buena –se quitó la chaqueta y la apoyó en el respaldo de una silla-. ¿Cómo lograste entrar?

- Yo, eh... ¿Por la puerta?

- Tienes derecho a llamar a un abogado –entrecerró los ojos.

Era evidente que con humos no la aplacaría.

- De acuerdo,forcé la cerradura –con las manos hizo el gesto de que se rendía-. O es muy buena o yo me estoy oxidando.

- Forzaste la cerradura –asintió, como si lo hubiera esperado-. Llevas un arma oculta, una nueve milímetros...

- Buen ojo, teniente.

- Y un cuchillo que excede los límites legales –continuó-. Al parecer también llevas ganzúas.

- Son útiles. Supuse que habías tenido un día duro y que merecías llegar a casa para disfrutar de una cena caliente y vino frío. También que te irritaría un poco encontrarme aquí. Pero de por hecho que me perdonarías una vez que hubieras probado mis *lingüini*.

“Quizá”, pensó ella, “si cierro los ojos durante un minuto, todo desaparecerá”. Pero, al intentarlo, el siguió allí, sonriéndole.

- ¿Tus *lingüini*?

- *Lingüini a la marinara*. Te diría que era la receta de mi santa madre, pero en su vida cocinó un huevo. ¿te apetece una copa de vino?

- Claro. ¿Por qué diablos no?

- Así se habla –entró en la cocina. Decidiendo que podía matarlo luego, altea lo siguió. El olor era delicioso-. Te gusta blanco –anunció el mientras servía dos copas, utilizando las mejores copas de cristal de ella-. Es un estupendo vino italiano, con cuerpo, que no estropeará mi salsa. Atrevido, pero con clase. A ver si te gusta.

Aceptó el vino y dejó que él entrechocara la copa con la suya, luego bebió un sorbo. Sabía a cielo líquido.

- ¿Quién demonios eres, Nightshade?

- La respuesta a tus plegarias. ¿Por qué no vas a salón a sentarte? Sabes que quieres quitarte los zapatos.

Lo hizo, pero no se los quitó al sentarse en le sofá.

- Explícate.

- Acabo de hacerlo.

- Si no puedes pagarte un abogado...

- Dios, eres dura –suspiró y se sentó a su lado-. De acuerdo, tengo un par de razones. Una, sé que has estado dedicando mucho tiempo extra a mi investigación...

- Es mí...

- ¿Trabajo? –concluyó por ella-. Tal vez. Pero reconozco cuando alguien da unos pasos adicionales, de esos que te consumen el tiempo personal, y prepararte la cena era un modo de agradecértelo.

Althea pensó que también era un detalle, aunque aún no estaba dispuesta a decirlo en voz alta.

- podías haberme mencionado la idea.

- Seguí un impulso. ¿Nunca los has tenido?

- No tientes tu suerte, Nightshade.

- Bien. Volviendo a los motivos, también está el hecho de que no he podido quitarme este asunto de la cabeza durante más de unos minutos. Cocinar me ayuda a recargarme. No era probable que María me permitiera trabajar en su cocina, así que pensé en ti –alargó la mano para enroscar un mechón de pelo de ella en un dedo-. Pienso mucho en ti. Y por último, y si excusas, quería pasar una velada contigo.

Empezaba a convencerla. Althea quería creer que era por el delicioso olor que salía de la cocina. Pero no lo consiguió.

- De modo que irrumpiste en mi casa para invadir mi intimidad.

- El único sitio donde rebusqué fue en los armarios de la cocina. Era una tentación –reconoció-, pero no fui más lejos.

- No me gustan tus métodos, Nightshade –con el ceño fruncido, hizo remolinear el vino en la copa. Pero creo que me van a gustar tus *lingüini*.

No le gustaron, la volvieron loca. Costaba albergar resentimiento cuando su paladar había sido seducido pro completo. Algunos hombres ya habían cocinado para ella, pero no recordaba haber quedado jamás tan hechizada.

Y allí estaba Colt Nightshade, sin duda armado hasta los dientes debajo de los vaqueros viejos y la camisa de franela, sirviéndole pasta a la luz de la velas. “No es que sea romántico”, pensó. Era demasiado inteligente para caer en algo tan convencional. Pero resultaba gracioso, y extrañamente dulce.

Al servirse la segunda ración de *lingüini*, lo puso al corriente de los progresos realizados. Esperaban tener los informes del laboratorio en veinticuatro horas, el camarero de Clancy estaba siendo vigilado y una agente de incógnito se preparaba para salir a la calle.

Colt archivó la información en al mente y compartió la suya. Aquella tarde había hablado con algunas de las chicas que hacían la calle. Bien por su encanto o bien por el dinero que había cambiado de manos, se enteró de que hacia semanas que no veían en su lugar habitual a una chica que respondía al nombre la Lacy.

- Encaja en el perfil –continuó, rellenando la copa de Althea-. Joven y pequeña. Las chicas me contaron que era morena, pero que le gustaba ponerse una peluca rubia.

- ¿Tenía chulo?

- Mmm. Iba por su cuenta. Pasé por la habitación que alquilaba –partió un pan de ajo y le dio una mitad a ella-. Hablé con el encargado... una joyita. Como había dejado de pagar dos semanas, había sacado sus cosas de la habitación. Empeñó lo que tenía algún valor y tiró el resto.

- Me ocuparé de que todos en antivicio reciban su descripción.

- Bien. Volví a visitar algunos de los refugios –prosiguió-. Mostré la foto de Liz y los dibujos de la policía –frunció el ceño mientras jugaba con la comida-. No conseguí que nadie los identificara. De hecho, me costó convencer a las jóvenes de que miraran los retratos. La mayoría quería hacerse la dura, pero lo único que veías en sus ojos era confusión.

- Cuando tratas con esa confusión, tienes que ser dura. Casi todas proceden de hogares desgarrados por la droga, la bebida y los abusos físicos y sexuales. O caen en la s drogas y ya no saben como salir de ellas –movió los hombros-. Sea como fuere, huir parece el mejor camino.

- No era así para Liz.

- No –convino. Decidió que era hora de que descansaran de ese tema, aunque fuera por unos minutos-. ¿sabes, Nightshade? Podrías dejar de jugar al aventurero y dedicarte a un negocio de *catering*. Harías una fortuna.

- Colt comprendió cuál era su intención y decidió seguirle la corriente.

- Prefiero reuniones pequeñas e íntimas.

- Bien –lo miró a los ojos y luego bajó la vista a la copa de vino-, si no fue tu santa madre quien te enseñó a preparar unos *lingüini* de primera, ¿quién lo hizo?

- Cuando era pequeño teníamos una cocinera irlandesa magnífica. La señora O’Malley.

- Una cocinera irlandesa te enseñó a preparar comida italiana.

- Podía cocinar lo que quisiera, desde un guiso de cordero hasta un pollo al vino. “Colt, muchacho”, solía decirme, “lo mejor que puede hacer un hombre por si mismo es aprender a alimentarse bien. Depender de una mujer para que te llene la barriga...” –el recuerdo le provocó una sonrisa-. Cuando me metía en problemas, que era casi siempre, me hacía sentar en la cocina. Recibía discursos sobre cómo comportarme y cómo deshuesar un pollo.

- Bonita combinación.

- Lo de la conducta lo olvidé –bromeó-. Pero preparo un estupendo pollo relleno. Y cuando la señora O'Malley se jubiló, hace unos diez años, mi madre quedo sumida en una profunda depresión.
- Y contrató a otra cocinera –sonrió por encima de la copa.
- Un tipo francés con una mala actitud. Lo adora.
- Un chef francés en Wyoming.
- Yo vivo en Wyoming –dijo-. Ellos en Houston. De esa manera nos llevamos mejor. ¿Qué me dices de tu familia? ¿Eres de por aquí?
- No tengo familia. ¿Qué ha pasado con tu título de abogado? ¿Por qué no has hecho nada al respecto?
- Yo no he dicho eso –la estudió un momento. Había soltado la pregunta como si la quemara. Era algo que tendría que retomar-. Averigüe que no me gustaba pasar horas encima de libros de leyes, intentado engañar a la justicia con formulismos.
- Así que ingresaste en las Fuerzas Aéreas.
- Era un buen método para aprender a volar.
- Pero no eres piloto.
- A veces sí –sonrió-. Lo siento, Thea, no encajo en una ranura estrecha. Dispongo de dinero suficiente para hacer lo que me plazca cuando me plazca.
- ¿y los militares no te gustaron? –no bastaba con su respuesta.
- Durante un tiempo, sí. Luego me harté –se encogió de hombros y se recostó en la silla. La luz de la vela brillaba en su cara y en sus ojos-. Aprendí algunas cosas. Igual que aprendí de la señora O'Malley, y de la primaria, y de Harvard, y de un viejo entrenador de caballos indio que conocí en Tulsa hace unos años. Nunca sabes cuándo vas a utilizar lo que has aprendido.
- ¿Quién te enseñó a abrir cerraduras?
- No me lo vas a echar en cara, ¿verdad? –se adelantó para apartarle el pelo de la cara y servir más vino-. Lo aprendí en el ejército. Me hallaba en lo que podrías llamar un destacamento especial.
- Operaciones clandestinas –tradujo ella. No la sorprendía-. Por eso gran parte de tu historial es clasificado.
- Fue hace tiempo, ya tendrían que haberlo desclasificado. Pero sí son las cosas, ¿no? A los burócratas les encantan los secretos tanto como la burocracia. Lo que hacía era recoger información, o plantarla, quizá desactivar algunas situaciones volátiles, o agitarlas, dependiendo de las órdenes –bebió de nuevo-. Supongo que podríamos decir que empecé a hacerles favores a las personas... solo que esas personas dirigían el gobierno –sonrió-. O eso intentaban.
- No te gusta el sistema, ¿verdad?
- Me gusta lo que funciona –durante un instante, sus ojos se ensombrecieron-. Vi muchas cosas que no funcionaban. Por lo tanto... –se encogió de hombros y la atmósfera oscura se desvaneció-. Abandoné el servicio, me compré unos caballos y vacas y jugué a ser ranchero. Parece que los viejos hábitos tardan en desaparecer, porque ahora vuelvo a hacerles favores a las personas. Salvo que primero me tienen que caer bien.
- Algunas personas dirían que te va a costar decidir que quiere ser cuando seas mayor.

- Es posible. Supongo que es lo que he estado haciendo. ¿Qué me dices de ti? ¿Cuál es la historia que hay detrás de Althea Grayson?

- Ninguna que pueda interesar a un productor de cien –relajada, apoyó los codos en la mesa-. Entré directamente en la academia al cumplir los dieciocho años.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué me hice policía? –meditó la respuesta-. Porque me gusta el sistema. No es perfecto, pero si se trabaja en él, puede conseguir que funcione. Y la ley... ahí afuera hay personas que desean que funcione. Demasiadas vidas que pierden en los resquicios que tiene. Significa algo cuando puedes salvar una.

- No puedo cuestionar eso –sin pensarlo, apoyó la nao en la de ella-. Siempre pude ver que Boyd estaba destinado a hacer que la ley y el orden funcionaran. Hasta hace poco, era el único policía que respetaba lo suficiente como para confiar en él.

- Supongo que acabas de hacer un cumplido.

- No lo dudes. Vosotros dos tenéis mucho en común. Una visión clara, un tipo de valor obstinado, una compasión inamovible –sonrió, jugando con sus dedos -La niña a la que salvamos en el tejado... también fui a verla. Estaba encantada con la dama bonita del pelo rojo que le llevó una muñeca.

- Realicé un seguimiento. Es mi trabajo...

- Tonterías –encantado con la respuesta de ella, le alzó la mano y se la besó-. No tenía nada que ver con el deber, y si con lo que tú eres. Tener un lado blando no te reduce como policía, Thea. Solo te hace ser una policía amable.

Supo adónde conducía eso, pero no apartó la mano.

- El hecho de sentir debilidad por los niños no hace que la sienta por ti.

- Pero la sientes –musitó-. Llego hasta ti –sin dejar de observarla, deslizó los labios por su muñeca. Sus latidos eran firmes, pero también rápidos-. Y no pienso dejar de legar hasta ti.

- Es posible –era demasiado inteligente para continuar negando lo obvio-. Eso no significa que de ello vaya a salir algo. No duermo con todos los hombres que me atraen.

- Me alegra oírlo. Pero vas hacer mucha más que dormir conmigo –rió entre dientes y le besó otra vez la mano-. Dios, me encanta cuando poner esa expresión. Me vuelve loco. Lo que iba a decir era que, cuando lleguemos a la cama, dormir no va ser la máxima prioridad. Así que lo mejor será que descansemos un poco hasta entonces –se levantó y la incorporó consigo. Dame un beso de buenas noches, y te dejaré descansar ahora –la sorpresa que vio en sus ojos le provocó otra sonrisa. Esperaría hasta más tarde para darse una palmada en la espalda por la estrategia elegida-. Pensaste que te había preparado la cena y hecho compañía como excusa para seducirte –suspiró y movió la cabeza-. Althea, me siento dolido. Casi destrozado.

Ella rió y mantuvo la mano en la suya.

- ¿Sabes, Nightshade? A veces casi me gustas. Casi.

- ¿ves? Te falta poco para estar loca pro mí –la acercó y el encogimiento que sintió en las entrañas contradujo el tono ligero que empleó-. Si me hubiera molestado en preparar un postre, me estarías suplicando.

- Tu te lo has perdido –se burló-. Todo el mundo sabe que unos profiteroles me ponen a cien.

- No lo olvidaré –le dio un beso ligero y la observó sonreír. Y el corazón le dio un vuelco-. Debe de haber alguna repostería italiana por aquí.

- No. Has perdido tu oportunidad –apoyó una mano en el pecho de él, diciéndole que tendría que poner fin a la reunión en ese momento, mientras aún podía sentir las piernas-. Gracias por la pasta.

- Claro –pero siguió mirándola, concentrado en ella, como si quisiera ver más allá de la piel de marfil, de los huesos delicados. Comprendió que pasaba algo. Algo interno que no terminaba de entender-. Tienes algo en los ojos.

- ¿Qué? – los nervios de Althea bailaban.

- No lo sé –habló despacio, como si midiera cada palabra-. A veces casi puedo verlo. Entonces, me impulsa a preguntarme dónde has estado. Adónde vamos.

Tuvo que respirar hondo para despejar los pulmones.

- Tú te ibas a casa.

- Si. En un minuto. Resulta demasiado fácil decirte que eres hermosa –murmuró, como si hablara consigo mismo-. Lo oyes constantemente es muy superficial para que pueda afectarte. Hay algo más ahí. Algo que no logro discernir –sin dejar de buscar en sus ojos, la acercó todavía más-. ¿Qué hay en ti, Althea? ¿Qué hay que no logro descubrir?

- Nada. Estás demasiado acostumbrado a buscar sombras.

- No, tu las tienes –despacio, subió la mano hasta su mejilla-. Y lo que tengo yo es un problema.

- ¿Cuál?

- Prueba con esto.

Bajó la boca para besarle los labios y todos los músculos del cuerpo de Althea se pusieron laxos. No fue un beso exigente ni urgente. Pero resultó devastador. Lo profundizó y la bombardeó con emociones para las cuales ella no tenía defensa. Los sentimientos de él se liberaron y la llenaron, rodeándola.

“No hay escapatoria”, pensó ella y oyó su propio sonido apagado de desesperación y aceptación. Colt había abierto una brecha en una defensa que Althea había dado por sentada y que nunca más podría levantar.

Podría repetirse una y otra vez que no iba a enamorarse, que no podía enamorarse de un hombre al que apenas conocía. Pero su corazón ya se reía de la idea.

La sintió ceder... no del todo, peor sí entregar otra parte de su ser. Allí había mucho más que pasión; y también una especie de descubrimiento. Para Colt fue una revelación descubrir que una mujer, esa mujer, podía aturdirle la mente, abrirle el corazón y dejarlo desvalido.

- Empiezo a perder el terror –mantuvo la mano en el hombro de Althea al separarse -. Y deprisa.

- Es demasiado –fue una respuesta pobre, pero la mejor que pudo dar.

- Dímelo a mí –los hombros de ella volvían a estar tensos. Lo impulsó a separarse-. Nunca antes había sentido esto. Y no es un truco –dijo cuando ella giró.

- Lo sé. Ojalá lo fuera –aferró el respaldo de la silla donde colgaba la pistolera. “un símbolo del deber”, pensó. “del control. De lo que me ha conformado”-. Colt, creo que ambos nos estamos metiendo más hondo de lo que quizá nos guste.

- Quizá ya nos hemos cansado de achicar agua siempre.

- No permito que los asuntos personales interfieran en mi trabajo –con temor tuvo que reconocer que estaba lista, incluso dispuesta y ansiosa, para hundirse-. Si no somos capaces de mantener esto bajo control, deberías de pensar en trabajar con otra persona.

- Nos ha ido bien juntos –dijo con los dientes apretados-. No pongas excusas falsas porque no quieres plantarle cara a lo que sucede entre nosotros.

- Es lo mejor que tengo –los nudillos se le habían puesto blancos de agarrar la silla-. Y no se trata de una excusa, solo de un motivo. Quieres que diga que me asustas. De acuerdo. Me asustas. Esto me asusta. Y no creo que busques una compañera que no sea capaz de concentrarse porque la pones nerviosa.

- Quizá estoy más contento con esa compañera que con la que se concentra tanto que cuesta reconocer si es humana –no iba a permitir que se escapara a ese momento-. No me digas que no eres capaz de trabajar en dos niveles, Thea, o que no puedes funcionar como policía cuando tienes un problema en tu vida personal.

- Tal vez no quiera trabajar contigo.

- Es una pena, pero no hay marcha atrás. Si quieres frenar lo nuestro, intentaré complacerte. Pero no vas a dejar a Liz porque temas permitirte sentir algo por mí.

- Pienso en Liz y en lo que el mejor para ella.

- ¿Cómo diablos vas a saberlo? –estalló, y si se mostraba irracional, le importaba un bledo. Estaba a punto de enamorarse de una mujer que con calma le decía que no lo quería en ningún ámbito de su vida. Estaba desesperado por encontrar a una joven asustada, y la persona que lo había ayudado a avanzar hacia su objetivo amenazaba con dejarlo-. ¿Cómo diablos vas a saber algo sobre ella u otra persona? Están tan dominada por las reglas y los procedimientos que no eres capaz de sentir, no, no es que no seas capaz, no quieres. Arriesgarías tu vida, pero un contacto con la emoción y en seguida alzas un escudo. Todo ha de ser muy medido para ti, ¿verdad, Thea? Ahí afuera hay una niña asustada, pero para ti solo es un caso más, simplemente otro trabajo.

- No te atrevas a decirme lo que yo siento –su control se quebró al apartar la silla, que cayó con estrépito al suelo entre los dos-. O te atrevas a decirme lo que entiendo. Es imposible que sepas lo que pasa por mi interior. ¿Es que crees que tú conoces a Liz o a cualquiera de las chicas con las que hablaste hoy? ¿Por haber entrado en unos refugios y albergues y crees que entiendes?

Los ojos de ella centellearon con una ira tan aguda que no pudo hacer otra cosa que dejar que lo cortara.

- Sé que hay muchas jóvenes que necesitan ayuda, que no siempre la encuentran.

- Oh, eso resulta tan fácil –se puso a caminar por la estancia y a dar una extraña exhibición de movimiento inútil-. Llena un cheque, paga una factura, pronuncia un discurso. Cuenta tan poco esfuerzo. No tienes ni idea de lo es estar sola, tener miedo o verte atrapada en esa máquina trituradora a la que arrojamos a los jóvenes desplazados. Yo pasé casi toda mi vida en esa maquinaria, así que no me digas

que no siento. Sé lo que es anhelar escapar, tanto como para ponerse a correr aun sin tener adonde ir. Y sé lo que es que te devuelvan allí, impotente, que abusen de ti y sentirte atrapada y miserable. Lo entiendo muy bien. Y se que Liz tiene una familia que la quiere, a la que se la devolveremos. Sin importar lo que pase, se la devolveremos y no quedará atrapada en ese ciclo. Así que no me digas que se trata de otro caso, porque ella si importa. Todos importan –calló y se pasó una mano temblorosa por el pelo. En ese momento no sabía qué era mayor, si la vergüenza o la furia que sentía-. Ahora me gustaría que te fueras –musitó-. De verdad.

- Siéntate –cuando ella no respondió, se acercó y la obligó a sentarse en una silla-. Lo siento. Es todo un récord para mí disculparme dos veces en un día con la misma persona –quiso apartarle el pelo de la cara, pero se contuvo-. ¿Quieres un poco de agua?

- No. Solo quiero que te vayas.

- No puedo –se sentó en el taburete delante de ella para que sus ojos quedarán al mismo nivel-. Althea...

Ella se echó hacia atrás con los ojos cerrados. Sentía como si hubiera subido a la cima de una montaña para tirarse al vacío.

- Nightshade, no estoy de humor para contarte la historia de mi vida, de modo que, si esperas eso, ya sabes dónde está la puerta.

- Eso puede esperar –corrió el riesgo de tomarle la mano. Notó que estaba firme, pero fría-. Probemos con otra cosa. Lo que tenemos aquí son dos problemas distintos. Encontrar a Liz es el número uno. Es una niña inocente, una víctima, que necesita ayuda. Podría encontrarla yo solo, pero tardaría tiempo. Y cada día que pasa... bueno, ya han pasado muchos días. Necesito que trabajes conmigo, porque tú conseguirás pasar por los canales que yo tararía el doble en rodear. Y porque confío en que dediques todo lo que tienes para localizarla y llevarla a casa.

- De acuerdo –mantuvo los ojos cerrados, concentrada en que desapareciera la tensión-. La encontraremos. Si no mañana, al día siguiente. Pero la encontraremos.

- Segundo problema –contempló sus manos-. Creo... ah, como para mí representa un campo nuevo, me gustaría indicar que solo se trata de una opinión...

- Nightshade –abrió los ojos y en ellos bailó el fantasma de una sonrisa-. Juró que hablas como un abogado.

- No creo que debas insultar a un hombre que va a decirte que está casi convencido de que te ama –se movió incómodo. Ella se sobresaltó. Habría apostado el rancho a que, de haber desenfundado un arma, Althea no habría parpadeado. Pero la mención del amor la hacía dar un bote-. No temas –continuó-. He dicho “casi”. Eso nos deja un margen de seguridad.

- A mi me da la impresión de que es un campo de minas –por miedo a ponerse a temblar otra vez, se soltó la mano-. En estas circunstancias, creo que sería inteligente enterrar el tema por el momento.

- ¿Y ahora quién habla como un abogado? –sonrió-. Cariño, ¿crees que a ti te provoca pánico? Piensa en lo que me hace a mí. Solo saqué el tema porque espero que eso facilite que lo encaremos. Por lo que sé, bien puede ser la gripe o algo parecido.

- Sería estupendo –contuvo una risa, aterrada de que pareciera embriagada-. Descansa y bebe mucho líquido.

- Lo intentaré –se adelantó-. Pero si no es la gripe, o algún otro virus, voy a hacer algo al respecto. Lo que sea puede esperar hasta que hayamos solucionado el primer problema. Hasta entonces, no sacaré el tema del amor, ni todas las cosas que por lo general conlleva, ya sabes... el matrimonio, la familia y un garaje para dos coches –por primera vez desde que la conocía, la vio totalmente desconcertada. Tenía los ojos muy abiertos y la boca floja. Juraría que, de tocarle el hombro, habría caído como un árbol joven azotado por una tormenta-. Imagino que es lo mejor ya que hablar de ello en sentido abstracto parece haberte puesto en coma.

- Yo... -logró cerrar la boca, tragar saliva y luego hablar-. Creo que has perdido la cabeza.

- Yo también –solo Dios sabía por qué se sentía tan contento-. Así que, por el momento, concentrémonos en encontrar a los malos. ¿de acuerdo?

- Y si acepto, ¿vas a dejar de sacar el otro tema?

- ¿Estás dispuesta a aceptar mi palabra? –esbozó una sonrisa lenta.

- No –se irguió y le devolvió la sonrisa-. Pero estoy dispuesta a apostar que seré capaz de desvirar cualquier cosa que me lances.

- Acepto la apuesta –extendió una mano-. Compañera –se las estrecharon con gesto solemne-. Y ahora, ¿Por qué no...?

El teléfono interrumpió lo que Althea estaba segura de que habría sido una sugerencia poco profesional. Pasó junto a Colt y contestó desde la extensión de la cocina.

Esó le dio a él un momento para reflexionar en lo que había iniciado. Para sonreír. Para pensar en cómo le gustaría terminarlo. Antes de poder concluir la fantasía, ella volvía a su lado. Levantó la silla caída y recogió la pistolera.

- ¿te acuerdas de nuestro amigo, Leo, el camarero? Acabamos de arrestarlo por vender coca en el bar –mientras se ponía la pistolera, su rostro recuperó la expresión combativa-. Van a llevarlo ala comisaría para interrogarlo.

- Vamos.

- Si Boyd lo autoriza –soltó mientras se enfundaba la chaqueta-, podrás observar detrás del cristal, nada más.

- Deja que esté presente. Mantendré la boca cerrada.

- No me hagas reír –cogió el bolso de camino a la puerta -. Acéptalo o déjalo... compañero.

- Lo aceptaré –maldijo y lo cerró de un portazo.

7

La frustración inicial de Colt al verse obligado a permanecer detrás de un cristal se desvaneció al ver trabajar a Althea. Su interrogatorio paciente y minucioso tenía estilo. En ningún momento permitió que Leo la distrajera, jamás mostró reacción alguna al sarcasmo del otro y jamás, ni siquiera cuando Leo recurrió a un lenguaje abusivo y a amenazas veladas, alzó la voz.

Recordó que jugaba al póquer de la misma manera. Con frialdad, metódicamente, sin revelar emoción alguna hasta el momento de recoger las ganancias. Pero Colt empezaba a poder ver a la mujer que había detrás de la fachada altiva.

Ciertamente, había podido sorprender muchas y varias emociones en la teniente contenida. Pasión, ira, simpatía, incluso aturdimiento mudo. Tenía la sensación de que solo había hurgado en la superficie. Pensaba seguir excavando hasta desenterrar todas sus emociones.

- Una noche larga –Boyd apareció a su espalda con dos tazas de café.
- Las he tenido más largas –aceptó la taza y bebió un poco-. Está fuerte. Podría bailar el tango con mi sombra –hizo una mueca y bebió un poco más-. ¿El capitán presencia por lo general un interrogativo rutinario?

- El capitán lo hace cuando tiene un interés personal –Fletcher observó un momento Althea-. ¿Está consiguiendo algo?

Con cierto esfuerzo, Colt contuvo el impulso de golpear el cristal para demostrar que podía participar.

- Leo sigue escabulléndose.
- Se cansará mucho antes que ella.
- Yo mismo ya he llegado a sea conclusión –ambos guardaron silencio mientras Leo le soltaba un insulto desagradable y Althea respondía preguntándole si quería repetirlo para que quedara registrado en su declaración-. Thea ni se inmuta –comentó Colt-. Fletcher, ¿has visto alguna vez a un gato esperar a un ratón? –miró un segundo a Boyd, luego clavó la vista en el cristal-. Se queda impertérrito, quizá durante horas. Y dentro del agujero el ratón empieza a volverse loco. Puede olerlo, ver los ojos que o estudian. Pasado un tiempo, los circuitos del cerebro del ratón entran en cortocircuito e intenta escapar. Entonces el gato mueve una pata y todo se ha terminado. Pues ahí tenemos a una gata magnífica –con la cabeza indicó el cristal y bebió otro sorbo de café.

- Has llegado a conocerla bastante bien en poco tiempo.
- Oh, aún me queda mucho por descubrir. Tiene tantas capas –murmuró para sí mismo-. No puede decir que alguna vez haya conocido a una mujer que me tuviera tan interesado en quitarle esas capas tanto como quitarle la ropa.

- ¿Sabes? –comentó Boyd, con la cautela que emplearía un hombre ciego en avanzar por un laberinto. Thea es especial. Puede manejar prácticamente todo lo que le aparezca por delante.

- Y lo hace –añadió Colt.
- Sí. Pero eso no quiere decir que no sea vulnerable. No me gustaría que la hirieran. No me gustaría en absoluto.

- ¿Una advertencia? –levemente sorprendido, Colt enarcó una ceja-. Suena como aquella que me diste sobre tu hermana Natalie hace un millón de años.

- Es lo mismo. Thea es como de la familia.
- Y piensas que podría lastimarla.

Boyd suspiró. No disfrutaba con esa conversación.

- Digo que, si lo hicieras, tendría que amararte varios de tus órganos vitales. Lo lamentaría, pero tendría que hacerlo.

- ¿Quién ganó la última pelea que tuvimos?
- Creo que fue un empate –a pesar de la incomodidad, Boyd sonrió.
- Si, así la recuerdo yo. Y también fue por una mujer, ¿verdad?
- Cheryl Anne Madigan –el suspiro de Boyd fue nostálgico en esa ocasión.
- ¿una rubia pequeña?
- No, una morena alta. Con unos enormes ojos azules.
- Si –Colt rió y movió la cabeza-. Me pregunto que habrás ido de la bonita Cheryl Anne.

Guardaron un silencio ameno por un momento, recordando. A través de los altavoces, podían oír el interrogatorio implacable de Althea.

- no me gustaría herirla –musitó Colt-, pero no puedo prometerte que no vaya a suceder. Fletch, la cuestión es que por primera vez me he encontrado con una mujer que me importa lo suficiente como para que también pueda herirme –bebió otro sorbo de café-. Creo que estoy enamorado de ella.

Boyd se atragantó y se vio obligado a dejar la taza antes de verter el contenido sobre su camisa. Aguardó un instante y se llevó una mano al oído, como si quisiera despejarlo.

- ¿Quieres repetirlo? Creo que no te he entendido bien.
- Me has oído –pensó que era típico de un amigo humillarte en un momento vulnerable-.

Cuando se lo dije, recibí la misma reacción.

- ¿se lo dijiste? –intentó esforzarse en prestar atención al interrogatorio mientras asimilaba esa información nueva y fascinante-. ¿Y ella qué respondió?

- Poca cosa.

La frustración en la voz de Colt divirtió tanto a Boyd, que tuvo que morderse la lengua para no sonreír.

- bueno, al menos no se rió en tu cara.
- A ella no le pareció tan gracioso –suspiró y deseó que a su amigo se le hubiera ocurrido echar un trago de brandy en el café-. Se quedó sentada, poniéndose cada vez más pálida, casi boquiabierta.

- Es una buena señal –le dio una palmada en el hombro-. Cuesta mucho desconcertarla de esa manera.

- Pensé que lo mejor era decírselo, ya que eso nos dría a los dos tiempo para decidir que hacer al respecto. Aunque yo ya tenía bastante claro lo que voy a hacer.

- ¿Y que es?
- Bueno, a menos que despierte una de estas mañanas para descubrir que he tenido un ataque, voy a casarme con ella.

- ¿Casarte con ella? –Boyd rió entre dientes-. ¿Thea y tú? Dios, espera que se lo cuente a Cilla –la mirada asesina que le lanzó Colt solo sirvió para ampliar su sonrisa.

- No se como agradecerte el apoyo queme brindas, Fletch.

Boyd contuvo otra risita, aunque fracasó con la sonrisa.

- Oh, pero lo tienes amigo. Todo. Lo que pasa es que jamás pensé que utilizaría la palabra matrimonio en la misma frase con Colt Nightshade o Althea Grayson. Créeme, tienes todas mis simpatías.

En la sala de interrogatorio, Althea continuó con el desgaste de su presa. Percibía miedo, lo que empleó de forma despiadada.

- ¿Sabes, Leo? Un poco de cooperación te ayudaría mucho.
- Claro, tanto como ayudó a Wild Bill.
- A pesar de lo que me duele ofrecerla –Althea inclinó la cabeza-, tendrías protección.
- Claro –soltó una vaharada de humo-. ¿Cree que quiero a los polis vigilándome el culo las veinticuatro horas del día? ¿Cree que funcionaría?

- Tal vez no –utilizó el desinterés como otra herramienta, reduciendo el ritmo de la entrevista hasta que Leo comenzó a retorcerse en la silla-. Pero si no cooperas, no dispondrás de ningún escudo. Saldrás de aquí desnudo, Leo.

- Me arriesgaré.
- Perfecto. Se te impondrá una fianza por tráfico de droga... probablemente puedas evitar pasar un tiempo en la cárcel. Pero es peculiar como se corre la bola por la calle, ¿no crees? –dejó que asimilara bien sus palabras-. Las partes interesadas sabrán que has estado aquí, Leo. Y, cuando salgas, no estarán muy seguras de lo hayas podido contar.

- No os he contado nada. No sé nada.
- Es una pena, porque quizá esa ignorancia funcione en tu contra. Verás, nos estamos acercando, y esas mismas partes interesadas podrán preguntarse si tú nos has ayudado –con indiferencia abrió una carpeta y reveló los dibujos de la policía-. Se preguntarán si fuiste tu quien me dio las descripciones de los sospechosos.

- No os he dado nada –al observar los dibujos la frente se le llenó de sudor-. Nunca antes eh visto a esos tipos.

- Bueno, quizá sea verdad. Pero, si surgiera el tema, tendré que decir que había hablado contigo. Mucho tiempo. Y que dispongo de dibujos detallados de los sospechosos. ¿Sabes, Leo? –añadió, inclinándose hacia él- algunas personas suman dos más dos y obtienen cinco. Pasa todo el tiempo.

- Eso no es legal –se humedeció los labios-. Es chantaje.
- No hieras mis sentimientos. Quieres que sea tu amiga, Leo –empujó los dibujos hacia él-. Todo es una cuestión de actitud, y saber si me importa o no que al salir de aquí termine aplastado en la acera. Francamente, en este momento me da igual –sonrió, helándole la sangre-. Ahora bien, si fueras mi amigo, haría todo lo que estuviera a mi alcance para que llevaras una vida larga y feliz. Tal vez no en Denver, quizá en otro sitio. Pero un cambio de escenario puede obrar milagros. Cambio de nombre, cambio de vida.

- ¿Habla del programa de protección de testigos? –preguntó con titubeo.
- Podría ser. Pero si fuera a solicitar algo tan importante, tengo que obtener resultados –al verlo vacilar de nuevo, suspiró-. Será mejor que elijas en que lado estás, amigo. ¿recuerdas a Wild Bill? Lo único que hizo fue encontrarse con un tipo. Quizá no hicieran más que hablar de las posibilidades que

tenían los Broncos de ganar la Superbowl. Pero nadie le brindó el beneficio de la duda. Simplemente lo mataron.

El miedo lo dominó otra vez en forma de sudor por las sienes.

- Quiero inmunidad. Y que retiren los cargos de tráfico de droga.
- Leo, Leo... -Althea movió la cabeza-. Un nombre listo como tú sabe cómo funciona la vida.

Me das algo, y si es bueno, yo de te doy algo a cambio. Es el estilo americano.

- Es posible que haya visto a estos dos antes –se humedeció de nuevo los labios y encendió otro cigarrillo.

- ¿A estos dos? –apoyó un dedo sobre los dibujos, y luego, como una gata, saltó-. Háblame de ellos.

Cuando terminó eran las dos de la mañana. Había interrogado a Leo, escuchado su historia larga y confusa, tomando notas, lo había hecho retroceder, repetir, explayarse. Luego llamó a una taquígrafa de la policía e hizo que Leo repitiera toda la historia, realizando una declaración oficial.

Bullía de energía cuando regresó a su despacho. Ya disponía de nombres que pasar por el ordenador. Tenía hilos... finos, quizá, pero hilos que unían una organización.

Gran parte de lo que Leo le había contado era especulación y rumores. Pero Althea sabía que con mucho mes se podía iniciar una investigación.

Se quitó la chaqueta, se sentó ante el escritorio y encendió el terminal de su ordenador. Estudiaba la pantalla cuando entró Colt y le puso una taza bajo la nariz.

- Gracias –bebió, hizo una mueca y lo miró-. ¿Qué es esto? Sabe a pradera.
- Té de hierbas –informó-. Ya has bebido suficiente café.
- Nightshade, no vas a estropear nuestra relación pensando que tienes que cuidarme, ¿verdad? –dejó la taza a un lado y se concentró otra vez en el monitor.

- Estás acelerada, teniente.

- Se cuanto puedo tomar antes de que se sobrecargue el sistema. ¿No eres tu quien no deja de repetir que lo único que nos falta es tiempo?

- Si –se situó detrás de la silla que ocupaba ella, bajó las manos sobre sus hombros y comenzó a masajearlos-. Has hecho un trabajo magnífico con Leo –dijo antes de que pudiera apartarle las manos-. Si alguna vez decido retomar la práctica de la abogacía, odiaría que interrogaras a uno de mis clientes.

- Más cumplidos –los dedos de Colt eran mágicos, relajando sin debilitar, mitigando sin ablandar-. No conseguí todo lo que quería, pero creo que si todo lo que el tenía.

- Leo es insignificante –convino Colt-. Le pasa algo de negocio a los peces gordos y se lleva una comisión.

- No conoce al jefazo. Estoy convencida de que no mentía al negarlo. Pero identificó a los dos tipos que describió Meena. ¿recuerdas al hombre de la cámara del que nos habló... el afroamericano grande? Mira –señaló la pantalla-. Matthew Dean Scout, alias Dean Millar, alias Wave Dean.

- Pegadizo.

- Jugó al fútbol semiprofesional hace unos diez años. Se labró un nombre siendo innecesariamente duro. Le rompió la pierna a un defensor contrario.

- Esas cosas pasan.

- Después del partido.

- Ah. ¿qué mas tenemos de él?

- Te diré que mas tengo de él –indicó, aunque no pudo resistirse a facilitarle el masaje-. Fue despedido por romper las reglas del equipo... al tener a una mujer en su habitación.

- Los chicos son así.

- Esa mujer en particular estaba atada y gritando desesperadamente. Redujeron los cargos de violación a agresión, pero sus días como futbolista se terminaron. Después de aquello, fue acusado un par de veces más de agresión, exhibicionismo, ebriedad y robos menores, aparte de conducta inmoral –apretó otra tecla-. Eso fue hace unos cuatro años. A partir de entonces, nada.

- ¿Crees que comenzó una nueva etapa de su vida? ¿qué se convirtió en un pilar de la comunidad?

- Claro, sí como los hombres leen las revistas en que aparecen chicas por sus artículos eruditos.

- Eso es lo que me motiva a mí –sonrió y se agachó para darle un beso en la cabeza.

- Apuesto que sí. Tenemos un historial similar en el sospechoso número dos –continuó-. Harry Kline, un actor de poca monta de Nueva York, entre cuyos delitos figuran conducta violenta en estado de embriaguez, posesión de drogas y agresión sexual. Entró en la industria pornográfica hace unos ocho años y, aunque cueste creerlo, fue despedido de varias películas por comportamiento violento y errático. Se trasladó al oeste, actuó en varias películas en California y luego fue arrestado por violar a una de sus compañeras de reparto. Debido al trabajo que realizaba, la defensa consiguió que retiraran los cargos. La única justicia para la víctima fue que la carrera de Harry se acabó para el cine. Nadie mínimamente legal ha querido contratarlo. Eso fue hace cinco años. Desde entonces, su historial está en blanco.

- Una vez más, se podría creer que nuestros amigos se convirtieron en ciudadanos ejemplares o murieron mientras dormían.

- O encontraron un agujero en el que esconderse. Leo afirma que fue Kline quien se le acercó hace uno dos o tres años. Quería mujeres, mujeres jóvenes interesadas en participar en películas privadas. Citando la libertad de empresa, Leo se las consiguió y recibió su comisión. El número de teléfono que le dieron para ponerse en contacto con Kline está fuera de servicio. Consultaré con la empresa telefónica para ver si era del ático o de otra casa.

- ¿Nunca vio al otro hombre, ese que según Meena permaneció en un rincón?

- No. Sus únicos contactos eran Kline y Scout. Al parecer este se presentaba en el bar para tomar unas copas y alardear de lo bueno que era manejando una cámara y del dinero que ganaba.

- Y sobre las chicas –musitó Colt. Los dedos que masajearon los hombros de Althea se pusieron rígidos-. De cómo sus amigos y él disponían... ¿Cómo lo expuso? ¿De lo mejor de la camada?

- No pienses en ello –instintivamente alzó una mano para tomar una suya-. No, Colt. Si lo haces no podrás mantener la frialdad. Hemos avanzado mucho para encontrarla. Debes concentrarte en eso.

- Lo hago –se volvió y se dirigió hacia la otra pared-. También me concentro en el hecho de que si descubro que uno de esos dos canallas ha tocado a Liz, voy a matarlo –se volvió con la mirada en blanco-. Tú no me detendrás, Thea.

- Si, lo haré –se levantó para acercarse y tomarle las dos manos-. Porque entiendo lo mucho que querrás matarlos. Y si lo haces, no cambiará lo sucedido. No ayudará a Liz. Pero cruzaremos ese puente después de que la encontremos –le apretó las manos-. No te comportes ahora como un renegado conmigo, Nightshade. No cuando empieza a gustarme trabajar contigo.

Colt se permitió mirarla. Aunque tenía ojeras y las mejillas pálidas por la fatiga, podía sentir la energía que vibraba a través de ella. Le estaba ofreciendo algo. Compasión... con restricciones, desde luego. Y esperanza, sin ningún límite. La ferocidad de su furia se transformó en la necesidad humana del calor del contacto.

- Althea... -relajó las manos-. Deja que te abrace –la vio titubear, con las cejas enarcadas por la sorpresa. El sólo pudo sonreír-. ¿sabes?, empiezo a entenderte bastante bien. Te preocupa tu imagen profesional al estar pegada a un hombre en tu despacho –suspiró y le acarició el pelo-. Teniente, son casi las tres de la mañana. No hay nadie que pueda vernos. Y realmente necesito abrazarte.

Una vez más, Althea dejó que el instinto prevaleciera y se cobijó en sus brazos. Cada vez que estaba de esa manera, encajaban a la perfección. Y cada vez resultaba más fácil admitirlo.

- ¿Te sientes mejor? –le preguntó, y sintió que Colt asentía sobre su pelo.
- Si. ¿Sabía algo sobre Lacy, la chica que está desaparecida?
- No –sin pensarlo, le acarició la espalda, aflojándole los músculos tensos como él había aflojado los suyos-. Y cuando mencioné la posibilidad del asesinato, se mostró sinceramente conmovido. No fingió. Por eso estoy convencida de que nos proporcionó todo lo que sabía.

- La casa en las montañas –Colt cerró los ojos-. No pudo darnos mucho.
- Al oeste o quizá al norte de Boulder, cerca de un lago –encogió los hombros-. Es algo mejor de lo que teníamos antes. La encontraremos, Colt.

- Siento como si no lograra encajar todas las piezas.
- Estamos uniendo todas las piezas de las que disponemos –le dijo-. Y te sientes así por el cansancio. Ve a casa –se apartó para poder mirarlo-. Ve a dormir un poco. Empezaremos de nuevo por la mañana.

- Preferiría ir a casa contigo.
- ¿Es que nunca te rindes? –divertida, exasperada, movió la cabeza.
- No he dicho que lo esperara, solo que lo preferiría –le enmarcó la cara entre las manos y le acarició los pómulos con los dedos pulgares, luego las sienes-. Quiero pasar tiempo contigo, Althea. Tiempo en el que ninguno de los dos tenga tantas cosas en la cabeza. Para descubrir que es lo que tienes que hacer que empiece a pesar en algo permanente, a largo plazo.

- No empieces, Nightshade –cauta, se separó de sus brazos.

- Así sí que te pone nerviosa –sonrió, relajado-. Jamás conocí a alguien tan asustado ante la idea del matrimonio... salvo yo mismo. Me pregunto por qué... y si debería averiguar las causas alzándote en vilo y después de haber puesto un anillo en tu dedo. O... -se acercó, arrinconándola contra la mesa- ... si debería tomar las cosas con calma y tranquilidad, hasta conseguir que digas *Sí, quiero*, sin que te hubieras dado cuenta.

- En ambos casos, estás siendo ridículo –tenía un nudo en la garganta. Supo que era por los nervios y le desagradó. Fingiendo indiferencia, alzó la taza de té y bebió un poco. Lo supo a flores frías-. Es tarde –anunció-. Vete. Yo pediré un coche y me iré a casa.

- Te llevaré –le tomó la barbilla en la mano y esperó hasta que lo miró a los ojos-. Y hablo en serio, Thea. Pero tienes razón... es tarde. Y estoy en deuda contigo.

- Tu no... -la negativa terminó en un gemido cuando la boca de Colt le cubrió la suya. El beso le transmitió frustración, una necesidad desesperada y apenas contenida. Y lo que más le costó resistir: la dulzura del afecto, como un bálsamo sobre el ardor palpitante-. Colt...-incluso al murmurar su nombre, supo que estaba perdiendo. Ya había levantado los brazos para rodearlo y acercarlo, para aceptar y exigir.

El cuerpo la traicionó. ¿O que fue el corazón? Ya no sabía distinguirlos, pues las necesidades de uno se confundían con las necesidades del otro. Le clavó los dedos en los hombros mientras luchaba por recuperar el equilibrio. Luego se le aflojaron al permitirse un momento de locura.

Fue Colt quien se retiró... por sí mismo y por ella. Althea se había convertido en algo más importante que la satisfacción del momento.

- Estoy en deuda contigo –repitió, mirándola a los ojos-. Si no fuera así, esta noche no permitiría que te fueras. No creo que pudiera. Te llevaré a casa –recogió la chaqueta de ella y se la ofreció-. Luego lo más probable es que pase el resto de la noche preguntándome cómo habría sido si hubiera cerrado la puerta y dejado que la naturaleza continuara con su curso.

Aturdida, se pasó la chaqueta por los hombros antes de ir hacia la puerta. Pero no pensaba dejar que el cobrara ventaja. Se detuvo y le sonrió por encima del hombro.

- Yo te diré como habría sido, Nightshade. No se habría parecido a nada de lo hayas podido experimentar. Y cuando esté preparada, si alguna vez lo estoy, te lo demostraré.

Conmocionado por el impacto de esa sonrisa ecuánime, la observó salir. Suspiró y se llevó una mano a la boca del estómago. “santo cielo”, pensó, “esta mujer es para mí”. Y así se lo iba a demostrar.

Con cuatro horas de sueño, dos tazas de café solo y una galletita en el estómago, Althea estaba lista para ponerse en marcha. A las nueve de la mañana se hallaba en su despacho, llamando a la compañía telefónica con una petición oficial para que comprobara el número que le había dado Leo. A las nueve y cuarto, había conseguido un nombre y una dirección y la información de que el cliente había cancelado el servicio tan solo cuarenta y ocho horas atrás.

Aunque no esperaba encontrar nada, estaba pidiendo una orden de registro cuando entró Colt.

- no dejas que el moho crezca bajo tus pies, ¿eh?

- No dejo que nada crezca bajo mis pies –colgó-. Tengo una pista sobre el número que nos dio Leo. El cliente canceló el servicio. Imagino que encontraremos el lugar vacío, pero tendré una orden de registro en una hora.

- Eso es lo que me encanta de ti, teniente... no hacen ningún movimiento inútil –apoyó la cadera en la mesa y le gustó descubrir que Althea olía tan bien como el aspecto que tenía-. ¿Cómo has dormido?

- Como un tronco –lo miró desde el desafío directo-. ¿Y tú?

- Nunca mejor. Desperté esta mañana con una perspectiva nueva. ¿Puedes salir al mediodía?

- ¿Adónde?

- He tenido una idea. La consulté con Boyd y... -frunció el ceño al clavar la vista en el teléfono-. ¿Cuántas veces al día suena?

- Las suficientes –levantó el auricular-. Grayson. Si, la teniente Althea Grayson –alzó la cabeza-. Jade –con un gesto, tapó el auricular-. Línea dos –susurró-. Y mantén la boca cerrada –siguió escuchando mientras Colt salía del despacho en busca de una extensión-. Si, te hemos estado buscando. Agradezco que me llames. ¿Puedes decirme donde estás?

- Preferiría no hacerlo –la voz de Jade sonaba nerviosa-. Solo llamo porque no quiero que ningún problema. He conseguido un trabajo y todo eso. Un trabajo legal. Si hay algún problema con la poli, lo perderé.

- No hay ningún problema. Llamé a tu madre porque puedes serme de ayuda en su caso que estoy investigando –giró la silla hacia la derecha para ver a Colt a través de la puerta. Jade, te recuerdas de Liz, ¿verdad? ¿la chica cuyos padres las escribiste una carta?

- Su... supongo. Tal vez.

- Hizo falta mucho valor para escribir esa carta y para salir de la situación en la que te encontrabas. Los padres de Liz te están muy agradecidos.

- Era una chica agradable. ¿Sabe?, desconocía donde se había metido. Quería escapar –hizo una pausa; sonó una cerilla al encenderse y una aspiración profunda-. Escuche, no podía hacer nada por ella. Solo dispusimos de unos momentos a solas en una o dos ocasiones. Me dio su dirección y me pidió que escribiera a sus padres. Como ya he dicho, era una buena chica en una mala situación.

- Entonces ayúdame a encontrarla. Dime adónde la llevaron.

- No lo sé. De verdad no lo sé. Un par de veces nos llevaron a varias chicas a las montañas. No había nadie ni nada cerca. Aunque tenían una cabaña elegante. De primera, con un jacuzzi y una enorme chimenea de piedra, ah, y una pantalla grande de televisión.

- ¿Por donde salisteis de Denver? ¿Lo recuerdas?

- Bueno, si, mas o menos. Fue por la ruta 36, en dirección a Boulder, pero pareció que el viaje duraba una eternidad. Luego nos desviamos por un camino comarcal. No era una carretera.

- ¿recuerdas haber pasado por algún pueblo? ¿algo que te haya quedado grabado en la memoria?

- Boulder. Después de eso poca cosa.

- ¿salisteis por la mañana, la tarde o la noche?

- La primera vez pro la mañana. Muy temprano.

- Pasado Boulder, ¿tenías el sol delante de ti o a la espalda?
- Oh, ya comprendo, ah... creo que a la espalda.

Althea siguió insistiendo en que le proporcionara detalles sobre el lugar, descripciones de la geste que había visto. Como testigo, Jade resultó ser imprecisa pero con ganas de cooperar. No obstante, no le costó reconocer las descripciones de Kline y Scott. De nuevo se produjo la mención de un hombre que permanecía en el fondo, en sombras, mirando.

- era raro, ¿sabe? –continuó la joven-. Como una araña, allí quieto. El trabajo estaba bien pagado, de modo que volví un par de veces. Trescientos dólares por un día, y una bonificación de cincuenta dólares se te necesitaban dos. Yo... verá, ese dinero no se puede ganar en la calle.

- Lo sé. Pero dejaste de ir.

- Si, porque a veces resultaban agresivos. Tenía moratones por todo el cuerpo, y uno de ellos incluso me abrió el labio mientras hacíamos esa escena. Me asusté, porque no daba la impresión de que estuvieran actuando. Parecía como si quisieran lastimar de verdad. Se lo conté a Wild Bill y me dijo que no tendría que volver. Y que no iba a enviar a ninguna chica más. dijo que iba a hablar con su poli. Sabía que era usted, por eso decidí llamarla al recibir su mensaje. Bill la considera legal.

Con gesto cansado, Althea se pasó una mano por la frente. No le contó a Jade que debería emplear el tiempo pasado para referirse a Wild Bill. No tuvo ánimos.

- Jade, en tu carta decías algo de que creías que habían matado a una de las chicas.

- Supongo que sí –le tembló la voz-. Escuche, no pienso testificar ni nada por el estilo. No pienso volver allí.

- No puedo prometerle nada, solo que intentaré mantenerle al margen. Dime por que crees que mataron a una de las chicas.

- Le he contado que se ponían agresivos. Y lo que no actuaban. La última vez que estuve allí, me hicieron daño de verdad. Fue cuando decidí no regresar más. pero Lacy, es la chica con la que compartí escenas, dijo que podía manejarlo y que el dinero era demasiado bueno para dejarlo escapar. Volvió allí, pero jamás regresó. Nunca más la vi –hizo una pausa y encendió otra cerilla-. No puedo probar nada. Lo que pasa... dejó todas sus cosas en la habitación donde vivía, lo se porque fui a verla. Y le tenía afecto a sus cosas. Tenía una colección de animales de cristal. Muy bonitos. Nunca los habría dejado. De haber podido, habría vuelto a recogerlos. Así que pensé que estaba muerta, o que la retenían en la cabaña, como a Liz. Peor eso creí que lo mejor era largarme antes de que me hicieran algo a mí.

- ¿Puedes proporcionarme el nombre de Lacy, Jade? ¿Cualquier otra información sobre ella?

- Solo era Lacy. Es lo único que sé. Pero era una buena chica.

- De acuerdo. Has sido de gran ayuda. ¿por qué no me das un número de teléfono al que pueda llamarte?

- No quiero. Mire, le he contado todo lo que se. Quiero olvidarme de eso. Se lo he dicho, voy a empezar una nueva vida aquí.

Althea no la presionó. Sería sencillo obtenerlo en la empresa telefónica.

- Si recuerdas alguna otra cosa, sin importar lo insignificante que parezca, ¿me llamarás?

- Supongo. De verdad espero que saquen a la chica de allí y que le den a esos miserables lo que se merecen.

- Lo haremos. Gracias.
- De acuerdo. Salude de mi parte a Wild Bill.

Antes de que Althea se le ocurriera una contestación, Colt cortó la comunicación. Alzó la vista y lo vio de pie en la puerta. Sus ojos volvían a exhibir esa expresión en blanco y peligrosa.

- Podrías conseguir que se presentara aquí. Es una testigo material.
- Si, podría –volvió a levantar el auricular. Averiguaría el número de Jade en ese momento, pero lo guardaría-. Sin embargo, no lo haré –levantó una mano en gesto de silencio antes de que Colt pudiera hablar, y le hizo la petición oficial a la operadora.

- El 212 de prefijo –leyó Colt mientras Althea escribía en el bloc-. Podrías decirle a la policía de Nueva York que fuera a buscarla.

- No –repuso, guardó el bloc en el bolso y se levantó.
- ¿Por qué diablos no? –la tomó por el brazo cuando fue a recoger la chaqueta-. Si puedes sacarle tanto por teléfono, conseguirás más cara a cara.

- Es porque le he sacado bastante –molesta por la interferencia de Colt, se soltó-. Me dio todo lo que sabía, a cambio de nada. No hicieron falta amenazas, ni promesas ni manipulaciones. Se lo pedí y ella respondió. No traiciono la confianza que se deposita en mi, Nightshade. Si necesito que haga bajar el martillo esos canallas, entonces la utilizaré. Pero no hasta ese momento, y no si hay otra manera. Y no –añadió-, sin su consentimiento. ¿Ha quedado claro?

- Si –se pasó las manos por la cara-. Si, esta claro. Y tú tienes razón. ¿Quieres recoger la orden e ir a comprobar esa otra dirección?

- Si. ¿Vas a venir?
- Puedo apostararlo. Tendremos tiempo antes de despegar.
- ¿Despegar?
- Eso, teniente. Tú y yo vamos a hacer un pequeño viaje. Te lo contaré por el camino.

8

- creo que todos hemos perdido la cabeza –Althea se agarró al asiento cuando el morro del Cessna se elevó hacia el suave cielo otoñal.

Relajado ante los controles, Colt la miró un segundo.

- Vamos, ¿es que no te gustan los aviones?
- Claro que sí –una corriente de aire sacudió la avioneta-. Pero con auxiliares de vuelo.
- Hay una despensa atrás. En cuanto establezcamos nuestra altura de vuelo, puedes servirte algo.

No se refería a eso, pero prefirió guardar silencio y ver como la tierra iba quedando abajo. Le gustaba volar, aunque con ciertos rituales: abrocharse el cinturón de seguridad, seleccionar un canal de música para oír por los auriculares, abrir un libro y aislarse durante la duración del vuelo.

No se gustaba pensar en todos los mandos sobre los que ejercía ningún control.

- Sigo pensando que es una pérdida de tiempo.
 - Boyd no cuestionó la idea –señaló el-. Mira, Thea, conocemos el emplazamiento general de la cabaña. Estudié esa maldita cinta hasta que los ojos casi se me salieron de las órbitas. La reconoceré cuando la vea, y casi todos los hitos circundantes. Vale la pena probarlo.
 - Tal vez –fue lo único que estuvo dispuesta a ceder.
 - Piensa en ello –estabilizó la avioneta en su curso. Saben que han mareado la perdiz. Por eso dejaron el ático. Sin duda van a preguntarse dónde ha ido a parar esa cinta, y si intentan ponerse en contacto con Leo, no lo encontrarán, ya que tú lo tienes vigilado en una casa segura.
 - Entonces se mantendrán lejos de Denver –convino ella. Los motores eran un rugido molesto en sus oídos-. Es posible que incluso levanten el campamento y se trasladen.
 - Es lo que temo –apretó los labios al dejar Denver atrás-. ¿Qué sucederá con Liz si lo hacen? Ninguna de las opciones tiene un final feliz.
 - No –eso, y la aprobación de Boyd, la habían convencido de acompañar a Colt-. No.
 - He de pensar que por el momento no se moverán de la cabaña. Aunque deduzcan que sabemos que existe, no podrán pensar que conocemos su ubicación. Desconocen que hemos hablado con Jade.
 - Te concedo eso, Nightshade. Pero me da la impresión de que cuentas con la suerte para que te guíe hasta ellos.
 - Ya he tenido suerte antes. ¿Te sientes mejor? –preguntó cuando el aparato se estabilizó-. Es bonito aquí arriba, ¿no crees?
- Había nieve en las cumbres al norte, y entre las montañas había unos valles anchos y llanos. Volaban a suficiente baja altura como para poder vislumbrar los coches en la carrera, las comunidades de pequeños grupos de casas y el bosque verde y denso al oeste.
- tiene sus ventajas –de pronto se le ocurrió un pensamiento que hizo que girara hacia Colt-. ¿Tienes licencia para pilotar aviones, Nightshade?
- La miró y estuvo a punto de soltar una carcajada.
- Dios, me vuelves loco, teniente. ¿Quieres una boda a lo grande o una íntima y pequeña?
 - Y tu estas loco, punto –musitó y se concertó en mirar por la ventanilla. Comprobaría si tenía licencia cuando regresaran a Denver-. Dijiste que no ibas a volver a sacar ese tema.
 - Te mentí –repuso con alegría. A pesar de la preocupación que no lograba disiparse por completo, nunca se había sentido mejor en la vida-. Eso me provoca un problema. Una mujer como tu sin duda podría curármelo.
 - Prueba con un psiquiatra.
 - Thea, vamos a formar una pareja estupenda. Espera hasta que mi familia te conozca.
 - No pienso conocerla –atribuyó la súbita agitación en su estómago a otra turbulencia.
 - Bueno, quizá tienes razón en eso... al menos hasta que estemos preparados para entrar en la iglesia. Mi madre tiende a manejarlo todo, pero sabrás llevarla. A mi padre le encantan las reglas. Lo que significa que congeniaréis como los huevos y el beicon. Así es el almirante.
 - ¿Almirante? –repitió, a pesar de haber jurado guardar silencio.

- Es un hombre de la marina. Se le rompió el corazón cuando me incorporé a las Fuerzas Aéreas –se encogió de hombros-. Probablemente lo hice por eso. Luego tengo una tía... bueno, será mejor que los conozcas en persona.

- No voy a conocerlos –repitió, irritada pro que la declaración sonaba más petulante que firme. Se desabrochó el cinturón de seguridad y fue a la parte de atrás, donde se puso a hurga hasta dar con una lata de cacahuets y una botella de agua mineral. La curiosidad hizo que abriera el pequeño compartimento de refrigeración, donde vio una diminuta lata de caviar y una botella de vino-. ¿De quien es esta avioneta?

- De un amigo de Boyd. Un jockey al que le gusta volar con mujeres.

- Debe ser Frank el libertino –gruñó al regresar a su asiento-. Lleva años tratando de convencerme de que vuele con el por los cielos sexys.

- ¿Si? ¿No es tu tipo?

- Es tan obvio. Aunque los hombres tienden a serlo.

- He de recordarme ser sutil. ¿Vas a comportarlos conmigo?

- ¿Eso es Boulder? –le ofreció la lata.

- Si. Desde aquí pondré rumbo noroeste y volaré en círculos. Boyd me ha contado que tiene una cabaña cerca.

- Si. Mucha gente la tiene. Le gusta escapar los fines de semana de la ciudad para pasear por la nieve.

- ¿No es de tu agrado?

- No le veo ningún sentido a la nieve a manos que esquís. Y el principal objetivo de esquiar, por lo que a mí respecta, es volver al refugio para beber ron caliente delante de la chimenea.

- Ah, eres aventurera.

- Vivo para la aventura. En realidad, la cabaña de Boyd tiene una bonita vista –reconoció-. Y a los críos le encanta.

- Así que has estado en ella.

- Algunas veces. Me gusta más al final de la primavera y comienzos del verano, cuando hay pocas posibilidades de que los caminos se queden cerrados –bajó la vista a las laderas nevadas-. Odio la idea de verme atrapada.

- Puede tener sus ventajas.

- No para mí –guardó silencio un rato, contemplando las montañas y los árboles-. Es bonito –concedió-. En particular desde aquí arriba. Como un documental.

- ¿La naturaleza a distancia? –sonrió-. Pensaba que las chicas de ciudad siempre anhelaban un refugio en el campo.

- No esta chica de ciudad. Prefiero... -sufrieron una sacudida violenta que hizo que los cacahuets salieran volando y que Althea se sujetara-. ¿Qué demonios ha sido eso?

Con los ojos entrecerrados, Colt estudió los indicadores mientras se afanaba por levantar el morro del aparato.

- No lo sé.

- ¿No lo sabes? ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¡Se supone que debes saberlo!

- ¡Sss! –ladeó la cabeza para prestar atención a los motores-. Perdemos presión –comentó con la calma fría que lo había mantenido con vida en las selvas desgarradas por la guerra, en los desiertos y en los cielos llenos de metralla.

En cuanto Althea comprendió que el problema era serio, respondió con frialdad.

- ¿Qué hacemos?
- Voy a tener que aterrizar.
- ¿Dónde? –miró abajo, estudiando con expresión fatalista los bosques tupidos y las colinas recosas.

- Según el mapa, hay un valle unos pocos grados al este –modificó el curso mientras activaba unos interruptores-. Otea el paisaje –ordenó, luego encendió la radio-. Torre de Boulder, aquí Baker Able John tres.

- Ahí –Althea señaló en dirección a lo que parecía ser una franja muy estrecha de terreno llano entre cumbres rotas. Colt asintió y continuó informando a la torre de su situación.

- Agárrate –le dijo. Va a ser un poco movido.
- Ella obedeció y se negó a apartar la vista a medida que la tierra corría a su encuentro.
- Según mis informes, eres un buen piloto, Nightshade.
- Estás a punto de averiguarlo –redujo la potencia, adaptándose a las corrientes mientras enfilaba la avioneta hacia el valle estrecho.

“Es como enhebrar una aguja”, pensó Althea. Luego contuvo el aliento al sentir el primer impacto fuerte de las ruedas sobre el suelo. Rebotaron, se deslizaron con sacudidas y terminaron por detenerse.

- ¿Estás bien? –preguntó Colt al instante.
- Si –soltó el aire contenido. Tenía el estómago revuelto, pero aparte de eso se sentía de una pieza-. Si, estoy bien. ¿y tú?

- Perfectamente –alargó las manos para enmarcarle el rostro y acercarlo lo suficiente para darle un beso. Por todos los cielos, teniente –comentó, besándola otra vez-. Te has mostrado impasible. Fuguémonos.

- Corta –cuando esa mujer estaba acostumbrada a emociones estables, costaba saber que hacer cuando tenía el impulso de reír y gritar al mismo tiempo. Lo empujó-. ¿quieres dejarme salir de esta lata? No ve vendría mal un poco de tierra firme bajo los pies.

- Claro –abrió la puerta y la ayudó a bajar-. Voy a transmitir nuestra posición por radio-.informó.

- Bien –respiró hondo el aire frío y limpio y probó las piernas. Complacida, descubrió que no las tenía flojas. Había llevado su primer aterrizaje forzoso, y esperaba que último, bastante bien. Debía reconocer que Colt había actuado con serenidad y pericia.

No se puso de rodillas para besar el suelo, pero agradeció tenerlo bajo los pies. Como bonificación añadida, el paisaje era magnífico. Estaban entre montañas y bosques, protegidos del viento, y podía observar la nieve que caía de las cumbres rocosas sin sufrir sus inconvenientes.

El aire era espléndido, el cielo azul y el ambiente fresco tonificaba la sangre. Con algo de suerte, los rescatarían en una hora, de modo que podía permitirse el lujo de disfrutar del paisaje sin sentirse abrumada por la soledad.

Se sentía en sintonía con el mundo cuando oyó que Colt bajaba de la cabina. Incluso le sonrió.

- Y bien, ¿cuándo van a venir a buscarnos?

- ¿Quiénes?

- Ellos. El equipo de rescate. Ya sabes, esos héroes altruistas que sacan a las personas de situaciones complicadas como esta.

- Oh, ellos. No vendrán –dejó en el suelo una caja de herramientas, luego regresó al interior para sacar una escalera pequeña de madera.

- ¿Perdona? –logró decir al encontrar la voz. Supo que se trataba de una ilusión, pero las montañas de pronto parecieron más grandes-. ¿Has dicho que nadie va a venir a buscarnos? ¿La radio no funciona?

- Funciona a la perfección –subió los peldaños y levantó la tapa del motor. Ya se había metido un trapo en el bolsillo de atrás de los vaqueros-. Les dije que comprobaría si podía reparar el aparato y que me mantendría en contacto.

- ¿Les dijiste...? –se movió a toda velocidad, antes de que ninguno de los dos pudiera entender la intención que albergaba. El primer golpe le dio en los riñones y lo hizo bajar a trompicones de la escalera-. ¡Idiota! ¿qué quieres decir que tú vas a realizar la reparación? –lanzó otro golpe, pero el lo esquivo, más desconcertado que irritado-. No se trata de un Ford averiado en la carretera, Nightshade. No es un maldito pinchazo.

- No –repuso con cuidado, listo para su siguiente ataque-. Creo que es el carburador.

- Crees que es... -soltó el aire por entre los dientes y entrecerró los ojos-. Se acabó. Voy a matarte con las manos.

Se lanzó sobre él. Colt tomó una decisión en una fracción de segundo, giró y dejó que el impulso de ella los llevara a los dos al suelo. Tardó otro segundo en darse cuenta de que no era manca en el combate cuerpo a cuerpo. Recibió un golpe en el mentón que le hizo entrecerrar los dientes. Había llegado el momento de ponerse serio.

Le rodeó el cuerpo con las piernas y, después de un breve forcejeo, logró colocarla de espaldas.

- Aguanta, ¿quieres? ¡alguien se va a lastimar!

- Y no te equivocas.

Como la razón no funcionaba, el empleó su peso, situándose sobre ella mientras le inmovilizaba las muñecas. Althea forcejeó dos veces, luego se quedó quieta. Ambos sabían que solo ganaba tiempo hasta encontrar el momento propicio para lanzar otro ataque.

- Escucha –se concedió otro momento para recuperar el aire, luego le habló directamente al oído-. Era la opción más lógica.

- Y una mierda.

- Deja que te lo explique. Si luego estás en desacuerdo, ganará quien derribe al otro dos de tres veces. ¿De acuerdo? –cuando no obtuvo respuesta, Colt apretó los dientes-. Quiero que me des tu palabra de que no me darás un puñetazo hasta que termine.

- Bien –aceptó de mala gana.

Con cautela, Colt se irguió hasta poder verle la cara. Se había sentado a medias cuando ella subió la rodilla para golpearlo con fuerza en la entrepierna.

El no tuvo aire para maldecirla mientras se ponía en posición fetal.

- No ha sido un puñetazo –señaló Altea. Se tomo el tiempo para alisarse el pelo y sacudirse el añorak antes de levantarse-. Muy bien, Nightshade, te oigo.

El alzó una mano, emitió unos sonidos apagados y esperó que las estrellas se desvanecieran de sus ojos.

- has podido poner en peligro nuestra descendencia, Thea –se puso como pudo de rodillas y respiró con jadeos-. No eres limpia peleando.

- Es la única manera de pelear. Suéltalo.

Al recuperar las fuerzas, le lanzó una mirada asesina.

- te debo una. Y grande. No estamos heridos –espetó-. Al menos yo no lo estaba hasta que me atacaste. El aparato está ileso. Si echas un vistazo alrededor, verás que no hay espacio para que otro avión aterrice con seguridad. Podrían enviar un helicóptero y sacarnos con un cable, pero, ¿para que? Las posibilidades son que, si realizo unos ajustes menores, podemos salir de aquí.

“Quizá tiene sentido”, pensó Altea. Pero no alteraba una cosa sencilla.

- deberías haberlo consultado conmigo. Yo también estoy aquí, Nightshade. No tenías derecho a tomar esa decisión tu solo.

- Ha sido mi error –se volvió y regresó cojeando a la escalera-. Supuse que eras una persona lógica y que, siendo funcionaria pública, no querrías ver a otros funcionarios públicos dedicarse a un rescate innecesario. Además, maldita sea, Liz podría estar detrás de aquella montaña –con un movimiento violento, sacó una herramienta de la caja-. No pienso volver sin ella.

“Oh, tenía que apretar esa tecla”, pensó ella al volverse para observar el verde profundo del bosque cercano. Tenía que dejarse oír la preocupación en su voz, ver el fuego en sus ojos.

Tener toda la razón.

El orgullo era la píldora que peor se tragaba. Hizo el esfuerzo, regresó y se situó junto a la escalera.

- Lo siento. No tendría que haber perdido los estribos –la respuesta de él fue un gruñido-. ¿te duele todavía?

Entonces Colt la miró con un brillo en los ojos que habría hecho babear a mujeres menos decididas.

- Solo cuando respiro.

Altea sonrió y le palmeó la pierna.

- Intenta pensar en otra cosa. ¿Quieres que te pase las herramientas o te ayude en algo?
- ¿Conoces la diferencia entre un trinquete y una llave inglesa? –preguntó con los ojos como rendijas azules.

- No –se echó el pelo para atrás-. ¿Por qué tendría que saberlo? Un mecánico muy competente se ocupa de mi coche.

- ¿Y si tienes una avería en la carretera?

- ¿Tu que crees?
- Si contestara a eso, me llamarías sexista –apretó los dientes y se concentró en el carburador. Ella sonrió a su espalda, pero cuando hablo lo hizo en voz seria.
- ¿Por qué es sexista llamar a una grúa? ¿Hay café instantáneo en la despensa? –continuó-.

Prepararé un poco.

- No es prudente usar la batería –musitó-. Nos conformaremos con refrescos.
- Bien.

Cuanto Althea regresó veinte minutos más tarde, Colt maldecía el motor.

- A ese amigo de Boya habría que fusilarlo por descuidar su avioneta.
- ¿Vas a arreglarla o no?
- Si, voy a arreglarla –afirmó mientras se esforzaba por aflojar un perno-. Pero voy a tardar algo más de lo que creía –preparado para algún comentario mordaz, la miró. Ella simplemente esperó con paciencia-. ¿qué es eso? –indicó lo que tenía en la mano.

- Creo que se llama sándwich –alzó el pan y el queso para que los inspeccionara-. No es gran cosa, pero pensé que estarías hambriento.

- Y así es –el gesto lo aplacó un poco. Levantó las manos y le mostró los dedos llenos de grasa-. Estoy un poco incapacitado para comerlo.

- Vale. Agáchate –cuando el obedeció, le acerco el pan a la boca. Se observaron mientras Colt mordía.

- Gracias.

- De nada. Encontré una cerveza –sacó una botella del bolsillo-. La compartiremos –la acercó a los labios de él.

- Ahora se que te amo.

- Come –le dio un poco más de sándwich-. ¿tienes idea de cuanto tardaremos en volver a despegar?

- Si –pero antes de revelárselo se cercioró de que le tocara su parte completa del sándwich y de la cerveza-. Una hora, quizá dos.

- ¿Dos horas? –parpadeó. Entonces nos habremos quedado sin luz. No pensarás despegar en la oscuridad, ¿verdad?

- No –aunque estaba preparado para un ataque sorpresa, volvió a concentrarse en el motor-. Será más seguro esperar hasta la mañana.

- Hasta la mañana –repitió con la vista clavada en su espalda-. ¿y que se supone que vamos a hacer hasta la mañana?

- Para empezar, montar una tienda. Hay una en la cabina, en la parte de arriba. Supongo que a Frank le gusta ir de acampada con sus amigas.

- Eso es estupendo. Estupendo. ¿me estás diciendo que vamos a tener que dormir aquí?

- Podríamos hacerlo en la avioneta –señaló-. Pero no sería tan cómodo ni tan abrigado como tenderse en una tienda de campaña junto a un fuego –comenzó a silbar mientras trabajaba. Había dicho que le debía una. Pero no había imaginado que le podría pagar tan pronto o tan bien-. Supongo que no sabes como encender una hoguera.

- No, no lo se.
- ¿Es que nunca fuiste exploradora?
- No –bufó-. ¿Y tú?
- No puedo decir que lo fuera... pero tenía algunos amigos que si. Bueno, ve a recoger

algunas ramas, cariño. Luego te enseñaré como se hace.

- No pienso recoger ninguna rama.
- Muy bien, pero hará frío en cuanto se ponga el sol. Un fuego mantiene el frío, y otras cosas, lejos.

- No voy... -calló y miró incómoda alrededor-. ¿Qué otras cosas?
- Oh, ya sabes. Ciervos, alces... pumas...
- Pumas –se llevó la mano automáticamente a la pistolera-. No hay pumas por aquí.

El alzó la cabeza y miró en derredor pensativo.

- Bueno, quizá aun no sea la temporada. Pero empiezan a bajar de las montañas al acercarse el invierno. Desde luego, si quieres esperar hasta que termine aquí, yo lo haré. Pero por entonces tal vez haya oscurecido.

Althea estuvo segura de que lo hacía a propósito. Sin embargo... miró otra vez alrededor, en dirección al bosque, donde las sombras se alargaban.

- Traeré la maldita leña –musitó, y se dirigió hacia los árboles después de haber comprobado su arma.

El la observó con una sonrisa.

- Nos va a ir muy bien aquí –se dijo a si mismo-. Muy bien.

Siguiendo las instrucciones de Colt, logró iniciar un fuego respetable dentro de un círculo de piedras. No le gusto, pero lo hizo. Luego, debido a que el afirmó estar muy concentrado en los toques finales del motor, se vio obligada a montar la tienda.

Era una burbuja ligera que según Colt se levantaba prácticamente sola. Después de veinte minutos de esfuerzos e imprecaciones, lo consiguió. Un estudio detallado le indicó que los albergaría a los dos... siempre y cuando durmieran pegados el uno al otro.

Todavía seguía mirando la tienda, sin prestar atención al frío del crepúsculo, cuando oyó que el motor cobraba vida.

- como nuevo –gritó el, y luego lo apagó-. He de limpiarme –la informó. Saltó de la cabina con una jarra de agua. La usó con cuidado, junto con una lata de desengrasante de la caja de herramientas-. Buen trabajo –comentó, mirando la tienda.

- Gracias.

- Hay mantas en la avioneta. Nos arreglaremos –en cuclillas, respiró hondo, oliendo el humo, el pino y el aire puro-. No hay nada como acampar entre las montañas.

- Tendré que aceptar tu palabra –ella se metió las manos en los bolsillos.

Colt terminó de limpiarse con el trapo antes de levantarse.

- No me digas que jamás has acampado.

- De acuerdo, no te lo diré.
- ¿Cómo son tus vacaciones?
- Voy a un hotel –indicó con las cejas enarcadas-. Donde hay servicio de habitaciones, agua caliente y televisión por cable.
- No sabes lo que te pierdes.
- Supongo que estoy a punto de averiguarlo –tembló una vez y suspiró-. No me vendría mal una copa.

Aparte del vino, se dieron un festín de queso, caviar y galletitas saladas untadas con un delicado paté.

Althea llegó a la conclusión de que podría haber sido peor.

- Nunca he comido así en una acampada –comentó Colt al poner más caviar sobre una galletita-. Pensé que iba a tener que salir a matar un conejo.

- Por favor, no digas eso mientras como –bebió más vino y se sintió extrañamente relajada. Era verdad que el fuego ayudaba a mantener el frío a raya. Y le encantaba ver como crepitaba. En el cielo, innumerables estrellas parpadeaban, apuñalando el cielo negro y sin nubes. Una luna creciente llenaba de plata los árboles y proyectaba su resplandor sobre las cimas nevadas que los rodeaban. Ya había dejando de sobresaltarse cada vez que un búho ululaba.

- Bonita zona –Colt encendió un cigarro-. Nunca antes había pasado mucho tiempo por aquí.

Tampoco Althea, aunque llevaba en Denver doce años.

- Me gusta la ciudad –musitó, más para si misma que para él. Eligió una rama para avivar el fuego.

- ¿Por qué?

- Supongo porque esta llena. Porque puedes encontrar cualquier cosa que quieras. Y porque allí me siento útil.

- Y para ti eso es importante.

- Si, lo es.

- Fue difícil tu pasado –comentó mientras veía como las llamas resaltaban los pómulos de Althea y suavizaba su piel.

- Es algo que ha quedado atrás –cuando Colt le tomó la mano, no se resistió ni respondió-. No quiero hablar de ello –afirmó-. Nunca.

- De acuerdo –podía esperar-. Hablaremos de otra cosa –se llevó la mano a los labios y sintió una leve respuesta en el modo en que ella flexionó los dedos-. A que nunca has contado historias en torno a una hoguera.

- Supongo que no –sonrió.

- Probablemente se me podría ocurrir una... para pasar el tiempo. ¿Mentira o verdad?

Althea se echó a reír, pero en el acto se puso de pie de un salto, desenfundando la pistola. La reacción de Colt fue como un relámpago. Al instante estuvo a su lado, apartándola, con el arma en la mano después de haberla sacado de la bota.

- ¿Qué? –demandó, con los ojos entrecerrados, escrutando la oscuridad.
- ¿Has oído eso? Hay algo ahí fuera.

Prestó atención, mientras instintivamente se movía para protegerse la espalda. Tras un momento de vibrante silencio, oyó un leve crujido, luego el aullido lejano de un coyote. La llamada hizo que a Althea se le helara la sangre.

Colt soltó un juramento, pero al menos no se rió.

- Animales –explico, agachándose para guardar el arma.
- ¿De que clase? –sus ojos no dejaron de estudiar el perímetro con cautela.
- Pequeños –aseguró-. Tejones, conejos –apoyó una mano sobre los dedos de ella, que seguían sosteniendo la pistola-. Nada a lo que agujerear, francotiradora.

Ella no quedó convencida. El coyote volvió a emitir su llamada y obtuvo la respuesta de un búho.

- ¿Y que me dices de los pumas?

Fue a responderle, se lo pensó mejor y se contuvo.

- vamos, cariño, no es probable que e acerquen mucho al fuego.
- Quizá deberíamos avivar el fuego –con el ceño fruncido, enfundó la pistola.
- Ya es bastante grande –la volvió hacia el y le pasó las manos por los brazos-. Creo que jamás te he visto tan asustada.

- No en gusta estar expuesta- hay demasiadas cosas aquí –y la verdad es que prefería enfrentarse a un yanqui colgado en un callejón oscuro que a una criatura pequeña y peluda con colmillos-. ¡No sonrías, maldita sea!

- ¿Sonreía? –se pasó la lengua por los dientes y se esforzó por mantenerse serio-. Parece que vas a tener que confiar en mí para sacarte de esto.

- Oh, ¿de verdad?

La aferró con más fuerza cuando amagó con apartarse. La expresión de sus ojos cambió con tanta celeridad, de divertida a llena de deseo, que ella se quedó sin aliento.

- Solo estamos tú y yo, Althea.
- Eso parece –soltó el aire despacio.
- Creo que no es necesario que vuelva a decirte lo que siento por ti. Ni lo mucho que te deseo.
- No –la invadió la tensión al sentir los labios de Colt en la sien. Y la atravesó un calor aterrador.

- Puedo hacer que olvides donde estás –bajó los labios hasta la mandíbula-. Si me dejas.
- Tendrías que ser muy bueno para eso.

Colt rió.

- Falta mucho para mañana. Apuesto que te puedo convencer antes de que amanezca.

No sabía por qué se resistía a algo que quería con tanto ahínco. ¿Acaso no se había dicho hacia tiempo que nunca volvería a dejar que el miedo dominara sus deseos? ¿Y no había aprendido a saciar esos deseos sin sentirse culpable?

Podía hacerlo en ese momento, con él, y borrar ese demoledor anhelo.

- De acuerdo, Nightshade –con atrevimiento le rodeó el cuello con los brazos y lo miró a los ojos-. Acepto la apuesta.

La mano de él se cerró sobre su pelo y le echó la cabeza atrás. Durante un momento largo y palpitante, se miraron. Luego la saqueó.

La boca de Althea era ardiente y sabía a miel, tan exigente como el hambre, tan salvaje como la noche. Profundizó el beso, utilizando la lengua y los dientes, sabiendo que podía darse un festín que jamás lo saciaría. De modo que tomó más, atacando su boca de manera implacable mientras ella respondía con igual fervor.

Mareada, Althea comprendió que era como la primera vez que la había arrastrado a él y le había hecho probar lo que podía ofrecerle. Como una droga fatal, el sabor le aceleró el pulso y le bombeó la sangre a tanta velocidad que la mente se alejó de la razón.

Se preguntó como había esperado salir ilesa. Y luego olvidar que le importara.

Ya no quería estar segura, ni controlar la situación. En ese momento, con él, solo quería sentir, experimentar todo lo que una vez le había parecido imposible, o poco inteligente. Y si con ello tenía que sacrificar la supervivencia, que así fuera.

Impulsada por la codicia, le arrancó la cazadora, desesperada por sentir aquel cuerpo duro y sólido. El no tenía que ser mas fuerte que ella, pero si lo era, aceptaría la vulnerabilidad que conllevaba ser mujer. Y el poder que la acompañaba.

Era como un volcán a punto de estallar y cuando surgieran los temblores solo quería estar unida a Colt.

Capa a capa, le estaba arrancando la cordura. Esos labios salvajes, esas manos febriles. Con un juramento más parecido a una plegaria, la llevó casi a rastras hacia la tienda, sintiéndose como un cazador primitivo que arrojara a su compañera elegida al interior de una cueva.

Trastabillaron juntos en el refugio, una maraña de extremidades y necesidades. Le bajó el anorak por los hombros, luchando por respirar mientras con codicia le llenaba de besos el cuello.

Sintió la vibración del gemido de Althea sobre los labios mientras luchaba con la pistolera, haciendo a un lado el símbolo de dominio y violencia, sabiendo que empezaba a perder el control, abrumado por un torrente de sentimientos que no era capaz de suprimir.

La quería desnuda. Tensa y a punto de gritar.

El aliento de ella salía entrecortado mientras le quitaba la ropa. La hoguera brillaba con una luz anaranjada a través del tenue material de la tienda, lo que le permitía ver el propósito oscuro y peligroso en los ojos de él. Le encantó, extasiada en el pánico que sacudió su cuerpo allí donde el tocaba y poseía. Sabía que esa noche la tomaría. Y sería tomado.

Conteniéndose, Colt le quitó el jersey por la cabeza y lo tiró a un lado. Debajo ella llevaba encaje, una delicada prenda blanca que en otro lugar, en un momento de mayor cordura, lo habría excitado por su manifiesta feminidad. Podría haber jugado con las tiras, deslizado los dedos sobre las cumbres sutiles. Pero en ese instante se lo arrancó con un movimiento brusco para liberar los pechos para su boca hambrienta.

El sabor de esa piel calida y aromática lo zarandeó como un golpe. Y la reacción de ella, la forma adorable en que arqueó el cuerpo contra el suyo, el prolongado y ronco gemido que emitió, el

rápido y desvalido escalofrío que sintió, lo impulsaron a una cima de placer con la que jamás había soñado.

Se dio un festín.

Un gemido quedó atrapado en la garganta de Althea. Clavó las uñas en los hombros desnudos de él, con el deseo de instarlo a continuar, aterrada al pensar hacia donde la conducía. Se agarró a Colt en busca de equilibrio, se movió debajo en sinuosa invitación, arqueándose una vez más cuando le quitó los pantalones, bajando esos dedos tan hábiles por sus muslos.

El triángulo de encaje que la protegía quedó desgarrado. Una vez más de boca de él se dio un festín.

El grito aturdido de la liberación de ella recorrió las venas de Colt. Althea se disparó como un cohete, estallando hacia fuera y hacia dentro. Pero llegado el momento del descenso, el no le dio respiro. Ella se aferró a la manta mientras la sacudía con sensaciones carentes de nombre o forma.

As situarse encima de ella, con músculos temblorosos, sus ojos abiertos se encontraron. Colt observó su cara, se llenó con su imagen mientras se enterraba en su interior con una embestida desesperada. Los ojos de ella se pusieron vidriosos, se cerraron. La propia visión de él se nubló antes de hundir la cara en su pelo.

Su cuerpo dominó la situación y se acopló al ritmo veloz y furioso de las caderas de Althea. Cabalgaron como niños furiosos y codiciosos de una fruta prohibida. El grito final de oscuro placer que emitió ella reverberó en el aire segundos antes del de Colt.

Vació de fuerza, se derrumbó sobre ella y respiró al sentirla temblar.

- ¿Quién ha ganado? –logró preguntar pasado un momento.

A Althea no le había parecido posible poder reír en un momento semejante, pero una risa subió por su garganta.

- Digamos que ha sido un empate.

- Me basta –pensó en alzar su cuerpo, pero temía que se le quebrara con el movimiento-. Más que suficiente. Voy a besarte en un minuto –murmuró-, aunque primero he de hacer acopio de fuerzas.

- Puedo esperar –dejó que sus ojos volvieran a cerrarse y disfrutó de la proximidad. El cuerpo de él seguía irradiando calor y el corazón distaba mucho de hallarse sereno. Le acarició la espalda con el simple placer del contacto, pero frunció un poco el ceño cuando sus dedos encontraron una cicatriz-. ¿Qué es esto?

- ¿Mmm? –se movió, sorprendido al descubrir que había estado a punto de quedarse dormido sobre ella-. Tormenta del desierto.

En ningún momento pensó que había llegado a participar en aquella guerra. De pronto se le ocurrió que había muchas cosas de él en sombras.

- Creía que te habías retirado antes.

- Y así fue. Acepte hacer un pequeño trabajo... algo colateral.

- Un favor.

- Podrías llamarlo así. Recibí un poco de metralla... nada de que preocuparse –ladeó la cabeza-. Tienes unos hombros preciosos. ¿Te lo había dicho?

- No. ¿Le sigues haciendo favores al gobierno?

- Solo si me lo piden con amabilidad –gruñó, girando para poder colocarla encima de él-. ¿Mejor?
 - Mmm... -apoyó la mejilla en su pecho-. Aunque creo que nos podemos helar.
 - No si nos mantenemos activos –sonrió cuando ella levantó la cabeza para mirarlo-. Métodos de supervivencia, teniente.
 - Desde luego –sonrió-. He de reconocer, Nightshade, que me gustan tus métodos.
 - ¿sí? –con suavidad le pasó los dedos por el pelo.
 - Si. ¿Cuándo tenemos que añadir madera al fuego?
 - Oh, todavía nos queda un rato.
 - Entonces no deberíamos perder el tiempo, ¿no crees? –sin dejar de sonreír, bajó la boca a la suya.
 - Si –sintió que volvía a endurecerse dentro de Althea, preparado para dejar que llevara la iniciativa. Al besarla lo invadió un amor tan intenso que lo dejó sin respiración. La abrazó con fuerza-. Se que no es original, Thea, pero nunca había sido así para mí. Con nadie.
- Eso la asustó, y más que las palabras fue la sensación de calidez que provocó en ella.
- Hablas demasiado.
 - Thea...
- Pero ella movió la cabeza y se incorporó, llevándolo a lo más hondo de su cuerpo, provocándolo para que la necesidad de palabras se desvaneciera.

9

Colt despertó en el acto. Una vieja costumbre. Asimiló en entorno... la luz pálida del amanecer que entraba en la tienda, la manta áspera y el suelo dura bajo la espalda, y la mujer esbelta y suave acurrucada sobre él. Hizo que sonriera, recordando la forma en que se había acomodado encima durante la noche, buscando un sitio más cómodo que el suelo del valle.

El sol llevaba un recordatorio del mundo exterior y de los deberes que tenían en él. No obstante, se tomó un momento para disfrutar de la perezosa intimidad y para imaginar otros momentos, otros lugares, donde volverían a ser solo ellos dos.

Con gentileza, le tapó el hombro desnudo con la manta y dejó que sus dedos le acariciaran el cabello. Ella se movió, abrió los ojos y los clavó en él.

- Buenos reflejos, teniente.

Althea dejó que su mente y su cuerpo se adaptaran a la situación.

- Supongo que ha llegado la mañana.

- Si. ¿Has dormido bien?

- He dormido mejor –le dolía cada músculo del cuerpo, aunque supuso que un par de aspirinas y algo de ejercicio lo solucionarían-. ¿Y tú?

- Como un bebé. Algunos estamos acostumbrados a terrenos duros.

Ella enarcó una ceja y se apartó.

- Algunas queremos café –en cuanto abandonó la calidez de Colt, el frío le aguijoneó la piel.

Temblando, alargó la mano en busca del jersey.

- Eh –antes de que pudiera ponérselo, la tomo pro la cintura y la acercó-. Has olvidado una cosa –deslizó la mano por su espalda para aproximarle la cabeza y poder besarla.

El cuerpo de Althea adquirió una fluidez dulce y ella separó los labios en invitación. Sintió que se derretía en él, maravillada. Durante la noche habían tenido juntos los orgasmos, una y otra vez, como relámpagos, con destellos de codicia. Pero eso fue más suave, más fuerte, con una vela que permanece encendida mucho después de que un fuego violento se haya apagado.

- Es agradable despertar contigo, Althea.

Quiso agarrarse a él como si en ello le fuera la vida. Pero lo que hizo fue pasar un dedo pro su barba de un día.

- Tu no estás tan mal, Nightshade.

Se apartó con demasiada rapidez quizá, para darse tiempo y espacio. Como él empezaba a comprenderla muy bien, sonrió.

- ¿Sabes?, cuando nos casemos, tendremos que comprarnos una de esas camas gigantes, para disponer de espacio suficiente para dar vueltas y enredarnos.

Althea se puso el jersey. Cuando sacó la cabeza por el cuello, sus ojos estaban serenos.

- ¿Quién prepara el café?

- Es algo que tendremos que decidir –asintió pensativo-. Mantener esas pequeñas costumbres ayuda a que un matrimonio se lleve bien.

Ella contuvo una carcajada y recogió los pantalones.

- Me debes un juego de ropa interior.

La observó ponérselo por sus piernas largas y suaves.

- Comprártelos será un placer – se puso la camisa mientras ella buscaba los calcetines-. Cariño, he estado pensando.... –recibió un gruñido mientras se calzaba-. ¿que te parece si nos casamos en nochevieja? Es romántico compartir el año nuevo como marido y mujer.

- Yo prepararé el maldito café –siseó ella, saliendo a gatas de la tienda.

Colt le dio una palmada en el trasero y rió entre dientes. Althea empezaba a cambiar. Lo que pasaba es que aún no lo sabía.

Cuando ella consiguió volver a encender el fuego, ya había tenido más que suficiente de la vida al aire libre. Mientras hurgaba entre el pequeño suministro de cazos que había encontrado en el avión, reconoció que quizá fuera hermosa, tal vez magnífica, con sus cumbres irregulares y nevadas y los densos bosques. Pero también era fría, dura y desierta.

Tenían unos cacahuets delante y ni un restaurante a la vista.

Demasiado impaciente para esperar hasta que hirviera, retiró el agua cuando estuvo caliente al contacto, luego vertió una cantidad generosa de café instantáneo. El aroma bastó para hacerla babear.

- Esa sí que se ve una visión bonita –Colt la observó desde el exterior de la tienda-. Una mujer preciosa inclinada sobre una hoguera.

- Déjalo, Nightshade.

- ¿Irritada antes del café, cariño? –se acercó sonriendo.

Althea apartó la mano que él había alzado hacia su pelo. Volvía a hechizarla, y eso tenía que acabarse.

- Aquí tienes el desayuno –empujó la lata de cacahuets-. Puedes servirme tu café.

Obediente, se agachó y vertió el contenido en dos tazas de latón.

- Bonito día –comentó-. Poco viento, buena visibilidad.

- Sí, estupendo –aceptó la taza que le ofreció-. Dios, mataría por un cepillo de dientes.

- En eso no puedo ayudarte –probó el café e hizo una mueca. Decidió que era barro, pero al menos le daría energía-. No te preocupes, regresaremos pronto a la civilización. Podrás cepillarte los dientes, darte un baño de agua caliente e ir a la peluquería –ella dejó a un lado la taza, hurgó en el bolso y encontró el cepillo para el pelo; se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y con la espalda hacia Colt y se puso a cepillárselo-. Déjame a mí –se sentó detrás de ella y la acomodó entre las piernas.

- Puedo hacerlo yo.

- Si, pero como sigas con esa energía te vas a quedar calva –tras un leve forcejeo, el quito el cepillo-. Deberías tener más cuidado –con delicadeza, comenzó a desenredárselo-. Es el pelo más bonito que jamás he visto. De cerca, puedo ver mil tonalidades de rojo y oro.

- Solo es pelo –pero si Althea tenía un punto de vanidad, Colt lo acariciaba en ese momento. Y era maravilloso. No pudo resistir suspirar. Podían estar en medio de ninguna parte, pero durante un instante sintió como si se hallara inmersa en pleno lujo.

- Cuando volvamos a Denver, quiero que me recuerdes donde lo hemos dejado.

- Puede que lo haga –con cierto pesar, se apartó-. Será mejor... ¿como lo llamas? ¿levantar el campamento? A propósito –añadió con un encogimiento de hombros-. Me debes más que ropa interior nueva... me debes un desayuno.

- Ponlo en mi cuenta.

Veinte minutos más tarde, estaban sentados en la cabina con los cinturones de seguridad abrochados. Colt comprobó los medidores mientras Althea se pasaba colorete por la cara.

- No vamos a una fiesta –comentó el.

- Es posible que no pueda cepillarme los dientes –dijo, llevándose a la boca un caramelo que había encontrado en el bolso-. Puede que no disponga de una ducha. Pero no eh perdido todo el sentido del decoro.

- Me gustan tus mejillas cuando están pálidas –encendió los motores-. Te dan un aspecto frágil.

Después de mirarlo un momento, adrede, se puso más colorete.

- Vuela, Nightshade.

- Si, señor, teniente.

No consideró apropiado informarla de que sería un despegue complicado. Mientras ella se ocupaba en trenzarse el pelo, situó la avioneta en posición para avanzar. Después de llevarse un dedo a la medalla que colgaba de su cuello, empezó a avanzar.

Experimentaron tumbos, botes y sacudidas y al final se elevaron. Colt luchó contra las corrientes cruzadas de aire bajando un ala, nivelándose, alzando el morro. Al final dejaron atrás el valle y volaron por encima de las copas de los árboles.

- No ha estado mal, Nightshade –se echó la trenza a la espalda.

El la miró y vio el conocimiento en sus ojos. Tenía las manos firmes, pero había sabido que sería complicado.

- Boyd tenía razón, Althea. Eres una compañera estupenda.

- Intenta mantener esta cosa quieta unos minutos, ¿quieres? –sonrió y acercó el espejo a los ojos para ocuparse de las pestañas.- Y bien, ¿cuál es el plan?

- El mismo de ayer. Circunvalaremos esta zona. Buscaremos cabañas. La que queremos tiene un acceso en pendiente.

- Sin duda eso estrecha nuestras posibilidades.

- Calla. También se trata de una cabaña de dos plantas con una terraza que la circunda y tres ventanas en la parte delantera, de cara al oeste. El sol se ponía en una de las escenas del vídeo –explicó-. Según la información que tenemos, hay un lago en alguna parte cerca. También vio abetos y pinos, lo que nos brinda elevación. La cabaña tenía unos troncos pintados de blanco. No ha de resultar tan difícil de ver.

Quizá tuviera razón en eso, pero Althea estaba segura de que era necesario decir algo más.

- Puede que no esté allí, Colt.

- Lo vamos averiguar –ladeó el avión para poner rumbo al oeste.

- Dime, ¿qué rango tenías en las Fuerzas Aéreas? –preguntó con afán de cambiar de tema y distraer su preocupación.

- Mayor –esbozó una sonrisa-. Parece que te supero en graduación.

- Estás retirado –le recordó-. Apuesto que el uniforme te quedaba bien.

- No me importaría verte a ti vestida de azul. Mira.

Siguió la dirección que le señalaba y avistó una cabaña. Era una estructura de tres plantas de madera de secuoya. Notó otras dos, separadas entre si por una hilera de árboles.

- Ninguna encaja.

- No –convino-. Pero la encontraremos.

Continuaron la búsqueda, Althea con unos prismáticos. Algunas cabañas que vieron parecían desocupadas y de otras salía humo por la chimenea, con vehículos todoterreno aparcados en el exterior.

En una ocasión vio a un hombre con camisa roja partiendo leña. En otra divisó un grupo de alces pastando en una pradera helada.

- No hay nada –comentó al final –al menos que queramos grabar un documental sobre... Espera –un destello blanco captó su atención, luego lo perdió- da la vuelta. A las cuatro –siguió observando entre las colinas nevadas.

Y allí estaba, dos plantas, troncos pintados de blanco, tres ventanas que daban al oeste, la terraza. Al final del camino de acceso había una furgoneta. Y por la chimenea salía humo.

- Podría ser esa.
- Apuesto a que lo es –voló en círculo una vez y luego se desvió.
- Acepto la apuesta –desenganchó el micro de la radio-. Dame la posición. Llamaré para pedir un equipo de vigilancia con el fin de que podamos volver a solicitar una orden de registro.
- Adelante, llama –le dio las coordenadas. Pero no pienso esperar hasta que consigamos un papel.
- ¿Qué demonios crees que puedes hacer?
- Pienso aterrizar y entrar –la miró por un momento.
- No –afirmó-, no lo harás.
- Se hace lo que se debe –se dirigió hacia el prado donde Althea había visto pastar a los alces-.

Hay una gran posibilidad de que esté allí. No voy a dejarla.

- ¿Qué vas a hacer? –quiso saber, demasiado molesta para fijarse en el peligroso descenso-. ¿Entrar con la pistola desenfundada? Eso únicamente se ve en las películas, Nightshade. No solo es ilegal, sino que pone a la rehén en peligro.

- ¿tienes una idea mejor? –se preparó para el aterrizaje. Iban a patinar en cuanto las ruedas se posaran en el suelo. Esperó que no volcaran.

- Vendrán agentes con equipo de vigilancia. Averiguaremos quién es el propietario de la cabaña y conseguiremos una orden.

- ¿Para luego entrar? No, gracias. Has dicho que sabías esquiar, ¿verdad?
- ¿Qué?
- Estas a punto de hacerlo en una avioneta. Agárrate.

Althea giró la cabeza y se quedó boquiabierta al ver que la helada pradera estaba cada vez más cerca de ellos. Tuvo tiempo de soltar un juramento, pero luego se quedó sin aire ante la fuerza del impacto.

Aterrizaron y patinaron. La nieve se levantó a ambos lados del aparato, salpicando las ventanillas. Ella observó casi con resignación mientras avanzaban hacia una arboleda. Entonces el avión giró por dos veces antes de parar con brusquedad.

- ¡maniaco! –respiró hondo varias veces, luchando contra lo peor de su malhumor, ya que, cuando lo matara, quería hacerlo bien.

- En una ocasión aterricé en las Aleutianas, sin radar. Fue mucho peor que esto.
- ¿Y que demuestra? –exigió.

- ¿Qué aún soy un magnifico piloto?

- ¡crece de una maldita vez! –gritó-. No estamos en la tierra de la fantasía. Nos acercamos a presuntos secuestradores y asesinos, y lo más posible es que en medio se encuentre atrapada una joven inocente. Vamos a hacer esto bien, Nightshade.

Con un gesto, se soltó el cinturón y tomó las dos manos de ella por las muñecas.

- Escúchame tú. Se lo que es real, Althea. He visto suficiente realidad en mi vida como para conocer su crueldad. Conozco a esa chica. La tuve en brazos cuando era bebé y no pienso dejar que su vida dependa del papeleo y los procedimientos.

- Colt...

- Olvidalo –le soltó las manos y se echó para atrás.- no voy solicitar tu ayuda, porque intento respetar las ideas que tienes sobre las reglas y las regulaciones. Pero iré a buscarla, Thea, y lo haré ahora.

- Espera –alzó una mano y se la pasó por el pelo-. Déjame pensar un minuto.

- Piensas demasiado –pero cuando intentó levantarse, le plantó un puño en el pecho.

- He dicho que esperaras –echó la cabeza hacia atrás, cerro los ojos y lo meditó-. ¿A qué distancia se encuentra la cabaña? –preguntó pasado un momento-. ¿A unos ochocientos metros?

- Un kilómetro o algo más.

- Los caminos que conducían hasta allí estaban limpios de nieve.

- Si –lo dominó la impaciencia-. ¿Y?

- Habría sido mejor que me hubiera quedado atrapada en la nieve. Pero una avería bastará.

- ¿De que estás hablando?

- Hablo de trabajar juntos –abrió los ojos y lo inmovilizó con la mirada-. A ti no te gusta mi forma de trabajar y a mi no me gusta la tuya. Así que vamos a tener que encontrar un punto intermedio. Voy a llamar a la policía local para que nos apoye y les pediré que se ponga en contacto con Boyd, para ver si él puede iniciar el papeleo.

- Te he dicho...

- Me importa un bledo lo que me has dicho –cortó con calma-. Lo haremos así. No podemos irrumpir en la cabaña. Primero, quizá sea la cabaña equivocada. Segundo –volvió a interrumpirlo antes de que pudiera hablar-, pondrá a Liz en un peligro mayor si está allí. Y tercero, sin una causa probable, sin un procedimiento adecuado, esos cananas podrían quedar libres, y los quiero encerrados. Y ahora escucha...

No le gustó. Poco importaba lo lógico que fuera o que se tratara de un buen plan. Pero durante el largo trayecto hasta la cabaña, Althea rebatió con lógica serena y sencilla los argumentos que planteó él.

Insistía en entrar.

- ¿Qué te hace pensar que te dejarán entrar con solo pedirlo?

Lo miró con la cabeza ladeada y los parpados entornados.

- No he desperdiciado ninguno en ti, Nightshade, pero dispongo de mucho encanto. ¿Qué crees que haría la mayoría de los hombres al ver a una mujer desvalida que pide ayuda porque está perdida, tiene el coche averiado y... -tembló y convirtió su voz en un ronroneo-... y hace tanto frío fuera?

- ¿Y si se ofrecen a llevarte adonde se ha quedado tu coche para arreglarlo? –preguntó después de soltar un juramento.

- Pues les estaré profundamente agradecida. Y los distraeré el tiempo suficiente para hacer lo que haya que hacer.

- ¿Y si se muestran desagradables?

- Entonces tú y yo tendremos que patear algunos culos, ¿no?

- Sigo pensando que debería acompañarte.

- No van a ser simpáticos si a la mujercita la acompaña un hombre grande y fuerte –replicó con sarcasmo en el aire frío-. Con algo de suerte, los agentes locales habrán llegado antes de que pueda pasar algo –calló y calculó la distancia-. Estamos bastante cerca. Quizá uno de ellos haya salido a dar un paseo. No queremos que nos vean juntos.

Colt metió las manos en los bolsillos y se obligó a relajarse. Althea tenía razón... y además era buena. Sacó las manos, la tomó por los hombros y la acercó.

- Ve con cuidado, teniente.

- Lo mismo digo –le dio un beso apasionado.

Giró y se alejó con pasos largos. Colt quiso decirle que se detuviera, que la amaba. Pero dio un rodeo hacia la parte de atrás de la cabaña. No era el momento para lanzarle pelotas emocionales. Las reservaría para luego.

Desterró todo de su mente y corrió por la nieve endurecida, manteniéndose agachado en todo momento.

Althea avanzó a toda velocidad. Quería estar jadeante y con los ojos algo humedecidos al llegar a la cabaña. En cuanto tuvo las ventanas a la vista, emprendió una carrera lenta, imitando alivio. Prácticamente se dejó caer sobre la puerta.

Reconoció a Kline en cuanto le abrió. Llevaba un pantalón gris de chándal y tenía los ojos entrecerrados debido al humo que se elevaba del cigarrillo que apretaba en la comisura de los labios. Olía a tabaco y a whisky.

- ¡Oh, gracias a Dios! –se apoyó en el marco de la puerta-. ¡Gracias a Dios! Temía no encontrar a nadie. Me da la impresión de que llevo caminando una eternidad.

Kline la estudió. Pensó que era un bombón muy dulce, pero no le gustaban las sorpresas.

- ¿Qué quiere?

- Mi coche... -se llevó una mano trémula al corazón-. Se averió... debe de estar a un kilómetro de aquí, como mínimo. Venía a visitar a unos amigos. No sé, pero quizá me metí en el desvío equivocado –tembló y se arrebujó más en el anorak-. ¿Puedo pasar? Tengo mucho frío.

- No hay nadie por aquí, ninguna otra cabaña.

- Sabía que tenía que haber tomado la salida equivocada –cerró los ojos-. Pasado un tiempo todo empieza a ser igual. Salí de Englewood antes de que amaneciera... anhelaba empezar mis vacaciones –lo miró con los ojos muy abiertos y logró esbozar una sonrisa débil-. Vaya vacaciones hasta ahora. ¿Me deja usar el teléfono, para informar a mis amigos de que vengán a buscarme?

- Supongo –decidió que era inofensiva. Y un placer para la vista.

- Oh, un fuego... -con su gemido de alivio, Althea se lanzó hacia la chimenea-. No imaginé que se pudiera tener tanto frío –mientras se frotaba las manos, le sonrió por encima del hombro-. No sabe lo agradecida que le estoy por ayudarme.

- No es nada –se quitó el cigarrillo de la boca-. No hay mucha gente por aquí.

- No me extraña –miró por la ventana. Pero es precioso. Supongo que si estuviera calentita junto al fuego con una botella de vino, poco importaría capear una o dos ventiscas.

- A mi me gusta estar calentito con algo más que una botella –Kline sonrió.

Althea parpadeó y terminó por bajar los párpados.

- Desde luego es romántico, señor...

- Kline. Puedes llamarme Harry.

- De acuerdo, Harry. Yo soy Rose –dijo, dándole su segundo nombre por si reconocía el primero, relacionándolo con el de la policía que trataba con Wild Bill. Le ofreció la mano-. Es un verdadero placer. Creo que me has salvado la vida.

- ¿Qué diablos pasa aquí?

Althea alzó la vista hacia la primera planta y vio a un hombre alto y delgado con una mata revuelta de pelo rubio. Lo reconoció como el segundo actor de la película.

- Tenemos una invitada inesperada, Donner –informó Kline-. Se le ha averiado el coche.

- Bueno, diablos... Donner parpadeó para despejarse la vista y la miró con atención-. Estás fuera de temporada, encanto.

- Estoy de vacaciones –repuso, sonriéndole.

- ¿No es estupendo? –comenzó a bajar las escaleras como un gallo en un gallinero-. ¿Por qué no le prepara s una taza de café a la dama, Kline?

- Wave ya está en la cocina. Es su turno.

- Perfecto –Donner le lanzó a Althea lo que él consideraba una sonrisa íntima-. Dile que sirva otra taza para nuestra invitada.

- ¿Por qué no vas tú...?

- Oh, me encantaría una taza de café –intervino Althea, mirando a Kline con sus enormes ojos castaños-. Estoy helada.

- Claro –se encogió de hombros, miró a Donner como un perro que advierte a un competidor, y se marchó.

Ella se preguntó si habría algún componente más de la organización en al cabaña o si estarían solo los tres.

- Le decía a Harry lo bonita que es la cabaña –entró en el salón y dejó el bolso en la mesa-. ¿Vivís aquí todo el año?

- No, venimos de vez en cuando.

- Es mucho más grande de lo que parece por fuera.

- Cumple con su función –se acercó al apoyabrazos del sillón en el que se había sentado Althea-. Quizá te gustaría quedarte aquí a pasar tus vacaciones.

Ella rió, sin poner objeción cuando el le pasó un de do por el pelo.

- Oh, pero mis amigos me esperan. No obstante, tengo dos semanas... -rió con voz ronca y sensual-. Dime, ¿qué hacéis para divertirlos?

- Te sorprendería -Donner apoyó una mano en el muslo de ella.

- No me sorprende con facilidad.

- Apártate -Kline regresó con una taza de café-. Aquí tienes, Rose.

- Gracias -aspiró el aroma-. Ya me siento menos helada.

- ¿Por que no te quitas el anorak? -Donner acercó la mano a la cremallera, pero ella se movió, sin dejar de sonreír.

- En cuanto se caliente un poco mi cuerpo -había tomado la precaución de quitarse la pistolera, pero prefería tener más camuflaje, ya que llevaba la pistola a la espalda-. ¿Sois hermanos? -pregunto para entablar conversación.

- No -bufó Kline-. Podrías decir que somos socios.

- Oh, ¿de verdad? ¿a que negocios os dedicáis?

- Comunicaciones -indicó Donner mostrando unos dientes blancos.

- Es fascinante. Sin duda tenéis mucho equipo -miró la pantalla grande de televisor, el video de ultima generación y el equipo de música-. Me encanta ver películas en las noches largas de infierno. Quizá podríamos reunirnos alguna vez para... -calló, alertada por un movimiento en la planta alta. Levantó la vista y vio a la chica. Tenía ale pelo revuelto y una expresión de infinito cansancio en los ojos. Había perdido peso, pero la reconoció por la instantánea que le había mostrado Colt-. Hola -saludó con una sonrisa.

- Vuelve a tu habitación -espetó Kline-. Ahora.

Liz se humedeció los labios. Llevaba unos vaqueros gastados y un jersey azul con los puños deshilachados.

- Quería desayunar algo -dijo con voz apagada, pero no intimidada.

- Lo tomarás -Kline observó a Althea y quedo satisfecho al comprobar que su expresión era de amistoso desinterés-. Ahora vuelve a tu habitación hasta que te llame.

Liz titubeó el tiempo suficiente para lanzarle una mirada fría. Eso animó a Althea. Aun no la habían derrotado. Volvió a entrar en la habitación y cerro de un portazo.

- Niños -musitó Kline, encendiendo otro cigarrillo.

- Si -Althea sonrió con simpatía-. ¿Es tu hermana?

Kline se atragantó con el humo, pero asintió.

- Si. Si, es mi hermana. ¿Querías usar el teléfono?

- Oh, si -dejó la taza de café y se puso de pie-. Os lo agradezco. Mis amigos empezarán a preocuparse pronto.

- Ahí lo tienes -indicó él-. Adelante.

- Gracias -pero al levantar el auricular, no había tono-. Cielos, creo que no hay línea.

Kline maldijo y se acercó a ella al tiempo que sacaba una llave en forma de L del bolsillo.

- Lo olvidé. Lo desconecté por la noche para que la pequeña no pudiera usarlo. Hacía un montón de llamadas de larga distancia. Ya sabes como son las chicas.

- Si, es verdad –sonrió. Al oír la señal de tono, marcó el número de al policía local-. Fran – dijo con alegría, llamando a la telefonista por le nombre que habían acordado-. No te lo vas a creer lo que me ha pasado. Me perdí y se me averió el coche. De no haber sido por unos chicos estupendos, no se que habría hecho –rió, con la esperanza de que Colt se hubiera puesto en marcha-. No siempre me pierdo. Espero que Bob venga a buscarme.

Mientras Althea hablaba por teléfono, Colt se encaramó por un poste hasta arriba. Con los prismáticos había visto todo lo que necesitaba ver a través de los amplios ventanales. Althea dominaba la situación y Liz se hallaba en la segunda planta.

Habían acordado que si surgía la oportunidad, la sacaría de la casa. Colt habría preferido un camino más directo, para darles una lección a esos miserables, pero lo primero era la seguridad de Liz. En cuanto la alejara de allí, regresaría.

Con un gruñido, trepó hasta el saliente estrecho y se aferró a los bordes de la ventana. Vio a Liz tumbada en una cama deshecha; de espaldas a él, se acurrucaba en una postura defensiva. Su primer impulso fue romper el cristal y saltar al interior. Por miedo a asustarla y que pudiera gritar, llamo con suavidad.

Ella se movió. Cuando volvió a llamar, giró con cautela, mirando con ojos perdidos hacia el sol. Entonces parpadeó y con lentitud se incorporó en la cama. Colt se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. Pero eso no contuvo las lágrimas que inundaron los ojos de Liz al acercarse.

- ¡Colt! –sacudió la ventana, luego apoyó la mejilla contra el cristal y siguió llorando-. ¡Quiero irme a casa! ¡Por favor, por favor, quiero irme a casa!

El apenas conseguía oírla a través del cristal. Temiendo que sus voces pudieran ser escuchadas, llamó otra vez y aguardó hasta que Liz giro la cabeza para mirarlo.

- Abre la ventana, pequeña – movió los labios con precisión, pero ella solo negó con la cabeza.

- Esta clavada –dijo, frotándose los puchos contra los ojos-. La han clavado.

- Vale, vale. Mírame, mírame –hizo señales con las manos para captar su atención-. Una almohada. Trae una almohada.

Un leve destello brilló en los ojos de ella. Un cauteloso retorno de la esperanza. Obedeció con celeridad.

- Apoyada contra el cristal. Mantenla firme y vuelve la cabeza. Aparta la cabeza, pequeña – empleó el codo para romper el cristal, satisfecho de que la almohada amortiguada casi todo el ruido. Cuando apartó suficientes fragmentos para meter el cuerpo, entro. Ella se lanzó de inmediato a sus brazos, sin dejar de sollozar. La alzó y la acunó como si fuera un bebe-. Sss... Liz. Todo irá bien ahora, voy a llevarte a casa.

- Lo siento. Lo siento tanto.

- No te preocupes. No te preocupes por nada –se apartó para mirarla a los ojos. Estaba muy delgada y pálida. Y tenía muchas cosas que preguntarle-. Cariño, vas a tener que mantenerte firme un poco más. te vamos a sacar y hemos de movernos a toda velocidad. ¿Tienes un anorak? ¿Zapatos?

- Se los llevaron –movió la cabeza-. Se llevaron todo para que no pudiera huir. Lo intenté, Colt, te juro que lo intenté, pero...

- Está bien –volvió a pegarle el rostro contra el hombro antes de que pudiera dominarla la histeria-. No pienses en ello ahora. Vas a hacer exactamente lo que te diga. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. ¿Podemos irnos ya? ¿Ahora mismo?

- Ahora mismo. Te envolveremos en esta manta –la sacó de la cama con una mano e hizo lo que pudo para abrirla-. Ahora vamos a sufrir una pequeña caída. Pero si te aferras a mí y te relajas, todo saldrá bien –la llevó a la ventana, con cuidado de protegerle la cara contra el frío y de las puntas irregulares del cristal roto-. Si quieres gritar, hazlo en tu cabeza, pero no en voz alta. Eso es importante.

- No gritaré –con el corazón desbocado, se pegó al pecho de él-. Por favor, solo llévame a casa. Quiero estar con mamá.

- Ella también quiere estar contigo. Y tu padre –no dejó de hablar en voz baja y tranquilizadora-. Vamos a llamarlos en cuanto salgamos de aquí –rezó y saltó.

Sabía como caer, de un edificio, de unas escaleras, de un avión. Sin la niña, sencillamente habría rodado. Con ella, giró el cuerpo para recibir la mayor parte del impacto sobre su espalda y protegerla.

Se quedó sin aire y se golpeó en el hombro, pero se incorporó en cuanto aterrizaron, con Liz aún acurrucada contra el pecho. Corrió hacia el camino; había recorrido la mitad del trayecto cuando oyó el primer disparo.

10

Althea extendió la conversación con la telefonista de la policía, deteniéndose el tiempo suficiente para asimilar la información de que el equipo de apoyo llegaría en diez minutos. Esperaba que Colt hubiera podido sacar a Liz de la cabaña, pero, fuera como fuere, parecía que todo saldría como la seda.

- Gracias, Fran. Yo también tengo ganas de veros a Bob y a ti. Espera que le pregunte a Harry donde estamos porque no tengo ni idea –sonrió en la dirección de Harry y tapó el auricular con la mano-. ¿Tienes una dirección o algo para que se orienten? Bob va a venir a recogerme y echarle un vistazo a mi coche.

- No hay problema –desvió la vista cuando Wave salió de la cocina-. Espero que hayas preparado suficiente desayuno para incluir a nuestra invitada –le dijo-. Ha tenido una mañana difícil.

- Sí, hay bastante –Wave miró a Althea y entrecerró los ojos-. ¡Eh! ¿Qué diablos es esto?

- Muestra modales –sugirió Donner-. Hay una dama presente.
- ¡Dama y un cuerno! Es poli. Es al poli de Wild Bill.

Se lanzó hacia ella, pero Althea estaba preparada. Había captado el reconocimiento en sus ojos y ya había llevado la mano al arma. No tuvo tiempo para pensar o preocuparse por los otros dos, ya que ciento treinta kilos de músculo la golpearon.

Voló pro los aires y el primer disparo dio en una mesa antigua. Una colección de frascos cayó al suelo, desparramando fragmentos de amatista y aguamarina. Althea vio las estrellas y, a través de ellas, vio a su oponente avanzar como un tren de carga.

El instinto la impulsó rodar hacia la izquierda para esquivar el golpe. Wave era enorme, pero ella era rápida. Se puso de rodillas y aferró el arma con ambas manos.

En esa ocasión no erró. Dispuso solo de un instante para notar la mancha de sangre en la camiseta blanca antes de incorporarse de un salto.

Donner se dirigía hacia la puerta y Kline maldecía mientras abría un cajón. Althea percibió el destello de cromo.

- ¡Quietos! –la orden hizo de Donner levantara las manos y se convirtiera en una estatua, pero Kline sacó la pistola-. Hazlo y morirás –le dijo, retrocediendo para poder mantenerlos a los dos a la vista-. Tírala, Harry, o vas a manchar la alfombra igual que tu amigo.

- Hija de perra –con los dientes apretados, soltó el arma.
- Buena elección. Y ahora, al suelo, boca abajo, con las manos a la espalda. Tu también, romeo –le ordenó a Donner. Mientras obedecían, recogió el arma de Kline-. Deberías saber que no hay que dejar entrar a ningún desconocido.

“Dios, duele”, pensó Althea al bajar la descarga de adrenalina. Desde los pies a la cabeza era un único punto de dolor. Esperaba que Wave no le hubiera dislocado nada vital.

En la distancia oyó el sonido de una sirena.

- Al parecer la buena de Fran ha enviado a la caballería. Y ahora, por si aún no lo entendéis, soy la ley y estáis arrestados.

Con la serena ella les leía sus derechos a los prisioneros cuando Colt irrumpió con la pistola en una mano y el cuchillo en la otra. De acuerdo con sus cálculos, apenas había pasado tres minutos desde el primer disparo. Era evidente que se movía deprisa.

Althea lo miró un instante y concluyó el procedimiento.

- Cubre a estos idiotas, ¿quieres, Nightshade? –pidió al recoger el auricular del teléfono que aún colgaba del cable-. ¿Agente Money? Si, soy la teniente Grayson. Necesitaremos una ambulancia. Hay un sospechoso con una herida en el pecho. No, la situación está bajo control. Gracias, ha sido de gran ayuda –colgó y miró a Colt-. ¿Y Liz?

- Está bien. Le dije que esperaba a la policía junto al camino. Oí los disparos –tenía las manos firmes, algo que agradeció, ya que por dentro era gelatina-. Pensé que te habías descubierto.

- No te equivocabas. Ese –con la cabeza indicó a Wave-. Debió de verme con Wild Bill. ¿Por qué no vas a buscar una toalla? Será mejor que tratemos de frenar la hemorragia.

- ¡Al demonio con eso! –la furia salió tan repentinamente y con tanta violencia que los dos hombres tendidos en el suelo temblaron-. Tienes un corte en la cabeza.

- ¿Si? –acercó los dedos al dolor palpitante en la sien derecha, luego observó la sangre con disgusto-. Diablos. Espero no necesitar puntos. Los odio.

- ¿Quién de ellos te golpeó? –Colt estudió a los tres hombres con ojos helados-. ¿Quién?

- El que recibió el disparo. El que se está desangrando. Ve a buscar una toalla y veremos si conseguimos que llegue vivo al juicio –cuando no respondió, se interpuso entre Colt y el herido. Las intenciones de él eran obvias-. No me sueltes esas tonterías, Nightshade. No soy una damisela en apuros, y los caballeros de brillante armadura me irritan. ¿Entendido?

- Si –contuvo el aliento. Lo recorrían demasiadas emociones. Ninguna alteraría la situación-. Si, entendido teniente.

Giró para hacer lo que ella le había pedido. “Después de todo”, pensó. “Althea pude manejar la situación. Puede manejarlo todo”.

No comenzó a serenarse hasta hallarse otra vez en la avioneta. Al menos tenía que fingir calma por el bien de Liz. Se había aferrado a él, suplicándole que no la enviara con la policía, que se quedara con ella. Por eso había aceptado que la pequeña ocupara el asiento del copiloto y Althea fuera atrás.

Con aspecto perdido bajo la cazadora de Colt, la joven miraba por el parabrisas. A pesar de los intentos de él por darle calor, no paraba de temblar. Cuando pusieron rumbo al este, comenzó a llorar. Los hombros le temblaron con violencia, pero no emitió ningún sonido.

- Vamos, pequeña –impotente, Colt le tomó la mano-. Ya ha pasado todo. Nadie te va a hacer más daño.

Pero las lágrimas silenciosas siguieron cayendo.

Sin decir una palabra, Althea se levantó, avanzó y con calma le desabrochó el cinturón de seguridad. Comunicándose mediante el contacto, la instó a levantarse. Ocupó el asiento y acomodó a Liz en su regazo, con la cabeza en el hombro.

- No mires atrás –murmuró.

Casi de inmediato, los sollozos de Liz sonaron en toda la cabina. El dolor que manifestaba desgarró el corazón de Althea mientras la mecía y la abrazaba. Destrozado por el llanto, Colt alargó una mano y le acarició el pelo. Pero al sentir el contacto la joven se acurrucó más contra Althea.

El bajó la mano y se concentró en el cielo.

Fue la gentil insistencia de Althea lo que convenció a Liz de que lo mejor sería ir primero al hospital. La pequeña no paraba de repetir que quería irse a casa. Y en todo momento tuvo que recordarle con suavidad que sus padres iban ya camino de Denver.

- Se que es duro –mantuvo el brazo en torno a los hombros de Liz-. Y se que asusta, pero necesitas que te examinen.

- No quiero que me toque ningún médico.

- Lo se –lo sabía demasiado bien-. Pero es una doctora –sonrió y le acarició el brazo-. No te hará daño.

- Será muy rápido –aseguró Colt. Lucho por mantener la sonrisa. Lo que deseaba era gritar. Patear algo. Matar a alguien.

- De acuerdo –Liz volvió a mirar con recelo la consulta del hospital-. Por favor... apretó los labios y miró con expresión de súplica a Althea.

- ¿Quieres que vaya contigo? ¿Qué me quede contigo? –ante el asentimiento de la niña, la abrazó con más fuerza-. Claro, no hay problema. Colt ¿Por qué no vas a buscar una maquina expendedora de refrescos, quizá caramelos? –le sonrió a la joven -. A mi me vendría bien una chocolatina. ¿Y a ti?

- Si –Liz respiró hondo-. Supongo que si.

- Volveremos en unos momentos –le dijo Althea a Colt.

Sintiéndose inútil, se marchó por el pasillo.

Dentro de la consulta, Althea ayudó a que Liz se quitara la ropa y se pusiera una bata. Notó los hematomas en su cuerpo, pero no dijo nada. Necesitarían una declaración oficial de Liz, pero eso podía esperar un poco más.

- Esta es la doctora Mailer –explicó cuando la joven doctora de mira suave se acercó a la camilla.

- Hola, Liz –la doctora Mailer no le ofreció la mano ni tocarla de ningún modo. Se especializaba en pacientes con traumas y comprendía el terror que dominaba a las víctimas violadas-. Voy a tener que hacerte unas preguntas y algunas pruebas. Si hay algo que desees preguntarme, adelante. Y si quieres que pare, que espere un poco, dilo. ¿De acuerdo?

- De acuerdo –Liz se echó y se concentró en el techo. Pero no dejó de apretar con fuerza la mano de Althea.

Esta había solicitado a la doctora Mailer porque conocía su reputación. A medida que avanzaba el examen, quedó más que convencida de que era una reputación justificada. Se mostró amable, delicada y eficaz. Parecía que instintivamente sabía cuando debía parar, darle la oportunidad a Liz de que se recobrara, y cuando continuar.

- hemos terminado –la doctora Mailer se quitó los guantes y sonrió-. Quiero que descanses aquí un rato mientras voy a preparar una receta para antes de que te marches.

- No tendré que quedarme aquí, ¿verdad?

- No –le apretó la mano-. Lo has hecho muy bien. Cuando lleguen tus padres, volveremos a hablar. ¿quieres que me ocupe de que te traigan algo para comer? –al irse, con la mirada le indicó a Althea que también ellas hablarían más tarde.

- Lo has hecho muy bien de verdad –dijo, ayudándola a sentarse-. ¿quieres que vaya a ver si Colt ha encontrado el chocolate?

- No quiero quedarme sola.

- Muy bien –sacó el cepillo del bolso y comenzó a desenredarle el pelo-. Hazme saber si tiro.

- Cuando te vi en el salón de la cabaña, pensé que eras otra de las mujeres que llevaban allí. Que iba a pasar otra vez –cerró los ojos y las lágrimas cayeron por entre sus pestañas-. Que iban a obligarme a hacer otra vez esas cosas.

- Lo siento. No había manera de hacerte saber que había ido a ayudarte.

- Y al ver a Colt en la ventana, pensé que soñaba. No dejaba de soñar que parecería alguien, pero nunca lo hacía. Me daba miedo que a mamá y a papá no les importara.

- Cariño, tus padres en ningún momento han dejado de buscarte –le alzó la barbilla. Han estado muy preocupados. Por eso enviaron a Colt. Y puedo decirte que él también te quiere. No puedes imaginar las cosas que me ha convencido de hacer para encontrarte.

Liz intentó sonreír, pero no lo consiguió.

- Pero no saben... quizá no me quieran más cuando sepan... todo.

- No. Los crispará y les causará daño, y será realmente duro para ellos. Pero eso es porque te quieren. Nada de lo que haya sucedido va a cambiar eso.

- Yo... yo no pude hacer otra cosa más que llorar.

- Entonces es lo único que debes hacer, por ahora.

- Fue culpa mía escapar de casa –se pasó una mano temblorosa por la mejilla.

- Si –convino Althea-. Es lo único que ha sido culpa tuya.

Liz apartó la cara las lágrimas continuaron cayendo mientras miraba el suelo.

- No entiendes lo que se siente. No sabes lo que es. Lo terrible que es.

- Te equivocas –con delicadeza volvió a tomarle la cara entre las manos-. Lo entiendo. Lo entiendo muy bien.

- ¿Si? –tembló-. ¿Te sucedió a ti?

- Cuando tenía más o menos tu edad. Y sentí como si alguien me hubiera sacado algo que nunca más recuperaría. Pensé que nunca más volvería a estar limpia, entera. Ser yo otra vez. Y lloré durante mucho, mucho tiempo, porque daba la impresión de que no podía hacer otra cosa.

- No dejaba de repetirme que no era yo –Liz aceptó el pañuelo de papel que Althea depositó en sus manos-. Pero estaba muy asustada. Se acabó. Colt no para de decir que ya se acabó, pero duele.

- Lo sé –la acunó en sus brazos-. Duele más que nada en el mundo, y va a dolerte un tiempo. Pero no estás sola. Debes recordar que no estás sola. Tienes a tu familia, a tus amigos. Tienes a Colt. Y puedes hablar conmigo siempre que lo necesites.

- ¿Qué hiciste tú? –apoyó la cabeza en el pecho de Althea-. ¿Qué hiciste?

- Sobreviví –murmuró, con la mirada en blanco por encima de la cabeza de la pequeña-. Y tú también sobrevivirás.

Colt se hallaba en la puerta de la consulta, con latas de refrescos y golosinas en las manos. Si antes se había sentido inútil, en ese momento la sensación resultaba insoportable.

Allí no había sitio para él, no había manera en que pudiera entrar en el dolor de esa mujer. Su primera reacción fue de ira. Pero, ¿hacia donde canalizarla? Se volvió para dejar las cosas sobre una mesa en la sala de espera. Si no podía consolar a ninguna de las dos, si no podía parar lo que ya había sucedido, ¿qué podía hacer?

Se pasó las manos por la cara e intentó despejar la mente. Al bajarlas, vio a los padres de Liz salir del ascensor.

Al menos eso sí podía hacerlo. Fue a su encuentro.

En la consulta, Althea terminó de peinar el pelo de Liz.

- ¿Quieres vestirme?

La joven logró esbozar lo que pasó por una sonrisa.

- no quiero volver a ponerme jamás esa ropa.

- Bien dicho. Bueno, quizá logre encontrar algo... -se volvió al captar un movimiento en la puerta. Vio a una mujer pálida y a un hombre abatido, los dos con los ojos rojos.

- ¡Oh, pequeña! ¡Liz! -la mujer fue la primera en moverse, seguida del hombre.

- ¡Mama! -Liz volvió a sollozar mientras abría los brazos-. ¡Mama!

Althea se hizo a un lado ante el encuentro de padres e hija. Al ver a Colt en la puerta, se dirigió hacia él.

- será mejor que te quede con ellos. Antes de irme, iré a decirle a la doctora Mailer que han llegado.

- ¿A dónde vas?

- A redactar mi informe -se pasó el bolso al hombro.

Luego fue a casa a darse un baño caliente. Se frotó el cuerpo hasta que casi dejó de sentirlo. Cediendo a la extenuación, tanto física como emocional, se tumbó desnuda en la cama y tuvo un sueño apacible hasta que los golpes en la puerta la despertaron.

Aturdida, buscó la bata y se abrochó el cinturón mientras iba a comprobar quien era. Frunció el ceño al ver a Colt por la mirilla, a continuación abrió de golpe.

- Dame un buen motivo por el que no deba arrestarte por alterar la paz. Mi paz.

- Te he traído pizza -alargó una caja plana.

- Eso puede llegar a salvarte. Supongo que también querrás pasar.

- Esa era la idea.

- Bueno, adelante, entonces -con esa dudosa invitación, fue a buscar platos y servilletas-.

¿Cómo se encuentra Liz?

- Sorprendentemente bien. Marleen y Frank son muy sólidos.

- Tienen que serlo -regresó con los platos a la mesa-. Espero que comprendan que van a necesitar consejos.

- Y han hablado de ello con la doctora Mailer. Los va a ayudar a encontrar un buen terapeuta -tomó una porción de pizza y escogió con cuidado sus palabras-. Lo primero que quiero hacer es darte las gracias. Y no me interrumpas, Thea. Me gustaría soltarlo todo.

- De acuerdo -se sentó y eligió una porción-. Suéltalo.

- No hablo solo de la cooperación oficial, del modo que me ayudaste a encontrarla y a rescatarla. Por eso estoy en deuda contigo, pero entra en el plano profesional. ¿no tienes ninguna bebida para acompañar esto?

- Hay un borgoña en la cocina.

- Iré a traerlo -dijo al empezar a levantarse.

- Como quieras –Althea se encogió de hombros y siguió comiendo. Iba por la segunda ración cuando Colt regresó con una botella y dos copas-. Supongo que estaba demasiado cansada para darme cuenta de que me moría de hambre.

- Entonces no debo disculparme por haberte despertado –llenó ambas copas pero no bebió-. También quería agradecerte el modo en que te comportaste con Liz. Pensé que con rescatarla bastaba... ya sabes, eso de ir de caballero andante que tanto te irrita –alzó la vista y se encontró con sus ojos-. No fue así. Tampoco bastó con decirle que todo estaba bien, que se había acabado. Te necesitaba a ti.

- Necesitaba a una mujer.

- Tú lo eres. Se que es esperar demasiado, ero después de que te fueras ella me preguntó varias veces por ti –jugó con el pie de la copa-. Van a quedarse en al ciudad al menos otros día, hasta que la doctora Mailer tenga algunos de los resultados que espera. Pensaba que podrías hablar otra vez con Liz.

- No es necesario que me pidas eso, Colt –le tomo la mano-. Yo también me he involucrado.

- Y yo, Thea –le besó la mano-. Estoy enamorado de ti. No, no te alejes –le apretó los dedos antes de que pudiera soltarse-. Nunca antes le había dicho eso a una mujer. Emplee términos alternativos –sonrió un poco-. Estoy loco por ti, eres especial para mí, esas cosas. Pero jamás use la palabra amor, no hasta conocerte.

Lo creía. Y lo que resultaba más aterrador, quería creerlo. “ve con cuidado”, se recordó. “paso a paso”

- Escucha, Colt, los dos hemos estado en una montaña rusa desde que nos conocimos... hace muy poco tiempo. Las cosas, las emociones, tiene a adquirir proporciones desmesuradas en una montaña rusa. ¿Por qué no frenamos un poco?

La sintió nerviosa, pero en esa ocasión no lo divirtió.

- Tuve que aceptar que no podía cambiar lo que le sucedió a Liz. Ha sido duro. Pero no puedo cambiar lo que siento por ti. Aceptar eso es fácil.

- No se muy bien que quieres de mí, Colt, y no creo que sea capaz de dártelo.

- Por lo que te sucedió a ti. Por lo que oí que le contabas a Liz en la consulta.

- Eso fue entre Liz y yo –se retrajo al instante, completamente-. Y no es asunto tuyo.

Fue exactamente la reacción que Colt esperaba, para la que se había preparado.

- los dos sabemos que no es verdad. Pero hablaremos de ello cuando estés preparada – sabiendo el valor que tenía mantener desconcertado a un oponente, recogió la copa de vino-. ¿Sabes que le dan a Wave posibilidades del cincuenta por ciento para sobrevivir?

- Lo sé –lo observó con recelo-. Llamé al hospital antes de meterme en la cama. Por el momento, Boyd se ocupa del interrogatorio de Kline y Donner.

- Tienes ganas de que caigan en tus manos, ¿eh?

- Si –sonrió.

- ¿Sabes?, al oír los disparos pensé que se me había parado el corazón –mas relajado, dio un mordisco a la porción de pizza-. Regresé a toda carrera, listo para patear algunos culos, peor al irrumpir como la caballería, ¿que es lo que veo? -movió la cabeza y entrechocó la copa con la de Althea-. A ti con sangre por la cara... -se detuvo para pasar con delicadeza un dedo por la sien protegida-. Con una pistola en cada mano. Un animal de ciento cincuenta kilos sangrando a tus pies y otros dos tipos boca abajo con

las manos detrás de la cabeza. Y tu erguida, parecida a la diosa Diana después de una cacería, recitándoles la ley Miranda. He de reconocer que me sentí bastante superfluo.

- Estuviste bien, Nightshade –suspiró-. Y creo que mereces saber que me sentí muy contenta de verte. Parecías Jim Bowie en el Álamo

- El perdió.

- Tu no –cedió y se adelantó para darle un beso.

- Nosotros no –corrigió. Te he traído un regalo.

- ¿sí? –como el momento peligroso parecía haber pasado, sonrió y volvió a besarlo-. Dámelo –él echo la mano hacia tras y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó una pequeña bolsa de papel y la arrojó sobre el regazo de ella-. Oh, veo que lo has envuelto muy bien –rió entre dientes al meter la mano en el interior. Sacó unas braguitas y un sujetador de un azul medianoche. La risa se transformó en una carcajada.

- Pago mis deudas –informó Colt. Como supuse que te sobrarían los de color blando, elegí algo diferente –alargó la mano para sentir la seda y los encajes-. Quizá quieras probártelos.

- En su momento –aunque sabía lo que quería en ese momento. Lo que necesitaba. Se levantó para tomarlo. Metió los dedos en el pelo de él y tiró hasta levantarle la cara para que sus bocas se encontraran-. Quizá quieras venirte a la cama conmigo.

- Decididamente – le subió las manos por las caderas, sin apartar la boca de sus labios-. Pensaba que nunca lo preguntarías.

- No quería que la pizza se enfriara.

- ¿sigues con hambre? –bajó un dedo por el centro de su cuerpo para jugar con el cinturón de la bata.

Ella le sacó la camisa de los vaqueros.

- Ahora que lo mencionas, quizá sí –rió cuando la alzó en vilo.

Se dirigió hacia el dormitorio, decidido a darle otra sorpresa. La depositó en la cama, tumbándose a su lado mientras le llenaba el rostro de besos leves y tentadores.

Los dedos de Althea se hallaban ocupados desabrochándole los botones de la camisa. Sabía lo que la esperaba y estaba preparada, y ansiosa, para la tormenta, el fuego y la invasión de sensaciones. Cuando las manos apartaron el algodón y encontraron una piel cálida y firme, emitió un gemido bajo y satisfecho.

El siguió besándola y mordisqueándola mientras ella lo desnudaba. En sus movimientos había una energía frenética que prometía algo salvaje y febril. Cada vez que Colt sentía una punzada de deseo, absorbía el impacto y continuaba con su rimo relajado.

- Te deseo –impaciente, Althea giró la boca hacia la suya y se arqueó contra el.

Colt desconocía que dos palabras jadeantes pudieran hacerle hervir la sangre. Pero sería demasiado fácil tomar lo que ella ofrecía y perder lo que aún retenía.

- Lo se. Puedo probarlo –volvió a besarla con tanta ternura que le provocó otro gemido. La mano que había estado cerrada sobre el hombro de Colt quedó laxa-. Y yo te deseo –murmuró, echándose hacia atrás para contemplarla-. Toda –fascinado, el paso los dedos por el cabello, extendiéndolo hasta que encendió la sabana blanca. Luego bajó para darle un beso gentil sobre la sien herida.

La emoción provocó un nudo en la garganta de Althea.

- Colt...

- Sss... Solo quiero mirar – y miró, mientras pasaba la yema de un dedo por sus facciones y le acariciaba el labio inferior con el pulgar, para bajarlo por la mandíbula y posarlo unos momentos en el pulso que palpitaba en el cuello-. El sol se esta poniendo –susurró-. La luz realiza cosas increíbles sobre tu cara, tus ojos. Ahora son dorados, con motas más oscuras, de la tonalidad del brandy. Jamás he visto ojos como los tuyos. Pareces salida de un cuadro. Pero puedo tocarte –deslizó el pulgar por el cuello-, sentir como tiembles, saber que eres real.

- No necesito palabras –alzó una mano para acercarlo otra vez a ella y desterrar la necesidad.

- Claro que si –sonrió un poco. Es posible que no haya encontrado las adecuadas, pero las necesitas –fue a pegar los labios a su muñeca y notó la marca leve de los moratones. Y recordó.

Frunció el ceño cuando se sentó a horcajadas sobre ella y le tomó ambas manos. Examinó las muñecas con cuidado.

- Yo te hice esto.

“Santo Dios”, pensó ella. “tiene que haber un modo de ponerle fin a este terrible temblor”.

- No importa. Estabas molesto. Hazme el amor.

- No me gusta saber que te puedo lastimar cuando estoy enfadado, o que es posible que vuelva a hacerlo –con sumo cuidado, le besó cada muñeca-. Haces que resulte demasiado fácil olvidar lo suave que eres, Althea –las mangas de la bata bajaron por sus brazos y la besó hasta el codo-. Lo pequeña y perfecta que eres. He de demostrártelo.

Pasó una mano bajo la cabeza de ella y le alzó la cara, dejando que el pelo cayera como una cascada. Poseyó otra vez su boca, saboreando un beso profundo y soñador que hizo que Althea se sintiera ingravida. Colt sintió que otra capa se disolvía. Con músculos temblorosos, ella le rodeó el cuello con los brazos.

No sabía lo que le hacía, solo que era incapaz de pensar, de resistir. Había estado preparada para la necesidad, y él le había dado ternura. ¿Qué defensa podía haber contra la pasión y sus suave envoltorio de dulzura? Quiso decirle que la seducción era innecesaria, pero resultaba glorioso rendirse a los secretos que Colt desentrañaba con esa boca devastadoramente suave y esas manos lentas y hábiles.

Volvió a depositarla sobre la cama y Althea oyó el susurro de la bata mientras se al bajaba para desnudarle los hombros, para liberarlos con el fin de ofrecerle besos con la boca abierta mientras con la lengua dejaba un rastro húmedo.

Colt notó el instante en que ella se dejó ir. Experimentó el calor del triunfo cuando las manos de Althea, tan suaves como las suyas propias, comenzaron a acariciarlo. Resistió el impulso de acelerar el ritmo y la exploró por encima de la bata, por debajo, una y otra vez, a medida que el cuerpo de ella se derretía como cera caliente.

En ningún momento dejó de observar la cara de Althea, excitado por cada destello de emoción, tentado por el modo en que contenía el aliento, para luego soltarlo cuando sentía su contacto. Habría jurado que la sintió flotar al desnudarla por completo.

Entonces ella abrió los ojos, oscuros y pesados, Colt comprendió que, aunque se había entregado, no iba a mostrarse pasiva. Sus manos también eran exhaustivas, tocando, poseyendo, con la misma ternura insoportable.

Hasta que quedó tan seducido como ella.

Gemidos suaves y roncros. Secretos contados en susurros. Caricias prolongadas. El sol se perdió en el crepúsculo y este en la noche. Había necesidad, pero no la precipitación febril de saciarla. Había placer, el deseo somnoliento de prolongarlo.

El tocó y ella tembló. Ella probó y él fue dominado por un escalofrío.

Cuando al fin se introdujo en su interior, Althea sonrió y lo abrazó. El ritmo que establecieron fue paciente, cariñoso y tan verdadero como la música. Ascendieron juntos, hasta que el jadeo de Colt imitó el de ella. Y luego flotaron de regreso a la tierra.

Althea yació largo rato en silencio, aturdida por lo sucedido. El le había dado algo y, a cambio, ella le había devuelto el gesto libremente. No era algo que pudiera recuperarse. Se preguntó qué pasos podría dar una vez que había descubierto que estaba enamorada.

Por primera y única vez en su vida.

Quizá pasara. Una parte de ella se encogió ante la idea de perder lo que acababa de encontrar. Sin importar la firmeza con que se recordó que su vida era tal como la quería, no fue capaz de pensar con profundidad como sería sin él.

Sin embargo, no tenía elección. Colt se marcharía. Y ella sobreviviría.

- Vuelves a pensar –se puso de espaldas y la rodeo con un brazo para acercarla-. Casi puedo oír los engranajes de tu cerebro –contento, le beso el pelo y cerro los ojos-. Dime que es lo primero que pasa por tu cabeza.

- ¿Qué? No...
- No, no, no lo analices. Es una prueba. Lo primero, Thea. Ahora.
- Me preguntaba cuando te marcharías –se oyó musitar. A Wyoming.
- Ah –sonrió con expresión complacida-. Me gusta saber que soy lo primero que ocupa tu mente.

- No te vuelvas presumido, Nightshade.
- De acuerdo. No he hecho ningún plan concreto. Primero debería atar algunos cabos sueltos.
- ¿Cuáles?
- Tú, para empezar. No hemos fijado una fecha.
- Colt...

El volvió a sonreír. Quizá fuera una fantasía, pero en vez de irritación, le pareció captar exasperación. En su tono de voz.

- Sigo prefiriendo la nochevieja... supongo que me he vuelto sentimental, aunque tenemos tiempo para hablarlo. Luego está el hecho de que no he terminado lo que me ha traído aquí.

- ¿A que te refieres? –levantó la cabeza-. Has encontrado a Liz.

- No basta –los ojos le brillaron en la oscuridad-. No tenemos al jefe. No habrá terminado hasta que lo capturemos.

- Eso es algo que ha de preocuparnos a mí y al departamento. Aquí no hay sitio para las venganzas personales.

- No he dicho que fuera una venganza –aunque lo era-. Pretendo cerrar el caso, Althea. Me gustaría que siguiéramos trabajando juntos.

- ¿Y si mi respuesta es no?

- Me esforzaría al máximo en conseguir que cambiaras de parecer. Quizá no lo hayas notado, pero puedo ser tenaz.

- Lo he notado –murmuró. Una parte de ella resplandecía ante la idea de que su sociedad no hubiera terminado-. Supongo que puedo darte unos días más.

- Bien –se movió para pasarle una mano por la cadera-. ¿incluyes en la oferta unas noches más?

- Supongo que podría –esbozó una sonrisa traviesa. Si haces que merezca la pena.

- Oh, lo haré –bajo la cabeza-. Es una promesa.

- 11

Con el grito aún desgarrándole la garganta, Althea se sentó en la cama. Ciega de terror y furia, luchó contra los brazos que la rodeaban mientras respiraba hondo para volver a gritar. Podía sentir las manos de él tocándola, calientes, violentas. Pero en esa ocasión... “Dios, que en esta ocasión...”.

- Althea –Colt la sacudió, obligándose a mantener la voz serena, aunque el corazón le palpitaba desbocado-. Althea, despierta. Estas soñando.

Ella se abrió paso entre los bordes resbaladizos del sueño, sin dejar de debatirse. La realidad era una luz débil a las oscuras profundidades de la pesadilla. Con un último esfuerzo, logró aferrarla.

- Tranquila, tranquila... -conmocionado todavía proel grito que lo había despertado, la acunó, pegándola a su cuerpo y sintiendo el grito sudor que la dominaba-. Tranquila, cariño. Agárrate a mí.

- Oh, Dios... -sollozó al enterrar la cara en el hombro de él. Cerró con impotencia las manos a su espalda-. Oh, Dios... Oh, Dios...

- Ya ha pasado -continuó tranquilizándola cuando ella lo abrazó con más fuerza-. Estoy aquí. Tenías un sueño, eso es todo. Solo soñabas.

Había logrado escapar de la pesadilla, pero había regresado con el temor, demasiado grande para permitir que se sintiera avergonzada. Temblando, se agarró a él y trató de absorber la fuerza que emitía.

- Dame un minuto. En un minuto estaré bien -se dijo que los temblores pasarían, que las lágrimas se secarían, que el miedo se desvanecería-. Lo siento -pero nada paraba-. Dios, lo siento.

- Simplemente relájate -temblaba como un pájaro y parecía igual de frágil-. ¿Quieres que encienda a luz?

- No -apretó los labios con la esperanza de serenar la voz. No quería luz. No quería que la viera hasta que hubiera podido recuperarse-. No. Deja que beba un poco de agua. Estaré bien.

- Iré a buscarla -le apartó el pelo de la cara y la vio llena de lágrimas-. Vuelvo en seguida.

Althea subió las rodillas hasta el pecho cuando se quedó sola. «Control», se ordenó, pero apoyó la cabeza en las rodillas. Mientras escuchaba el sonido del grifo y veía el haz de luz a través de la puerta del cuarto de baño, respiró hondo.

- Lo siento, Nightshade -dijo cuando regresó-. Supongo que te he despertado.

- Supongo que sí -notó que la voz de ella era más firme. Pero no las manos. Se las tomó y alzó el agua a sus labios-. Debí de ser una mala pesadilla.

El agua le alivió la garganta seca.

- Sí. Gracias -le devolvió el vaso, abochornada de no ser capaz de sostenerlo. El lo dejó en la mesita de noche antes de echarse a su lado.

- Cuéntamela.

- Achácala al día duro que hemos tenido y a la pizza -se encogió de hombros.

Con firmeza y suavidad le tomó la cara entre las manos. La luz que había dejado encendida en el cuarto de baño proyectaba un destello tenue. Gracias a ella pudo ver lo pálida que estaba.

- No. No voy a descartar esto, Thea. No vas a hacerme a un lado. Gritabas -ella intentó girar la cara, pero Colt no se lo permitió-. Sigues temblando. Puedo ser tan obstinado como tú, y ahora mismo creo que tengo ventaja.

- Ha sido una pesadilla -quiso mostrarse furiosa con él, pero no halló fuerzas-. La gente tiene pesadillas.

- ¿Con qué asiduidad la sufres?

- Con ninguna -levantó una mano cansada y se mesó el pelo-. No la tenía desde hace años. No sé qué la provocó.

El creía saberlo. Y a menos que estuviera muy equivocado, creía que también Althea lo sabía.

- ¿Tienes una camiseta, un camisón o algo por el estilo? Estás helada.

- Iré a buscarlo.

- Dime dónde está -el suspiro rápido e irritado de ella lo tranquilizó.

- En el cajón superior de la cómoda. A la izquierda.

Se levantó y al abrir el cajón sacó lo primero que tanteó. Antes de pasársela por la cabeza, notó que era una camiseta de talla grande.

- Bonita lencería la que usas, teniente.
- Cumple con su función.

Se la puso y le colocó unas almohadas bajo la cabeza, como haría una madre con una niña mimada.

- No me gusta que me arropen -comentó con el ceño fruncido.
- Sobrevivirás.

Al quedar satisfecho de que se encontraba cómoda, se puso los vaqueros. Lo quisiera o no, decidió que iban a hablar. Se sentó junto a ella. Le tomó la mano y aguardó hasta que lo miró a los ojos.

- La pesadilla. Tenía que ver con el momento en que te violaron, ¿verdad? -los dedos de ella se pusieron rígidos en su mano-. Te dije que te había oído hablar con Liz.

- Fue hace mucho tiempo. No es algo que tenga que ver con el presente.

- Lo tiene, cuando despiertas gritando. La situación por la que ha pasado Liz hizo que lo recordaras todo.

- Muy bien. ¿Y qué?

- Confía en mí, Althea -musitó sin dejar de mirarla-. Deja que te ayude.

- Duele -se oyó responder. Luego cerró los ojos. Era la primera vez que reconocía eso ante alguien-. No todo el tiempo. Ni siquiera la mayor parte. De vez en cuando aparece por sorpresa y me desgarras.

- Quiero entenderlo -le besó las manos. Cuando ella no intentó apartarse, las dejó bajo sus labios-. Cuéntamelo.

No sabía por dónde empezar. Lo más seguro parecía hacerlo por el principio. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró otra vez los ojos.

- Mi padre bebía y, cuando lo hacía, se emborrachaba, y entonces se tornaba un hombre mezquino. Tenía manos grandes -cerró las suyas y se obligó a relajarlas-. Las empleaba contra mi madre, contra mí. Mi primer recuerdo es de esas manos, de la ira que había en ellas, que yo era incapaz de comprender y a la que no podía oponerme. A él no lo recuerdo muy bien. Una noche se enfrentó a alguien más mezquino y terminó muerto. Yo tenía seis años -abrió los ojos al entender que era otra manera de ocultarse-. Cuando ya no estuvo, mi madre decidió seguir por dónde él lo había dejado... con la botella. No bebió tanto como él, pero fue más consistente.

- ¿Tenías a alguien más?

- Abuelos por el lado materno. Desconocía dónde vivían. Jamás los vi. Dejaron de hablar con su hija cuando se fugó con mi padre.

- Pero, ¿conocían tu existencia?

- De ser así, no les importaba.

Él no dijo nada, tratando de asimilarlo. Pero le fue imposible entender esa indiferencia.

- Muy bien. ¿Qué hiciste?
 - Cuando eres una niña, no haces nada -expuso-. Te encuentras a merced de los adultos, y la realidad es que muchos adultos son implacables -se detuvo un momento para recuperar el hilo de la historia-. Cuando yo tenía unos ocho años, ella salió, salía mucho, pero en esa ocasión no regresó a casa. Un par de días más tarde, un vecino llamó a los Servicios Sociales. Y me introdujeron en el sistema - alargó la mano hacia el vaso de agua. En esa ocasión no le tembló-. Es una historia larga y típica.
 - Quiero oírla
 - Me colocaron en un hogar adoptivo -bebió un sorbo. No tenía sentido contarle lo asustada y perdida que se había sentido. Los hechos eran más que suficientes-. Estaba bien. Decente. Pero entonces encontraron a mi madre, la reprendieron, le dijeron que se regenerara y me devolvieron a su custodia.
 - ¿Por qué diablos hicieron eso?
 - Las cosas eran diferentes entonces. El tribunal creyó que el mejor sitio para una niña era con su madre. De todos modos, no pasó mucho sin que volviera a beber y el ciclo se reanudara. Me fugué un par de veces, pero siempre me encontraban. Más hogares adoptivos. No te dejan en uno mucho tiempo, en particular cuando eres reincidente. Por aquel entonces yo había desarrollado mi propia veta mezquina.
 - No me extraña.
 - Conocí todo el sistema. Asistentes sociales, tribunales, consejeros escolares. Todos sobrecargados de casos. Mi madre se enganchó con otro tipo y decidió largarse para siempre. Creo que se fue a México. Sea como fuere, no regresó. Yo tenía doce o trece años. Odiaba no poder manifestar dónde quería ir, dónde quería estar. Me fugaba a la primera oportunidad que se me presentaba. De modo que me etiquetaron como una delincuente juvenil y me encerraron en un hogar para chicas, lo más parecido a un reformatorio -esbozó una sonrisa carente de humor-. Eso me provocó miedo. Era duro, semejante a una prisión. De modo que me reformé y me comporté bien. Con el tiempo volvieron a destinarme a un hogar adoptivo.
- Vació el vaso y lo dejó en la mesita. Sabía que no tendría las manos firmes mucho tiempo.
- Temía que si esa vez no conseguía hacer que funcionara, me devolvieran al hogar para chicas hasta cumplir los dieciocho años. Así que me esforcé. Era una pareja agradable, ingenua, quizá, pero con buenas intenciones. Querían hacer algo para reparar los errores de la sociedad. Iban a manifestaciones contra las plantas nucleares, hablaban de adoptar a un huérfano vietnamita. Supongo que en ocasiones me burlaba de ellos a sus espaldas, pero me gustaban de verdad. Fueron amables conmigo - guardó silencio y él no dijo nada, dándole tiempo para que continuara-. Me pusieron límites buenos y me trataron con justicia. Pero había un inconveniente. Tenían un hijo de diecisiete años, capitán del equipo de fútbol y estudiante de primera. El ojito derecho de ellos. Un verdadero joven de compañía.
 - ¿Joven de compañía?
 - Ya sabes, ese que es toda educación y cortesía por fuera, lleno de encanto. Pero que por detrás de la fachada es basura. No puedes llegar a esa basura porque no dejas de resbalar con su fachada pulida; sin embargo, está ahí -le brillaron los ojos al recordar-. Pero yo podía verla. Odiaba cómo me miraba cuando ellos no lo veían -respiraba más deprisa, pero aún mantenía la voz controlada-. Como si fuera un pedazo de carne para su evaluación. Ellos ni lo notaban. Lo único que veían era a ese hijo

perfecto que jamás les había dado un dolor de cabeza. Y una noche, cuando habían salido, él regresó a casa después de una cita. Dios.

- Está bien, Thea -cuando ella se cubrió la cara con las manos, la abrazó-. Ya es suficiente.

- No -movió la cabeza con violencia y se echó para atrás. Si había llegado tan lejos, lo terminaría-. Estaba enfadado. Supongo que su chica no se había rendido a sus muchos encantos. Entró en mi dormitorio. Cuando le dije que saliera, se rió y me recordó que era su casa y que estaba allí solo porque sus padres sentían pena de mí. Desde luego, tenía razón.

- No, no la tenía

- Tenía razón en eso -insistió Althea-, no en lo demás. Y se bajó la cremallera de los pantalones. Corrí hacia la puerta, pero él volvió a echarme sobre la cama. Me golpeé la cabeza con fuerza contra la pared. Recuerdo haber estado mareada unos momentos y oírle decir que las chicas como yo por lo general cobraban, pero que debía de sentirme halagada de que me prestara atención. Se metió en la cama. Lo abofeteé, lo maldije. El me golpeó y me inmovilizó. Me puse a gritar. No dejé de gritar una y otra vez mientras me violaba. Al terminar, yo había dejado de gritar. Solo lloraba. Salió de la cama y se subió los pantalones. Me advirtió que si se lo contaba a alguien, lo negaría. Que a quién iban a creer, a alguien como él o a alguien como yo. El era puro, de manera que no había dudas. Y siempre podría conseguir que cinco de sus amigos dijeran que había estado dispuesta a acostarme con ellos. Luego me devolverían al hogar para chicas.

»Así que no dije nada, porque no había nada que decir ni nadie a quién decírselo. Durante el mes siguiente me violó dos veces más, antes de que acopiara valor para volver a fugarme. Desde luego, me encontraron. Quizá en esa ocasión quería que lo hicieran. Me quedé en el hogar hasta cumplir los dieciocho años. Y, cuando salí, supe que nadie volvería a ejercer jamás sobre mí ese tipo de control. Nadie volvería a hacerme sentir que no era nada.

Sin saber bien qué hacer, con gesto tentativo, él alargó una mano para secarle una lágrima de la mejilla.

- Has hecho que tu vida mera algo importante, Althea.

- Hice que fuera mía -suspiró y con energía se secó las lágrimas-. No me gusta pensar en lo que ya ha pasado, Colt.

- Pero está ahí.

- Está ahí -acordó-. Intentar conseguir que desaparezca solo lo acerca a la superficie. También he aprendido eso. En cuanto aceptas que solo forma parte de lo que hace que seas tú, deja de ser tan vital. No me hizo odiar a los hombres, ni a mí misma. Hizo que comprendiera lo que es ser una víctima.

Tuvo ganas de abrazarla, pero temió que ella no quisiera que la tocara.

- Ojalá pudiera lograr que el dolor se desvaneciera.

- Son cicatrices viejas -murmuró-. Solo duelen en contados momentos -percibió el retraimiento de él y sintió que el dolor se extendía-. Soy la misma persona que era antes de contártelo. El problema es que cuando la gente oye una historia así, cambia.

- Yo no he cambiado -fue a tocarla, pero se re-tiró-. Maldita sea, Thea, no sé qué decirte. Qué hacer por ti -se levantó y se puso a caminar-. Podría prepararte un poco de té.

- ¿La cura para todo de Nightshade? -casi rió-. No, gracias.

- ¿Qué quieres? -instó él-. Dímelo.

- ¿Por qué no me dices lo que tú quieres?

- Lo que yo quiero -se dirigió a la ventana y giró hacia ella-. Quiero volver a cuando tenías quince años y romperle la cara a ese hijo de perra. Quiero hacerle cien veces más daño del que él te hizo a ti. Luego quiero ir más atrás y romperle las piernas a tu padre, y de paso patearle el culo a tu madre.

- Pues no puedes -indicó con frialdad-. Elige otra cosa.

- ¡Quiero abrazarte! -gritó, metiendo las manos en los bolsillos-. ¡Pero me da miedo tocarte!

- No quiero tu té ni tu simpatía. De modo que si es lo único que tienes para ofrecer, será mejor que te vayas.

- ¿Es lo que quieres?

- Lo que yo quiero es que se me acepte por quien soy. No que se pase a mí alrededor de puntillas como si fuera una inválida por haber sobrevivido a la violación y el abuso.

Fue a replicarle, pero se contuvo. Comprendió que no pensaba en ella, sino en su propia ira, en su propia impotencia y dolor. Despacio regresó a la cama y se sentó a su lado. Los ojos de Althea se-guían húmedos; los vio brillar en la oscuridad. La rodeó con un brazo y con gentileza la acercó hasta que ella apoyó la cabeza en su hombro.

- No me voy a ninguna parte -musitó-. ¿De acuerdo?

- De acuerdo -suspiró. Althea despertó al amanecer con dolor de cabeza. Al instante supo que Colt no se hallaba a su lado. Cansada se puso boca arriba y se frotó los ojos hinchados.

Se preguntó que había esperado. Ningún hombre se sentiría cómodo con una mujer después de escuchar la historia que le había contado. No supo por qué había abierto su pasado de esa manera. ¿Cómo podía haberle confiado fragmentos de si misma que nunca le había revelado a nadie?

Incluso a Boyd, la persona a la que consideraba su mejor amigo, solo estaba al corriente de los hogares adoptivos. En cuanto a lo demás, lo había enterrado... hasta la noche anterior.

Volvió a suspirar, se incorporó y apoyó la frente en las rodillas.

Estaba enamorada de Colt. Ridículo como era, debía enfrentarse a la verdad. “Y”, tal como siempre había sospechado, “el amor te vuelve estúpida, vulnerable e infeliz”.

Pensó que tenía que haber un remedio. U suero que pudiera tomar. Como un antídoto para una mordedura de serpiente.

El sonido de pisadas hizo que alzarla la cabeza. Abrió mucho los ojos al ver a Colt entrar con una bandeja en las manos.

El dispuso de una fracción de segundo para leer su reacción antes de que se la ocultara. Con pensamiento sombrío comprendió que Althea había creído que se había marchado. Tendría que enseñarle que iba a quedarse, sin importarlo mucho que se afanara en echarlo.

- Buenos días, teniente.

Con cautela, lo observó al acercarse la cama y esperó hasta que depositó la bandeja a sus pies.

- ¿Qué celebramos? -indicó los platos con tostadas francesas.

- Te debía un desayuno, ¿recuerdas?

- Sí -alzó la vista a su cara. El amor aún hacía que se sintiera estúpida y vulnerable, pero ya no infeliz-. Eres un mago en la cocina.

- Todos tenemos nuestros talentos -se sentó con las piernas cruzadas del otro lado de la bandeja y comenzó a comer-. He pensado... -masticó y tragó... que después de casarnos, yo podré encargarme de la cocina y tú de la colada.

Ella soslayó la oleada de pánico y tragó el primer mordisco.

- Deberías consultar con alguien acerca de esa obsesiva fantasía vital que tienes, Nightshade.

- Mi madre se muere por conocerte -sonrió al ver que se le caía el tenedor en el plato-. Mi padre y ella te envían saludos.

- Tú... -no encontró palabras.

- Los dos conocen a Liz. Los llamé para tranquilizarlos y les hablé de ti -con una sonrisa, le apartó el pelo de los hombros-. A ella le gustaría una boda en primavera... ya sabes, esas cosas de las novias en junio. Pero le dije que no pensaba esperar tanto.

- Estás loco.

- Es posible -la sonrisa se desvaneció-. Pero soy tuyo, Thea. Estoy aquí de verdad, y no pienso largarme.

- Escucha, Colt -«prueba con la lógica», se dijo-. Te tengo mucho cariño, pero...

- ¿Qué? -volvió a sonreír-. ¿Que me tienes qué?

- Cariño -soltó, furiosa de causarle tanta gracia.

- Eufemismos -le palmeó la mano con afecto y movió la cabeza-. Me decepcionas. Te había considerado una persona directa.

- Cállate y déjame comer -«al cuerno la lógica».

Obedeció, ya que eso le daba tiempo para pensar y para estudiarla. Seguía un poco pálida, y tenía los ojos hinchados de haber llorado la noche anterior. Pero no quería permitirse ser frágil. Debía admirar su inagotable energía. Recordó que ella no deseaba simpatía, sino comprensión. Pero iba a tener que aceptar ambas cosas de él.

- ¿Cómo está el café?

- Bueno -y como el desayuno que le había preparado ya había conquistado su dolor de cabeza, cedió-. Gracias.

- De nada -se adelantó y le rozó los labios con los suyos-. Supongo que no puedo interesarte en un revolcón después del desayuno.

- He de postergarlo -sonrió, relajada, y le dio otro beso. Cerró los dedos sobre la medalla que él tenía al cuello-. ¿Por qué la llevas?

- Me la regaló mi abuela. Decía que cuando un hombre está decidido a no asentarse en un sitio, debería tener alguien que velara por él. Hasta ahora ha funcionado muy bien -depositó la bandeja en el suelo y luego alzó a Althea en brazos.

- Nightshade, he dicho...

- Lo sé, lo sé -la acomodó-. Pero se me ha ocurrido que si teníamos el revolcón en la ducha, podríamos no salirnos de nuestra agenda.

Ella rió y le mordisqueó el hombro.

Tenía que encajar un día completo en veinticuatro horas. La esperaba una montaña de papeleo y necesitaba hablar con Boyd acerca del interrogatorio al que someterían a Kline y a Donner antes de verlo en persona. Por motivos personales y profesionales, quería entrevistar otra vez a Liz.

Se sentó y con meticulosidad comenzó a revisar los papeles.

- Perdona, teniente -Cilla llamó a la puerta abierta-. ¿Tienes un momento?

- Sí para la mujer del capitán -sonrió y le indicó que pasara-. Dispongo de un minuto y medio. ¿Qué haces por aquí?

- Boyd me lo ha contado -se inclinó y con ojos penetrantes de mujer vio, más allá del maquillaje, que había pasado una noche difícil-. ¿Te encuentras bien?

- Estoy bien. He llegado a la conclusión de que cualquiera que por propia voluntad decide salir de acampada necesita ayuda psiquiátrica inmediata, pero fue una experiencia.

- Deberías probar con tres niños.

- No -repuso con rotundidad-. No lo creo.

Cilla rió y se sentó en el borde de la mesa.

- Me alegro mucho de que Colt y tú encontrarais a la chica ¿Cómo está?

- Será duro durante un tiempo, pero saldrá adelante.

- A esos miserables habría que... -le brillaron los ojos pero calló-. No he venido a hablar con la policía.

- ¿Oh?

- Sino del pavo de Acción de Gracias. No me mires así -adelantó el mentón, lista para la batalla-. Todos los años tienes una excusa para no venir a cenar, y esta vez no la aceptaré.

- Cilla, sabes que agradezco la invitación.

- Y un cuerno. Eres de la familia. Queremos que vengas -incluso mientras Althea movía la cabeza, Cilla insistió-. Deb y Gage van a venir. Hace un año que no los ves.

Althea pensó en la hermana menor de Cilla y en el marido de aquella. Le encantaría verla de nuevo. Se habían hecho amigas mientras Deborah terminaba la carrera en Denver. Y Gage Guthrie. Frunció los labios al pensar en él. Le caía muy bien, y hasta un ciego habría visto que adoraba a su mujer. Pero había algo en él... algo que no lograba descifrar. No malo ni que despertara preocupación, pero algo.

- Vuelve a la realidad -dijo Cilla.

- Lo siento -se ocupó de los papeles que atestaban la mesa-. Sabes que me encantaría verlos otra vez, pero...

- Vienen con Adrianna -el arma secreta de Cilla era la hija pequeña de su hermana, a quien Althea solo había visto en fotos y vídeos-. Las dos sabemos que los bebés te vuelven loca.

- He de mantener una reputación -suspiró y se recostó en la silla-. Sabes que los quiero ver, a todos. Y como estoy segura de que se quedarán a pasar el fin de semana entero, lo haré. Iré el sábado.

- Venderás a la cena de Acción de Gracias -se frotó las manos al erguirse- Este año vas a venir, aunque tenga que decirle a Boyd que te dé la orden. Voy a disfrutar de la presencia de la familia. De toda la familia.

- Cilla...

- Ya está -cruzó los brazos-. Voy a comentárselo al capitán.

- Estás de suerte -dijo Boyd al llegar a la puerta-. El capitán está disponible. Y te ha traído un regalo -se hizo a un lado.

- ¡Natalie! -con una exclamación de placer, Cilla abrazó con fuerza a su cuñada-. Pensé que estabas en Nueva York.

- Y así era -apartó a Cilla para darle un beso-. Tenía que venir por unos días, y me pareció mejor que esta fuera mi primera parada. Se te ve fantástica.

- Y a ti fenomenal, como siempre -lo cual era verdad. La mujer alta y esbelta con el pelo rubio y el traje de corte conservador siempre haría que las cabezas se volvieran para mirarla-. Los chicos estarán encantados de verte.

- No veo la hora de abrazarlos -se volvió y extendió ambas manos-. Thea. No me creo la suerte de encontrarlos a los tres juntos.

- Me alegro de verte -con las manos aún unidas, Althea acercó la mejilla a la de Natalie. En los años que había sido compañera de Boyd, la hermana menor de este y ella se habían hecho buenas amigas-. ¿Cómo están tus padres?

- Muy bien. Os mandan besos a todos -por costumbre, miró alrededor del despacho-. Thea, ¿no puedes al menos conseguir un espacio con una ventana?

- Me gusta este. Menos distracciones.

- En cuanto llegue a la emisora, llamaré a María -anunció Cilla-. Preparará algo especial para esta noche. Venderás, Thea.

- No me lo perdería por nada del mundo.

- ¿Qué es esto? -inquirió Colt al intentar entrar en el despacho-. ¿Una conferencia? Thea, vas a tener que conseguir un despacho mayor... -calló y se quedó boquiabierto-. ¿Nat?

- ¿Colt? -la expresión aturdida de ella reflejó la de él.

- Que me aspen -esbozó una sonrisa y empujó a Boyd para ir a abrazar a Natalie y alzarla del suelo-. Por todos los diablos. La preciosa Natalie. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Seis años?

- Siete -le dio un beso en los labios-. Nos encontramos en San Francisco.

- Sí, en el partido de los Giants. Estás mejor que nunca.

- Estoy mejor que nunca. ¿Por qué no tomamos una copa luego y nos ponemos al día?

- En realidad... -calló al mirar a Alinea. Estaba sentada en el borde de la mesa, observando la reunión con expresión de leve curiosidad e interés cortés. Al darse cuenta de que aún tenía a Natalie por la cintura, bajó rápidamente los brazos a los costados-. En realidad, yo... -¿cómo se suponía que un

hombre iba a hablar con una vieja amiga cuando la mujer a la que amaba lo estudiaba como si fuera algo aplastado sobre un portaobjetos de cristal?

Natalie captó la mirada que pasó entre Althea y Colt. Sorprendida al principio, tuvo que ocultar una risita con un carraspeo. «Vaya, vaya», pensó, «he llegado en un momento en que se cuece algo interesante». No pudo evitar remover la olla.

- Colt y yo nos conocemos desde hace tiempo -le dijo a ella-. Siendo adolescente estaba loca por él -le sonrió con gesto perverso a él-. Llevo años esperando que se aproveche de eso.

- ¿En serio? -Althea se llevó un dedo a los labios-. No me parece de los lentos. Un poco denso, tal vez, pero no lento.

- Tienes razón en eso. Pero también es guapo ¿verdad?-le guiñó un ojo.

- De una manera más bien evidente -convino Althea, disfrutando con la incomodidad de Colt- ¿Por qué tú y yo no tomamos esa copa luego, Natalie? Creo que tenemos mucho de qué charlar.

- Desde luego.

- No creo que este sea el sitio idóneo para arreglar compromisos sociales -consciente de que lo superaban, Colt metió las manos en los bolsillos- Althea parece ocupada.

- Oh, dispongo de uno o dos minutos. ¿Qué haces en la ciudad, Natalie?

- He venido por negocios. Siempre es grato cuando puedes mezclarlos con el placer. Tengo una reunión urgente en una hora con la junta directiva sobre una de nuestras propiedades de la parte residencial de la ciudad. Tener una inmobiliaria es un trabajo a tiempo completo. Sin una dirección adecuada, puede resultar un gran dolor de cabeza --explicó.

- No será en la Segunda Avenida, ¿verdad? -inquirió Althea.

- Mmm, no. ¿Hay alguna en venta? -no pudo evitar reír-. Deformación profesional -indicó- Hay algo especial en tener propiedades, incluso con todos los problemas que acarrear.

- ¿Cuál es el problema ahora? -preguntó Boyd, tratando de sentir algo de interés.

- El encargado decidió subir todos los alquileres y quedarse con la diferencia -repuso Natalie con ojos duros, en marcado contraste con su rostro suave y precioso-. Odio que me engañen.

- Orgullo -Boyd apoyó un dedo en su nariz-. Odias cometer un error.

- No cometí ningún error -alzó el mentón-. El curriculum del hombre era sobresaliente - cuando su hermano continuó con la sonrisa, le hizo un mohín-. El problema radica en que hay que darle autonomía a un encargado. No puedes estar en todas partes a la vez. Recuerdo a un encargado que tuvimos que dirigía un negocio de juego en un apartamento vacío. Lo mantenía alquilado bajo un nombre falso -continuó, casi divertida-. Incluso había rellenado la solicitud, completa con referencias falsas. Obtenía suficientes beneficios del juego como para permitirse el gasto adicional del alquiler, que pagaba religiosamente. Jamás me habría enterado si alguien no hubiera llamado a la policía, que fue a investigar el garito. Resultó que ya había hecho lo mismo en otras ocasiones.

- Santo cielo -comentó Althea, aturdida.

- Oh, no fue tan malo -prosiguió Natalie-. En realidad, animó un poco la monotonía. Lo que pasa... ¿de qué se trata? -preguntó cuando Althea se levantó de un salto.

- Vamos -Colt ya iba hacia la puerta.

Althea recogió la chaqueta y corrió tras él.

- Boyd, comprueba a...
- Nieman -dijo él a su espalda-. Lo tengo. ¿Queréis apoyo?
- Te lo haré saber.

Cuando el despacho se vació, Natalie alzó las manos y miró a Cilla.

- ¿A qué se ha debido eso?
- Policías -resumió Cilla con un encogimiento de hombros.

12

- No puedo creer que dejáramos pasar eso -Colt cerró la puerta del jeep y arrancó. En esa ocasión no se molestó en quitar la multa del parabrisas.

- Seguimos una corazonada -le recordó Althea-. Quizá no nos lleve a ninguna parte.
- No te lo crees.

- Reconozco que concuerda -cerró los ojos un momento, dejando que las cosas encajaran en su sitio-. Ni un solo vecino puede decir que ha visto al señor Davis. Quizá porque nunca estuvo allí.

- ¿Y quién tendría acceso al ático? ¿Quién podría haber falseado las referencias? ¿Quién podría haberse movido por el edificio sin llamar la atención, porque siempre estaba allí?

- Nieman.
- Te dije que era una comadreja -soltó Colt con los dientes cerrados.

Con cautela, se vio obligada a estar de acuerdo.

- No te adelantes, Nightshade. Vamos a interrogarlo. Eso es todo.

- Voy a obtener respuestas -espetó-. Eso es todo.

- No hagas que tenga que imponer el rango, Colt -musitó, calmándolo-. Vamos a hacerle algunas preguntas. Quizá consigamos que cometa un desliz. Aunque es posible que tengamos que marcharnos sin él. Sin embargo, ahora disponemos de un sitio por el que empezar a investigar.

- Seguiré tus pautas -«por el momento», pensó.

Se detuvo ante un semáforo en rojo y martilleó con impaciencia los dedos sobre el volante-. Me gustaría... mmm... explicarte lo de Nat.

- ¿Explicar qué?

- Que no somos... no fuimos. Jamás -indicó con vehemencia-. ¿Entendido?

- ¿De verdad? -estaba segura de que más adelante reiría, en cuanto no tuviera tantas cosas en la cabeza. No obstante, no estaba tan preocupada como para no provocarlo-. ¿Por qué no? Es hermosa, es divertida y es inteligente. Eso te gusta, Nightshade.

- No es que no me gustara... quiero decir, se me pasó por la mente. Empecé a... -maldijo y arrancó cuando el semáforo cambió-. Era la hermana de Boyd, ¿vale? Antes de que me enterara, también fue como mi hermana, así que no podía... pensar en ella de esa manera.

- ¿Por qué te disculpas? -lo miró con curiosidad.

- No lo hago -repuso furioso al darse cuenta de que era exactamente lo que hacía-. Lo explico. Aunque solo Dios sabe por qué. Pensarás lo que te apetezca.

- De acuerdo. Pienso que reaccionas con exceso ante una situación, de manera típica y predeciblemente masculina -sonrió cuando la miró con ganas de matarla-. No te lo echo en cara. No más que si Natalie y tú hubierais estado juntos. El pasado es eso. Lo sé mejor que nadie.

- Supongo que sí -puso cuarta y alargó la mano para tomar la de Althea-. Pero no estuvimos juntos.

- Tendría que decir que tú te lo has perdido. Es preciosa.

- Y tú también.

- Sí, yo también -le sonrió.

Colt aparcó en una zona de carga y descarga. Esperó mientras Althea comunicaba su posición.

- ¿Lista?

- Siempre lo estoy -bajó del vehículo-. Quiero que sea algo ligero -le dijo-. Solo unas preguntas posteriores al caso. No tenemos nada contra él. Nada. Si presionamos demasiado, perderemos nuestra oportunidad. Si tenemos razón...

- Tenemos razón. Lo presiento.

También ella; asintió.

- Entonces quiero desenmascararlo. Por Liz. Por Wild Bill -y supo que por sí misma. Para ayudar a cerrar la puerta que ese caso había vuelto a abrir.

Juntos se dirigieron al apartamento de Nieman. Antes de llamar, Althea le lanzó a Colt una última mirada de advertencia.

- Sí, sí... sonó la voz de Nieman del otro lado de la puerta-. ¿De qué se trata?

- La teniente Grayson, señor Nieman -alzó la placa a la altura de la mirilla-. Policía de Denver. Necesitamos unos minutos de su tiempo.

El otro abrió con la cadena de seguridad puesta. Los estudió a los dos.

- ¿No puede esperar? Estoy ocupado.

- Me temo que no. No nos llevará mucho tiempo, señor Nieman. Es simple rutina.

- Oh, muy bien -de mal humor, quitó la cadena-. Pasen, entonces.

Cuando Althea entró, notó las cajas en la alfombra. Muchas estaban con papeles cortados en tiras.

Le resultó tan delator como una pistola humeante.

- Como pueden ver, me han pillado en un mal momento.

- Sí, lo veo. ¿Se marcha, señor Nieman?

- ¿Cree que me quedaría aquí, trabajaría aquí, después de este... escándalo? -ofendido, se ajustó la corbata prieta-. No. Policía, periodistas, inquilinos. No he tenido ni un momento de paz desde que esto comenzó.

- Estoy convencido de que ha sido una gran molestia para usted -afirmó Colt. Quería poner las manos en esa corbata.

- Desde luego. Bueno, supongo que querrán sentarse -indicó unas sillas-. Pero no puedo dedicarles mucho tiempo. Me quedan cosas por guardar. No confío en que lo hagan los transportistas-añadió-. Son torpes, siempre están rompiendo algo.

- ¿Ha tenido mucha experiencia con traslados? -inquirió Althea mientras sacaba un bloc de notas y un lápiz.

- Naturalmente. Como ya les he explicado la primera vez, viajo. Disfruto de mi trabajo -sonrió-. Pero me resulta tedioso quedarme mucho tiempo en un sitio. Los propietarios siempre necesitan un encargado responsable y con experiencia.

No me cabe ninguna duda -movió el lápiz sobre el bloc-. Los propietarios de este edificio... -adelantó unas hojas.

- Johnston y Croy, S.A.

- Sí -asintió al encontrar la anotación-. Se quedaron muy inquietos al enterarse de las actividades que se llevaban a cabo en el ático.

- No me extraña -se levantó un poco los pantalones y se sentó-. Es una empresa respetable. Con mucho éxito en el Oeste y el Sudoeste. Por supuesto, me echan la culpa a mí. ¿Qué otra cosa cabía esperar?

- ¿Por no haber conducido una entrevista personal con el arrendatario? -instó Althea.

- El objetivo final en el negocio inmobiliario, teniente, es recibir los alquileres con puntualidad y una estancia prolongada de los inquilinos. Yo proporcionaba eso.

- También proporcionó el escenario de un delito.

- No se me puede hacer responsable de la conducta de mis arrendatarios.

Althea decidió que era el momento de correr un riesgo calculado.

- ¿Y usted jamás entró en el ático? ¿Jamás lo comprobó?

- ¿Por qué habría de hacerlo? No tenía motivos para molestar al señor Davis ni de entrar en su casa.

- ¿Jamás entró estando el señor Davis presente?-inquirió.

- Acabo de manifestar que no.

- ¿Y cómo explica sus huellas? -insistió Althea

mirando sus apuntes.

Algo destelló en los ojos de Nieman, pero se desvaneció.

- No sé a qué se refiere.

Decidió insistir un poco más.

- Me preguntaba qué explicación daría si le preguntara que sus huellas fueron halladas en el interior del ático... ya que asevera que nunca entró.

- No veo... -comenzó, nervioso-. Oh, sí, ya lo recuerdo. Unos días antes... antes del incidente... se disparó la alarma de incendios en el ático. Desde luego, utilicé mi llave maestra para investigar cuando nadie respondió a mi llamada.

- ¿Tuvo un incendio? -preguntó Colt.

- No, no, sencillamente un detector de humos defectuoso. Fue algo tan insignificante, que lo olvidé.

- Quizá haya olvidado alguna otra cosa -comentó Althea con cortesía-. Quizá olvidó mencionarnos una cabaña, al oeste de Boulder. ¿También es el encargado de aquella propiedad?

- No sé de qué me habla. La única propiedad que llevo es esta.

- Entonces utiliza la cabaña para descansar -continuó Althea-. Con los señores Donner, Kline y Scott.

- Desconozco la existencia de esa cabaña -repuso con rigidez, aunque una gota de sudor había aparecido en su labio superior-. Tampoco conozco a personas con esos nombres. Ahora tendrán que excusarme.

El señor Scott no puede recibir visitas ahora -informó Althea, sin levantarse-. Pero podemos ir a ver a Kline y a Donner. Eso podría refrescarle la memoria.

- No pienso ir a ninguna parte con ustedes -Nieman se incorporó-. He respondido todas sus preguntas de un modo razonable y paciente. Si persisten en este hostigamiento, me veré obligado a llamar a mi abogado.

- Por favor, hágalo -Althea señaló el teléfono- Puede reunirse con nosotros en la comisaría. Mientras tanto me gustaría que nos dijera dónde estuvo la noche del veinticinco de octubre. Quizá le vendría bien una coartada.

- ¿Para qué?

- Por asesinato.

- Eso es ridículo -sacó un pañuelo del bolsillo exterior de la chaqueta y se secó la cara-. No pueden venir a acusarme de este modo.

- No lo acuso, señor Nieman. Le pregunto donde estuvo el veinticinco de octubre, entre las nueve y las once de la noche. También puede informar a su abogado de que vamos a interrogarlo acerca de una mujer desaparecida conocida como Lacy, y sobre el rapto de Elizabeth Cook, quien en la actualidad se encuentra bajo protección. Liz es una joven brillante y observadora, ¿verdad Nightshade?

- Sí -pensó que Althea era asombrosa. Hacía que Nieman se desmoronara solo con insinuaciones- Entre la declaración de Liz y los bocetos, el fiscal dispondrá de un buen material.

- Creo que no le hemos mencionado los dibujos al señor Nieman -Althea cerró el bloc de notas-. Ni el hecho de que Kline y Donner fueron sometidos ayer a un exhaustivo interrogatorio. Por supuesto, Scott sigue en estado crítico de manera que tendremos que esperar su corroboración.

El rostro de Nieman se puso blanco.

- Mienten. Soy un hombre respetable. Tengo credenciales -se le quebró la voz-. No pueden demostrar nada basándose en la palabra de dos actores miserables.

- Creo que no hemos mencionado que Kline y Donner son actores, ¿o sí, Nightshade?

- No -podría haberla besado-. No lo hemos hecho.

- Debe de ser adivino, Nieman -afirmó ella-. ¿Por qué no vamos a la comisaría y vemos qué más averiguamos?

- Conozco mis derechos -los ojos del encargado brillaron de furia al notar que la trampa se cerraba-. No pienso ir a ninguna parte con ustedes.

- Tendré que insistir -Althea se levantó-. Llame a su abogado, Nieman, pero nos acompañará para ser interrogado. Ahora.

- Ninguna mujer va a decirme lo que puedo hacer -Nieman se lanzó sobre ella y, aunque Althea estaba preparada, Colt se interpuso entre los dos y con una mano lo empujó al sofá.

- Agresión a una agente de la ley -expuso con suavidad-. Creo que lo arrestaremos por ese cargo. Te dará suficiente tiempo para conseguir una orden.

- Más que suficiente -convino ella, sacando las esposas.

- Ah, teniente... -observó mientras con eficacia juntaba las muñecas flacas de Nieman-. Jamás encontraron huellas arriba, ¿verdad?

- Nunca lo he dicho -se echó el pelo para atrás-. Simplemente pregunté qué diría él si le comunicara que las habían encontrado.

- Me equivoqué -concluyó Colt-. Me gusta tu estilo.

- Gracias -satisfecha, sonrió-. Me pregunto qué vamos a encontrar en estas cajas.

Encontraron más que suficiente. Cintas, fotos incluso un diario detallado escrito por el propio Nieman. Registraba todas sus actividades todos sus pensamientos, su odio por las mujeres. Describía como la mujer llamada Lacy había sido asesinada y su cuerpo enterrado detrás de la cabaña

Por la tarde se habían presentado bastantes cargos contra el como para mantenerlo alejado de la sociedad una vida entera.

- Es como un jarro de agua fría -comentó Colt al seguir a Althea a su despacho donde iba a redactar el informe-. Era tan asqueroso, que ni siquiera pude encontrar la energía para matarlo.

- Eres afortunado -se sentó y encendió el ordenador-. Si te sirve de consuelo, creo que no mentía cuando dijo que no tocó a Liz. Apuesto a que su perfil psiquiátrico lo corroborará. Impotencia, acompañada de furia contra las mujeres y tendencias a mirar.

- Si, solo le gustaba mirar – la furia se había evaporado. Althea había tenido razón acerca de que no podrían cambiar lo que ya se había hecho.

- Y ganar mucho dinero con sus aficiones -añadió ella-. En cuanto reclutó a su cámara y a dos actores miserables, entró en el negocio de satisfacer a otros con sus gustos peculiares. Hay que reconocerle el mérito. Mantenía unos libros detallados sobre sus actividades pornográficas. Algo que le permitió llevar una vida muy holgada.

- La echará de menos en la cárcel -apoyó las manos en los hombros de Althea-. Has realizado un gran trabajo, Thea. Bueno de verdad.

- Por lo general, lo hago -lo estudió por encima del hombro. Solo le quedaba por descifrar qué hacer con Colt-. Escucha, Nightshade, quiero poner en marcha este papeleo, y luego necesito relajarme. ¿De acuerdo?

- Claro. Tengo entendido que esta noche hay una reunión en la casa de los Fletcher. ¿Te apetece ir?

- Por supuesto. ¿Por qué no nos vemos allí?

- De acuerdo -se inclinó para apoyar los labios en el pelo de ella-. Te amo, Thea.

Esperó hasta que se marchó, cerrando la puerta detrás de él. «Lo sé», pensó. «Yo también te amo».

Fue a ver a Liz. La ayudó poder ofrecerle a la joven y a su familia una especie de resolución del caso. Pero Colt ya se le había adelantado. Sin embargo, percibió que la joven necesitaba oírlo de ella.

- Nunca podremos pagarte por lo que has hecho

- Marleen mantenía el brazo alrededor de los hombros de Liz, como si no soportara no tocarla-. No tengo palabras para decirte lo agradecidos que te estamos.

- Yo... -a punto estuvo de decir que había cumplido con su trabajo. Era la verdad, pero no toda-. Cuidaos -pidió.

- Vamos a pasar mucho más tiempo haciendo justo eso -Marleen apoyó la mejilla contra la de su hija-. Mañana volvemos a casa.

- Iremos a ver a un consejero familiar -anunció Liz-. Y yo... entraré en un grupo de apoyo a víctimas de violación. Estoy un poco asustada.

- Es normal.

Liz miró a su madre.

- Mamá, ¿puedo...? Me gustaría hablar con la teniente Grayson un minuto.
- Claro. Iré al vestíbulo a ayudar a tu padre cuando vuelva con los helados.
- Gracias -esperó hasta que su madre dejó la habitación-. Papá aún no sabe cómo hablar conmigo sobre lo que sucedió. Es muy duro para él.
- Te quiere. Dale tiempo.
- Lloró -los ojos de Liz se llenaron de lágrimas-. Nunca antes lo había visto llorar. Pensaba que estaba demasiado ocupado con su trabajo para importarle. Fui una estúpida al fugarme -en cuanto lo solté, respiró hondo-. Pensaba que no me entendían, ni lo que quería. Ahora veo lo mucho que los he herido. Nunca volverá a ser exactamente igual, ¿verdad?
- No, Liz. Pero si os ayudáis, puede ser mejor.
- Eso espero. Todavía me siento muy vacía por dentro. Como si una parte de mí ya no estuviera ahí.
- La llenarás con otra cosa. No puedes permitir que esto bloquee tus sentimientos hacia otras personas. Puede volverte fuerte, Liz, pero no querrás que te vuelva dura.
- Colt dijo... -moqueó y alargó la mano hacia la caja de pañuelos de papel que su madre había dejado sobre la mesa-. Dijo que siempre que pensara que no podría conseguirlo, te recordara a ti.
- ¿A mí? -la miró sorprendida.
- Porque a ti te pasó algo horrible y lo utilizaste para volverte una persona hermosa. Por dentro y por fuera. Que no solo habías sobrevivido, sino que habías triunfado -sonrió con gesto trémulo-. Y que yo también podía lograrlo. Fue gracioso oírlo hablar de esa manera. Supongo que le debes gustar mucho.
- A mí también me gusta -comprendió que era verdad. No era una debilidad amar a alguien, no cuando podías admirarlo y respetarlo al mismo tiempo. No cuando veía claramente quién eras y te amaba.
- Colt es el mejor -afirmó Liz-. ¿Sabes?, nunca te decepciona. Sin importar lo que pase.
- Creo que lo sé.
- Me preguntaba... Sé que la terapia es importante, pero me preguntaba si podía llamarte alguna vez. Cuando... cuando dude de mis fuerzas para conseguirlo.
- Espero que lo hagas -se levantó y fue a sentarse junto a la joven. Abrió los brazos-. Llámame cuando te sientas mal. Y cuando te sientas bien. Todos necesitamos a alguien que nos endeuda.

Quince minutos más tarde, Althea dejó a los Cook con sus helados y su intimidad. Decidió que tenía muchas cosas en qué pensar. Siempre había sabido adonde iba su vida. En ese momento en que había tomado un desvío súbito y drástico, necesitaba volver a orientarse.

Pero Colt la esperaba en el vestíbulo.

- Eh, teniente -le alzó la cara y le dio un beso ligero.

- ¿Qué haces aquí? Marleen me comentó que ya habías pasado antes.
- Fui a dar una vuelta con Frank. Necesitaba hablar.
- Eres un buen amigo, Nightshade -le acarició la mejilla.
- Es la única clase de amigo que existe. ¿Quieres que te lleve?
- Tengo el coche -pero al salir juntos, descubrió que ya no quería meditar sola-. ¿Te apetece dar un paseo?

- Claro -le pasó un brazo por el hombro-. Puedes ayudarme a ver escaparates. La semana próxima es el cumpleaños de mi madre.

- No se me da bien elegir regalos para personas que no conozco -repuso, sintiendo que volvía a experimentar el acto reflejo de la resistencia.

- Llegarás a conocerla -en la esquina giró a la izquierda, en dirección a una serie de tiendas elegantes.

- Ese es un bonito jersey -Althea señaló un escaparate en el que un maniquí lucía un jersey azul de cuello bajo-. Quizá le guste el cachemir.

- Quizá -asintió-. Perfecto. Vayamos a comprarlo.

- ¿Ves?, ese es tu problema -se plantó ante él con las manos en las caderas-. No le dedicas nada suficientes pensamientos. Miras una cosa y, ¡zas!, ya está.

- Cuando es lo correcto, ¿por qué seguir buscando? -sonrió y le apartó un mechón de pelo-. Sé lo que funciona para mí cuando lo veo. Vamos -le tomó la mano y la llevó al interior de la tienda-. El jersey azul del escaparate -le dijo a la dependienta-. ¿Lo tiene en la talla...? -en el aire midió con las manos.

- ¿Mediana? -adivinó la dependienta-. Desde luego, señor. Un momento.

- No has preguntado cuánto cuesta -señaló ella.

- Cuando algo es lo idóneo, el precio es irrelevante -le sonrió-. Vas a mantenerme a raya. Eso me gusta. Tiendo a olvidarme de los detalles.

- Vaya novedad -se apartó para mirar unas blusas de seda.

«Es descuidado», se recordó. «Es impulsivo y precipitado». Todo lo que ella no era. Althea prefería el orden, la rutina, el cálculo meticuloso. Debí de estar loca si creía que podían congeniar. Giró la cabeza y lo observó mientras esperaba que la vendedora le envolviera el jersey. Pero comprendió que congeniaban. Todo en él le encajaba como un guante. Su intrepidez. Esa mirada entre azul y verde que podía pararle el corazón. Su fiabilidad.

Su comprensión total e incondicional.

- ¿Algún problema? -preguntó Colt al ver que lo miraba.

- No.

- ¿Quiere un lazo rosa o azul, señor?

- Rosa -dijo sin apartar la vista-. ¿Venden vestidos de novia aquí?

- Formales, no, señor -los ojos de la vendedora se iluminaron ante la perspectiva de una nueva venta-. Tenemos algunos vestidos y trajes elegantes de cóctel que serían perfectos para una boda.

- Ha de ser algo festivo -decidió con humor en los ojos-. Para la nochevieja.

Althea irguió los hombros y se volvió para mirarlo.

- Entiende esto, Nightshade. No pienso casarme contigo en nochevieja.
- Vale, vale. Elige otra fecha.
- El día de Acción de Gracias -repuso, y tuvo el placer de ver cómo se quedaba

boquiabierto al tiempo que dejaba caer la caja que le había entregado la vendedora.

- ¿Qué?
- He dicho Acción de Gracias. Lo aceptas o lo dejas -se dirigió hacia la salida.
- ¡Espera! ¡Maldita sea! -fue tras ella después de agacharse para recoger la caja. La

alcanzó calle abajo-. ¿Has dicho que te casarías conmigo el día de Acción de Gracias?

- Odio repetirme, Nightshade. Si no consigues retenerlo, es tu problema. Y ahora, si has terminado con las compras, me vuelvo al trabajo.

- Aguarda un maldito minuto -exasperado se paso la caja por debajo del brazo, aplastando el lazo Le dejó las manos libres para tomarla por los hombros-. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

- Sin duda tu enfoque sutil -repuso con tono seco. Se dio cuenta de que estaba disfrutando de lo lindo-. Como no apartes las manos, amigo, te voy a encerrar.

- ¿Vas a casarte conmigo? -movió la cabeza como para ordenar los pensamientos.
- ¿Tienes pájaros en la cabeza? -enarcó las cejas
- ¿En Acción de Gracias? ¿Este día de Acción de Gracias? ¿Dentro de unas semanas?
- ¿Te ha entrado el miedo ya? -empezó a decir y descubrió que tenía la boca demasiado

ocupada para articular más palabras. Fue un beso embriagador, lleno de promesas y júbilo-. ¿Conoces el castigo por besar a una policía en la calle? -inquirió cuando pudo hablar otra vez

- Me arriesgaré.
- Bien -acercó otra vez la boca de él-. Por esto vas a recibir un castigo de por vida, Nightshade.
- Cuento con ello -con cuidado la apartó para mirarla a la cara-. ¿Por qué en Acción de Gracias?
- Porque me gustaría tener una familia con la que celebrarlo. Cilla siempre me insiste en

que me una a ellos, pero no... no podía.

- ¿Por qué?
- ¿Es un interrogatorio o un compromiso? -exigió.
- Ambas cosas, pero es la última pregunta. ¿Por qué te vas a casar conmigo?
- Porque insististe hasta agotarme. Y porque sentí pena por ti, ya que parecías decidido.

Además, te amo, y me he acostumbrado a ti, así que...

- Un momento. Repítelo.
- He dicho que me he acostumbrado a ti.
- Esa parte no -con una sonrisa, le dio un beso en la punta de la nariz-. La parte anterior.
- ¿La de que sentía pena por ti?
- Mmm. Después de eso.
- Oh, la parte de que te amo.

- Esa misma. Repítelo.
- De acuerdo -respiró hondo-. Te amo. Cuesta decirlo de esta manera.
- Te acostumbrarás.
- Creo que tienes razón.
- Apuesto lo que sea -rió y la aplastó contra él.

EPILOGO

- Creo que necesito pensármelo otra vez.

Althea se hallaba delante del espejo del cuerpo entero del dormitorio de Cilla, mirándose. Con frialdad, notó que dentro del espejo había una mujer. Una mujer pálida con una mata de pelo rojo. Se la veía elegante con un esbelto traje de color marfil, con botones diminutos de perlas que recorrían toda la extensión de la chaqueta ceñida.

Pero tenía los ojos demasiado grandes, abiertos y temerosos.

- No creo que esto vaya a funcionar.
- Estás fabulosa –aseguró Deborah-. Perfecta.
- No hablaba del vestido –se llevó una mano al estómago-. Hablo de la boda.
- No empieces –Cilla tiró del bajo de la chaqueta de seda-. Estás nerviosa.
- Claro que estoy nerviosa –a falta de algo mejor que hacer, alzó la mano para asegurarse de que tenía bien puestos los pendientes de perlas. Se los había regalado la madre de Colt, y sintió una gran calidez ante el recuerdo. Le había dicho que había que pasarlos en la familia, tal como había hecho la abuela de Colt con ella.

Luego había llorado un poco y besado la mejilla de Althea, dándole la bienvenida a la familia.

«Familia», pensó con una nueva oleada de pánico. «¿Que sé yo sobre la familia?»

- Voy a comprometerme de por vida con un hombre al que conozco desde hace unas semanas- le susurró a la mujer del espejo.

- Lo amas, ¿no? -preguntó Deborah.

- ¿Y eso que tiene que ver?

Riendo, Deborah tomó la mano inquieta de Althea.

- Todo. Yo también apenas conocía a Gage. Pero lo amaba, y lo sabía. He visto el modo en que miras a Colt, Thea. Tú también lo sabes.

- Abogadas -se quejó Althea a Cilla-. Siempre dan la vuelta a las cosas.

- Es buena, ¿verdad? -el orgullo invadió a Cilla al abrazar a su hermana-. La mejor fiscal al este del Misisipí.

- Cuando tienes razón, la tienes -repuso Deborah con una sonrisa-. Y ahora, echémosle un vistazo a la madrina -ladeó la cabeza para observar a su hermana-. Estás maravillosa, Cilla.

- Y tú -Cilla le pasó una mano por el pelo oscuro-. El matrimonio y la maternidad te sientan bien.

- Si queréis acabar con la hora de admiración mutua, estoy a punto de sufrir un ataque de nervios -Althea se sentó en la cama y cerró los ojos-. Tengo ganas de escapar por la parte de atrás.

- Colt te alcanzaría -indicó Cilla.

- No si tuviera una buena ventaja. Tal vez si... -una llamada a la puerta la interrumpió-. Si es Nighthshade, no voy a hablar con él.

- Claro que no -convino Deborah-. Trae mala suerte -abrió la puerta para ver a su marido ay a su hija. Mientras le sonreía a Gage pensó que eso si que era una buen suerte. La mejor de todas.

- Lamento interrumpir, pero abajo hay algunas personas nerviosas.

- Si los niños han tocado la tarta... -comenzó Cilla.

- Boyd la salvó -aseguró Gage. Con el bebé bajo un brazo, paso el otro en torno a los hombros de su mujer-. Colt está gastando las alfombras.

- Así que lo dominan los nervios -espetó Althea-. Mas el vale. Mirad en que nos ha metido. Como me gustaría ser una mosca sobre la pared.

Gage sonrió y le guiñó un ojo a Deborah.

- Tiene sus ventajas -le hizo una carantoña a la pequeña cuando se agitó.

- Dámela, Gage -Deborah tomo a Adriana en brazos-. Tú ayuda a Boyd a calmar al novio. Ya casi hemos terminado.

- ¿Quién lo ha dicho? -Althea retorció las manos.

Cilla echo a Gage y cerró la puerta. Era hora de sacar la artillería.

- Cobarde - musitó.

- Aguarda un momento.

- Te da miedo bajar y establecer un compromiso público con el hombre al que amas. Esto es patético.

Mientras serenaba a su hija, Deborah captó las intenciones de su hermana y se apuntó al juego.

- Vamos, Cilla, no seas tan dura. Si ha cambiado de idea...
- No ha cambiado. Simplemente no se decide. Y Colt hace todo lo que está a su alcance para complacerla. Ha vendido su rancho y comprado tierras aquí en Denver.
- Eso no es justo -Althea se puso de pie.
- Desde luego -Deborah se puso del lado de Althea y se mordió los labios para no sonreír-.

Pensaba que serías un poco más comprensiva, Cilla. Se trata de una decisión importante.

- Entonces debería tomarla en vez de esconderse como una virgen vestal a punto de ser sacrificada.

Althea adelantó la barbilla.

- No me escondo. Deb, ve a pedir que empiece la maldita música. Bajo en seguida.
- Muy bien, Thea. Si estás segura -le palmeó el brazo, le guiñó un ojo a su hermana y abandonó la habitación a toda velocidad.
- Bueno, vamos -Althea se dirigió hacia la puerta-. Empecemos de una vez.
- Perfecto -Cilla pasó a su lado y bajó los escalones.

Althea había llegado casi al rellano cuando se dio cuenta de que la habían engañado. Las dos hermanas habían representado el papel de policía mala y buena como profesionales.

Sintió un nudo en el estómago al ver flores por todas partes. Sonaba una música suave y romántica. Vio a la madre de Colt apoyada en su marido, con una sonrisa valerosa en los labios mientras le caían unas lágrimas de felicidad. Vio a Natalie reluciente y secándose los ojos. Deborah, con las pestañas húmedas, acunaba a Adrianna.

Allí estaba Boyd, tomando la mano de Cilla para darle un beso en la mejilla mojada antes de mirar a Althea con el fin de ofrecerle ánimos con un guiño.

Althea se detuvo en seco. Dedujo que si la gente lloraba en las bodas, tenía que haber un buen motivo para ello.

Entonces miró hacia la chimenea y solo vio a Colt.

Y él solo vio a Althea.

Las rodillas de esta se aflojaron. Fue hacia él, con una única rosa blanca y todo su corazón.

- Me alegro de verte, teniente -murmuró al tomarle la mano.
- Yo también me alegro de verte, Nightshade -sintió el calor del fuego que resplandecía a su lado, el calor que emanaba de él. Sonrió cuando Colt le besó la mano.
- Feliz día de Acción de Gracias.
- Lo mismo digo -quizá no supiera mucho sobre una familia, pero aprendería. Los dos aprenderían-. Te amo mucho.
- Lo mismo digo. ¿Lista?
- Ahora sí.

Mientras las llamas crepitaban, se miraron y pensaron en la vida que labrarían juntos.

FIN

Mecanografiado y escaneado por VERO.G.A.L.I.Z.A.

Espero que hayas disfrutado de la lectura.

Colección HISTORIAS NOCTURNAS de NORA ROBERTS

Nº	Título	Título Original	Protagonistas
1	Turno de noche	Night shift	Boyd y Cilla
2	Sombra nocturna	Night shadow	Gage y Deborah
3	Un grito en la noche	Nightshade	Colt y Althea
4	Humo en la noche	Night smoke	Ryan y Natalie
5	Temores en la noche	Night shield	Jonah y Allison

Todas en red.

